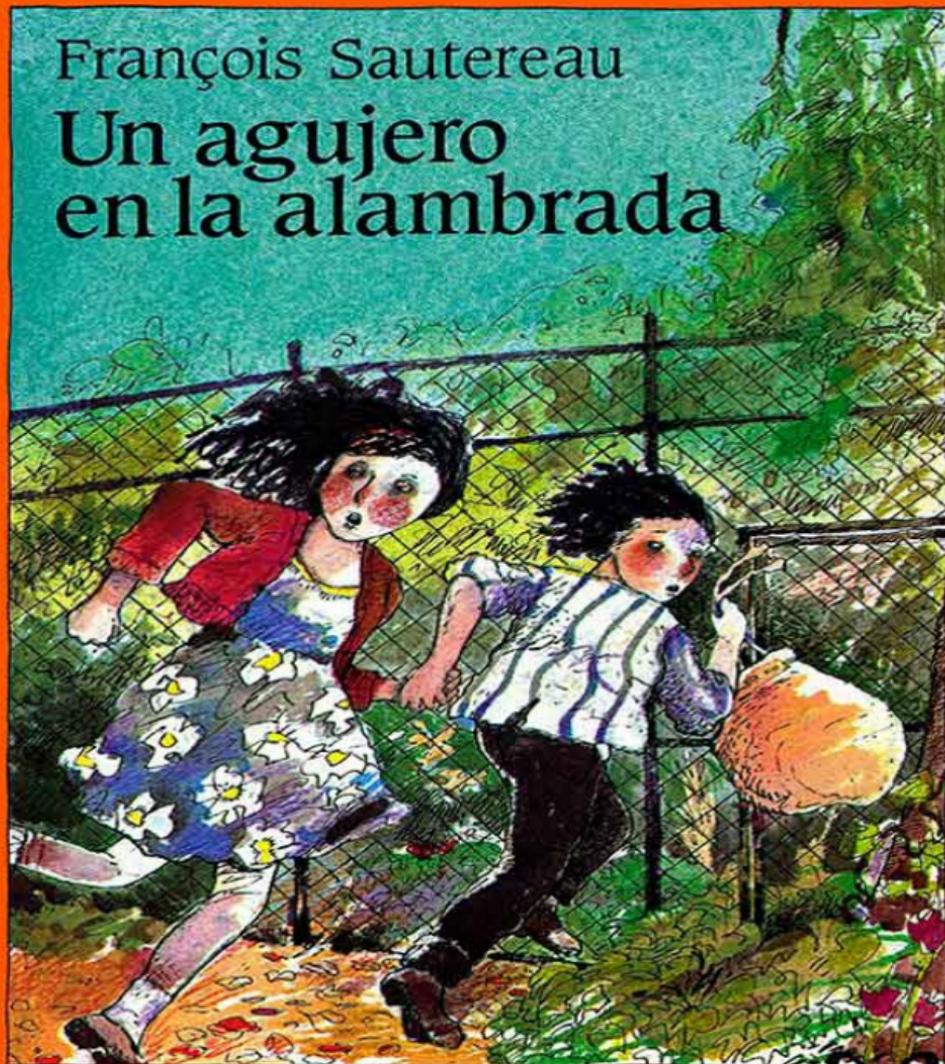




EL BARCO DE VAPOR

François Sautereau
Un agujero
en la alambrada



se

Grisón es un niño huérfano que vive en un pequeño pueblecito al borde del bosque Epnoi. El acceso al bosque esta prohibidísimo y la zona estrictamente vigilada. Los gendarmes impiden el paso a todo el mundo. Sin embargo, la curiosidad de los niños del pueblo es demasiado fuerte y cada vez que tienen oportunidad intentan burlar la vigilancia. ¿Qué descubrirán en el misterioso bosque, más allá de la alambrada?

Esta novela infantil reflexiona sobre la libertad y el derecho a la verdad.

Fue publicada en 1977 y dos años más tarde ganó el Prix Futurable y el Jane Adams. Más de 30 años después sigue editandose. Solo en España han salido a la venta al menos 25 ediciones.



François Sautereau

Un agujero en la alambrada

Un trou dans le grillage

El barco de vapor: Serie naranja

- 12

ePub r1.0

JMYuste 27.07.14

Título original: *Un trou dans le grillage*

François Sautereau, 1977

Traducción: Belén Lacasa

Ilustraciones: Mario Rabassi

Diseño de cubierta: Antonio Tello

Editor digital: JMYuste

ePub base r1.1



*A Georges y Jeannette
Fonton.*

LOS PERSONAJES

Grisón: un muchacho que quiere enterarse de todo...

Flammèche y Antoine: granjeros de la Chevanelle, padres adoptivos de Grisón.

Albert: padre de Flammèche.

Beauras: cabo de los gendarmes. Está encargado de vigilar cuatrocientos metros de la linde del bosque Epnoi.

Los gendarmes Chazal y Méchalot: ayudantes del cabo.

Raclot, Prune, Delphine, el Marsopa, Jocrisse, Caussette, Chenot: chicos y chicas de Courquetaines, amigos de Grisón, siempre dispuestos para cualquier aventura.

Rafistole: genial peón caminero.

Gustave Parmans: guarda rural de Courquetaines.

Robert y Anaís: dueños del café de la Clique.

Basile: pastor que siempre se presenta cuando menos se espera.

Merlín: un podenco siempre alerta.

Saura: cierta señora.

Un anciano en un jardín.

Los padres de los niños, el maestro de escuela, el señor alcalde.

EL ESCENARIO

Courquetaines, un pueblecito con sus

calles, un callejón, un lavadero, tres o cuatro tiendas, un puente bajo el que pasa el Criarde, la escuela, el café de la Clique, el ayuntamiento y la plaza. Pero, sobre todo, sus campos, sus praderas salpicadas de rebaños, sus lejanas granjas, como la Chevanelle, donde vive Grisón.

Más lejos, el misterioso bosque de Epnoi, zona prohibida, cuyo acceso está vigilado por un largo cordón de gendarmes.

PRIMERA PARTE

1 La mosca



EL CABO Beauras se rascó la barbilla, haciendo tiempo para encontrar alguna respuesta.

—Nadie —dijo por fin— nadie, muchacho, te ha dicho que vengas aquí a coger fresas. No es verdad. —No, señor, pero me he perdido...

—Es grave perderse en la zona prohibida. —No lo he hecho adrede, señor.

—¿Qué no lo has hecho adrede? ¡Y lo dices tan tranquilo! Eso no es una razón. En primer lugar, aquí no hay fresas. Y menos en invierno.

—Ya estamos en primavera, señor.

—Sí, ya lo sé, desde esta mañana. Pero eso no cambia las cosas. Y, además, deja de contestarme así o le voy a decir dos palabras a...

—¡Oh, no, señor! ¡No le diga nada!

—Ya veremos —respondió el cabo dejando entrever una sonrisa—. ¡Venga, fuera! ¡Lárgate! ¡Sal pitando! Y que no te vuelva a ver por aquí cerca, ¿entendido?

Grisón salió corriendo. Hay que reconocer que la historia de las fresas era una excusa de lo más tonta. Era una locura querer engañar al cabo con semejante pretexto. En fin..., mala suerte haber caído en sus garras. Después de haber dejado el sendero, justo al llegar a la zona, habría sido mejor esconderse en la maleza y, así, correr menos riesgos. Da la impresión de que los gendarmes solamente vigilan

los caminos.

El muchacho saltó por las ramas y las cercas, atravesó barbechos, saltó riachuelos, tropezó con algunos matorrales. En menos de una hora había reunido a los otros en la plaza de Courquetaines, delante del café de la Clique.

—¿Y qué? —le preguntaron.

—Pues que me han cogido, eso es todo.

—¿Y quién demonios ha sido?

—El viejo Beauras. Siempre está donde no debe. Estaba escondido detrás de un tronco de árbol. No había dado yo ni dos pasos en el bosque, cuando se me

echó encima como un perro de presa.

—¡También es mala suerte! ¡Con el tiempo que hace que...! Ni siquiera hemos conseguido pasar una sola vez. Debe ser algo muy gordo lo que esconden detrás de todos esos gendarmes... Pero no vamos a quedarnos con los brazos cruzados, chicos... Mañana nos reuniremos de nuevo a la salida de la escuela, ¿de acuerdo?

El que acaba de hablar se llama Raclot. Todos lo consideran el jefe. Grisón insinúa, mientras tanto, una tímida respuesta:

—Es que, si continúan pescándonos

así, van a sospechar cualquier cosa. Se lo dirán a nuestros padres y acabaremos sin poder salir...

—¡Pues es verdad! —dijo un grandullón apodado Jocrisse y que parecía el apóstol de la prudencia. En aquel momento estaba sentado en la acera, con los pies en la calzada, y lanzaba verticalmente unas piedrecitas que le servían de tabas. Los otros le miraban sin inmutarse, esperando el ansiado momento en que fallara, para tomarle el pelo.

Pero Jocrisse no perdió y guardó cuidadosamente sus piedrecitas de la suerte, con una gran sonrisa de

satisfacción. Después sacó del bolsillo de su camisa un cigarrillo que se llevó a la boca. Y como iba a ofrecerle uno a Raclot, el jefe, éste se adelantó:

—No, aquí no. No soy tan tonto como para fumar a veinte metros de la escuela; sobre todo, chaval, que mañana empezamos por la clase de moral...

Jocrisse captó la indirecta y guardó sus cigarrillos. Y, como no tenía otra cosa que hacer, se rascó un pie.

—ME PREGUNTO qué estarán planeando ahí —masculló Robert, el dueño del café de la Clique.

Estaba secando unos vasos para el aperitivo, detrás de su mostrador, mientras miraba a través de los cristales a los chicos, sentados delante de su puerta desde las dos de la tarde.

Dentro del oscuro local del café, atestado de mesas y sillas de un color parduzco, alguien se movió. Era el único cliente, el peón caminero Rafistole, que acababa de darse cuenta, decepcionado, de que su vaso estaba vado, y hacia ruido con los pies con el propósito de que no le dejaran totalmente en el olvido. Se había instalado en su rincón favorito, único sitio capaz de recibir un poco de luz de la plaza, cerca del

ventanal adornado con unos visillos opacos por tanta mugre, y de espaldas al gran espejo picado donde bailaban las postales sujetas con cinta adhesiva.

Al oírle, el gordinflón de Robert dejó de mirar la calle y a los niños, giró sobre sí mismo lentamente y dio algunos pasos que resonaron en la tarima que había detrás del mostrador. Abrió un armario. Todos los ruidos se ampliaban por la falta de claridad, y se convertían en el centro de atención. Después de remover muchas botellas, sacó una de litro de vino blanco que primero desempolvó y seguidamente descorchó. Después, el hombre, arrastrando sus

chanclas por el suelo de la taberna, chocó contra una silla y se acercó al peón caminero, con la botella en la mano.

—Primero págame —dijo.

Rafistole alzó la mirada hacia el dueño y comprendió que no estaba de buen humor. Así es que se inclinó sin prisas, rebuscó en su bolsillo, que parecía inmenso, y sacó un viejo portamonedas de los tiempos de su abuela. Tiró tres monedas, que tintinearón en el mármol y alegraron al dueño del bar. Robert le llenó el vaso sin derramar una sola gota. Rafistole lo levantó con cuidado, lo acercó a sus

labios temblando un poco, vació la mitad y lo volvió a poner sobre la mesa.

—Está anocheciendo —dijo, para despejar la atmósfera.

—¡Sí! —contestó Robert, arrastrando de nuevo las chancletas, que marcaban su trayectoria hacia el interruptor de la luz.

La luz surgió, descolorida y polvorienta. Procedía de una bombilla solitaria cubierta por una tulipa de porcelana, y puso de manifiesto diversos objetos, como ceniceros desportillados y cajas de cerveza apiladas cerca de una puerta; y todo ello en un entorno amarillento de pintura descolorida. Unos

carteles que representaban a varias mujeres sonriendo delante de unos aperitivos, apenas conseguían tapar los enormes desconchones. Una gran variedad de frascos adornaban las grises estanterías.

—¿No tienes trabajo? —dijo el dueño del bar, pretendiendo continuar la conversación.

—Ya lo he terminado.

—¡Ah! Entonces no tenías mucho que hacer.

—No.

Rafistole nunca tenía mucho que hacer. El ayuntamiento lo empleaba en quitar hierba de aquí y de allá, y le

concedía gratis el alojamiento en una vieja casucha a la salida del pueblo, que nunca hubiera podido alquilar a nadie.

Una mosca entró por la puerta que daba a la cocina, a través de la cortina de sartas de taponés, trayendo consigo un fuerte olor a pescado frito.

—¡Mira, una mosca! —dijo Rafistole.

—¡Qué asco! —murmuró Robert—. Apenas llega la primavera y ya vienen a...

—Los chicos se han ido —comentó el peón caminero.

—Mejor.

Robert agarró una silla y se subió a

ella con una servilleta en la mano. Hacía grandes aspavientos, y la mosca zumbaba a su alrededor, cuidándose de quedar fuera de su alcance. Robert, exasperado, comenzó a soltar sus tacos más típicos. La mosca se alejó de la zona del mostrador, atravesó el local y se posó sobre el gran espejo, un metro más arriba de la cabeza de Rafistole.

—¡Encima va a llenar todo de cagaditas!... —gruñó Robert.

Y atravesó él también el local, pero con cuidado para no espantar al insecto y, acercándose de puntillas desde la mesa donde Rafistole observaba con la mirada vacía en los visillos que tapaban

la calle, preparó su trapo, apuntó guiñando un ojo y, ¡zas!, atizó un buen golpe en el sitio exacto que la mosca acababa de dejar justo a tiempo.

El espejo pegó un salto, se descolgó y se deslizó por la pared hasta el suelo, en donde se hizo añicos. Atontado, Robert miraba al suelo, cubierto con miles de trocitos de cristal. Rafistole, que se había salvado milagrosamente, se había levantado y miraba al dueño del bar, inmóvil.

Justo en ese momento entró el cabo Beauras. Sorprendido por lo insólito de la escena, se paró un momento en el umbral de la puerta, manoseando el

periódico doblado que llevaba en la mano. Luego se acercó a los dos hombres, se percató de los restos brillantes esparcidos por el suelo y sobre las mesas, y dijo apuntando a Rafistole con la punta de su periódico, enrollado como una porra:

—¡Otra vez está este hombre borracho!

La mosca sobrevolaba la catástrofe, como un avión que volviese para comprobar que su bombardeo había surtido efecto.

—Esto... No ha sido él... Ha sido una mosca —balbució Robert, apenas repuesto de su estupor.

—¿Una mosca? —dijo el cabo con una sonrisa incrédula.

—Sí, una mosca, una mosca —afirmó Robert.

—Sí, señor, ha sido una mosca —añadió Rafistole—. Estaba en el espejo, Robert le dio un servilletazo... y se cayó el espejo.

Beauras vio la servilleta en la mano de Robert. Por otra parte, la mosca revoloteaba con su horrible zumbido de molinillo de café. El cabo tuvo que admitir que le habían dicho la verdad.

—¡Ya! Ha sido una mosca —dijo casi defraudado. Y como la mosca en cuestión, en un acto de imprudencia, se

posase junto a él, le asestó violentamente un golpe con el rollo de periódico y no falló. Luego, de un papirotazo, lanzó al suelo el minúsculo cadáver, que fue a reunirse con los restos del desdichado espejo.

—Eso es lo que hago yo con los indeseables —dijo, dándose importancia.

Anaís, la mujer de Robert, apareció tras la cortina de tapones con un recogedor y una escoba y comenzó a recoger los restos.

—Ten cuidado —le dijo su marido—. Hay trozos en las sillas y hasta en las mesas.

Los tres hombres se dirigieron al mostrador. Su victoria sobre la mosca había puesto al cabo de buen humor:

—¡Una ronda para todos! —gritó—.

Pago yo.

LOS CHICOS, al ver llegar al cabo Beauras, se habían alejado prudentemente de la puerta del café de la Clique, donde regularmente celebraban consejo, para deambular por la calle Fer-à-chaud, que desembocaba en el lavadero público.

El lavadero era una gran construcción, levantada sobre pilares a

la orilla misma del Criarde, el riachuelo que bañaba Courquetaines. Frente al lavadero había una plaza cubierta de hierba y salpicada de gruesos tilos, que servían para jugar al escondite en las tardes de verano.

Anocheecía. Los muchachos siguieron discutiendo aún durante una hora bajo la luz de un farol que iluminaba la esquina de la calle. Acordaron una táctica más eficaz para burlar la vigilancia de los gendarmes y penetrar más, cosa que jamás habían logrado, en la zona prohibida, tan oculta a todas las miradas. Luego se separaron, después de haber decidido continuar la

conversación al día siguiente, durante el recreo.

Raclot atravesó la plaza del lavadero, a la que daba la puerta de la granja en donde vivía. Jocrisse se dirigió a la panadería con otros dos compañeros; él para quedarse, los otros porque querían comprar caramelos.

Grisón permaneció solo un momento, mirando al Criarde, que se escondía bajo el puente junto al lavadero. Aulló una lechuza. La luna apareció tras la granja de Bachelot. Por fin, decidió marcharse a su casa.

GRISON no vivía, como los otros, en el pueblo de Courquetaines, aunque el lugar donde se encontraba situada su granja sí que pertenecía a su término municipal. Pero estaba del pueblo dos buenos kilómetros de camino pedregoso e irregular. Y, para reunirse con sus amigos, Grison no tenía más remedio que recorrer, al menos una vez, esa distancia, ida y vuelta; a veces el doble, si quería volver a almorzar. Los días de escuela llevaba un bocadillo que se tomaba a las doce en el café de la Clique, donde Robert le preparaba una

mesa con su servilleta de papel y su botella de naranjada. Después de engullir el bocadillo y tomarse el refresco, se iba a jugar a las canicas o a las tabas en la plaza del ayuntamiento; primero, solo; luego, con los chicos o chicas que volvían ya de comer.

La granja de Grisón se llamaba la Chevanelle. Se trataba de una enorme construcción formada por tres edificios, en su mayor parte vacíos en la actualidad, pero que en otros tiempos habían cobijado gran número de vacas y ovejas. Para ir de Courquetaines a la Chevanelle había que coger un camino sinuoso y polvoriento que pasaba por

entre unos bosquecillos, subía una colina, bordeaba una cantera abandonada y se convertía, al final, en un sendero insignificante, apenas visible, a trescientos metros del gran edificio.

Cuando Grisón salió de Courquetaines, ya estaba totalmente oscuro. Caminaba pensando en que los días ya habían comenzado a alargarse y en que pronto ya no estaría oscuro cuando hiciera ese recorrido a la misma hora. Caminaría en dirección al sol poniente que toma unos colores tan bonitos antes de ocultarse tras las colinas. ¡Hoy empezaba la primavera! Se puso a saltar

con los pies juntos, de piedra en piedra. Todavía faltaban quinientos metros..., cuatrocientos... Tendría que llegar a tiempo para poner la mesa. A Flammèche le gustaba que Grisón pusiera la mesa. Eso y secar la vajilla eran las únicas obligaciones que tenía. Aparte de ello, con ser aplicado en la escuela, bastaba. Y Grisón siempre era el primero.

Flammèche era la nodriza de Grisón. Llevaba toda su vida en la Chevanelle con Antoine, su marido, y con Albert, el padre de ella. Tenía hijos, pero ya eran mayores; se habían casado y se habían ido del pueblo. Sólo se veían en las

grandes ocasiones.

Grisón, cuando aún era un bebé, había sido depositado en casa de Flammèche. Era un huérfano, como ésos que se confía a veces a las familias campesinas. En Courquetaines había varios.

Cien metros todavía. En el último recodo del camino apareció la masa oscura de la Chevanelle, y Grisón la acogió con una sonrisa. Pensaba en la sopa caliente, ¡y en que pronto llegaría el día siguiente! Aún sonaba en sus oídos la voz de Raclot. Habían decidido hacer un nuevo intento. Mañana, a la salida. Raclot había dicho:

Se la vamos a jugar. El cabo es un cuco, pero no le vamos a dejar en paz. ¡Le vamos a incordiar más que las moscas!

2 El incendio

AL CLAREAR el día, dos gendarmes, acompañados del cabo Beauras, subían en bicicleta la pesada cuesta del camino Mathieu, camino obligado para llegar a la linde del bosque de Epnoi. Iban a efectuar el relevo de guardia a la entrada de la zona.

La zona empezaba en el bosque de Epnoi, y a ella estaba totalmente prohibido el acceso a quien no llevase un pase especial que se concedía sólo a algunas personas importantes; pero de éstas no había ninguna en la región.

Incluso la misma gendarmería no tenía derecho más que a una pequeña franja de tierra de unos cien metros de profundidad, dentro del bosque, para realizar su vigilancia. *De lo que hubiese más allá, no se sabía absolutamente nada.*

Hacía muy buen tiempo, incluso calor, en este segundo día de primavera. Daba gusto ver de nuevo los primeros pájaros migratorios. En los prados se podían oír los cencerros de los rebaños de vacas que salían a pastar durante todo el día. Dentro de unas semanas, los corderos se concentrarían en la región para invadir las colinas, desde la

Chevanelle —a lo largo de cientos de hectáreas— hasta Saint-Agrève, e incluso más allá.

Los patos y las ocas venían a divertirse en el Criarde, bastante estrecho y sinuoso a su paso por entre las casas de Courquetaines, aunque, de vez en cuando, era más ancho y tranquilo en el campo. Este riachuelo debía de nacer en algún lugar dentro de la zona, puesto que salía directamente del bosque de Epnoi en el que había excavado un hermoso y pequeño vallecito lleno de hojas muertas.

El gendarme Méchalot llegó el primero al puesto de guardia, sudando y

jadeando, y le dijo a Beauras que venía detrás:

—¡Hoy he ganado yo! Le he sacado diez segundos.

—Sí, pero en la clasificación general le llevo por lo menos cinco minutos de ventaja. En cuanto a Chazal... ¡en la cola como siempre!

En efecto, el otro gendarme llegó con dos buenos minutos de retraso sobre el vencedor de la etapa. En cada relevo de la guardia, para amenizar un poco la jomada, los tres echaban una carrera. El vencedor del mes pagaba una ronda de vino. Invariablemente, siempre era Beauras el que, a pesar de sus cuarenta y

cinco años, ganaba a sus dos jóvenes subalternos.

Al llegar, se tomaban cinco minutos de descanso para resoplar, tanto más cuanto que, debido a la carrera, llegaban con anticipación para el relevo. En el puesto, una pequeña cabaña hecha con troncos de madera, los tres gendarmes que habían pasado la noche de guardia atusaban sus uniformes e hinchaban las ruedas de sus bicicletas, que alguno de ellos había saboteado —incluyendo la suya para confundir a los demás—, broma a la que ya estaban acostumbrados, puesto que se repetía todos los días desde hacía veinte años.

Menos durante las vacaciones, lo cual había permitido identificar al culpable desde el principio, ya que éste no cogía su permiso al mismo tiempo que los otros.

Total que, bromeando y preguntándose cortésmente quién habría hecho aquella cochinada, hinchaban las ruedas.

Luego, hicieron el relevo propiamente dicho, otro punto importantísimo del ritual gendarmesco:

—¿Sin novedad?

—¡Sin novedad!

—Entonces, adiós ¡A descansar!

—Adiós, que os sea leve.

Y los tres que terminaban la guardia, haciendo gestos amistosos, se marcharon sin perder un instante; pues también ellos, sin habérselo confesado nunca a los otros, echaban una carrera, aunque en sentido contrario.

Beauras los vio marcharse. Sus tres siluetas, balanceándose de pie sobre los pedales de sus vehículos, resaltaban claramente sobre la arena amarilla del camino, debido al azul oscuro de los uniformes.

—Va a ganar Filoche —pensó el cabo, viéndoles correr—. ¡Es bueno ese Filoche! Además, es el cabo...

Luego ordenó a Chazal y a Méchalot

que fueran a ocupar sus puestos de vigilancia. Con un tiempo así, daba gusto. Los dos gendarmes se fueron, uno hacia la derecha, el otro hacia la izquierda, a doscientos metros de la caseta, en la que se quedaría el jefe. Cada uno saludó de lejos a los compañeros de los puestos vecinos que acababan también de empezar su guardia. Entre todos ellos tejían una red inexpugnable que se extendía kilómetros y kilómetros...

El cabo se sentó sobre la hierba, cogió una pajita, la introdujo entre sus dos incisivos superiores y, armado así, se dispuso a esperar a que acabara la

jornada. Como el tiempo pasaba lentamente, se puso a reflexionar. Pensaba en esa zona de la que él tenía la obligación de alejar a los curiosos; esa zona de la que no sabía ni una palabra. No era el único, pues, a decir verdad, nadie sabía nada. Era un secreto muy bien guardado, porque era un secreto de Estado. En todas las carreteras, caminos o senderos que se acercaban a la zona, se podía leer el mismo cartel, cientos de veces repetido:



ZONA PROHIBIDA
Absolutamente

**prohibido pasar más
allá de este cartel, bajo
pena de las sanciones
más severas.**

*Artº Nº 2/4 del Código
Nacional*

**¡PELIGRO DE
MUERTE!**

Estaba escrito con letras blancas sobre fondo rojo, y los carteles eran de un metro por setenta y cinco centímetros. Nunca más pequeños.

¡Y no se sabía nada más!
Simplemente, que así estaban las cosas

desde hacía más de cuarenta años, y que los que tenían más edad, o se habían marchado, o se encerraban en el mutismo más profundo; y que los alumnos de las escuelas municipales ya no estudiaban geografía. Los mapas topográficos de la zona estaban en blanco a partir de Epnoi, y allí, simplemente, ponía: «ZONA».

Cuantas más vueltas le daba, más absurdo encontraba Beauras trabajar sin saber nada. El carpintero sabe lo que hace, el panadero también. Beauras, en cambio, estaba aquí todos los días, desde la mañana a la noche, sin saber por qué.

El jueves 22 de marzo de aquel año, hacia las 10,30 de la mañana, el cabo Beauras, de cuarenta y cinco años, casado, padre de tres hijos, se preguntó por qué tendría que vigilar él la zona, y qué demonios podría haber ahí dentro. Ésa fue su primera falta profesional...

CHAZAL no rehusó el *chato* de tinto que le ofreció su cabo. Al contrario, se fue por él a una velocidad que daba gusto verle. A su jefe, eso le halagó. Méchalot también bebió, pues el vino le iba que ni pintado para su bocadillo de salchichón. Beauras, que había llevado aquel

beaujolais^[1] para acompañar su queso, estaba dispuesto a beber poco; entre otras cosas porque no tenía que devolver la botella. Su *parienta*, así la llamaba él, le registraba el zurrón cada tarde, y desde luego no era cosa de confesarle esta pequeña debilidad.

La botella vacía iría, pues, a reunirse con sus hermanas, en un hoyo cavado para este menester hacía ya mucho tiempo.

Terminaron la comida de mediodía con unos pasteles que había llevado Chazal, y se acomodaron para la siesta sobre una roca lisa que dominaba los alrededores y desde la cual ningún

rincón del paisaje quedaba fuera de su vista.

Llevaban media hora descansando, cuando les pareció oír un crepitar en el bosque, a sus espaldas, mientras que el viento les traía un olor a humo y una ráfaga de ceniza que caía como copos de nieve. Los tres se volvieron de golpe y se levantaron. Se había declarado un incendio que estaba devorando una parte del bosque de Epnoi, probablemente en la zona, y el fuego venía hacia ellos.

Los animales, espantados, huían de allí, y sobre sus cabezas se arremolinaban los pájaros con horribles chillidos.

Los árboles cruían, inflamados como antorchas. Chazal había cogido una rama y la agitaba como intentando conjurar así el siniestro. Méchalot corría en todas direcciones, tartamudeando, y Beauras cogió su bici para ir a pedir auxilio.

Desgraciadamente, al bajar por el camino Mathieu hizo un movimiento brusco y se cayó de su cacharro en medio de una nube de polvo. Se levantó dolorido, agarrándose con la mano derecha el brazo izquierdo lesionado, y vio enfrente, a menos de doscientos metros, las llamas que lamían las primeras hierbas de la pradera en un

frente cada vez más ancho. Ya no se podía hacer nada.

Había el peligro de que algunos malintencionados se aprovecharan de aquello, y del hecho de que los gendarmes estaban ocupados, para intentar penetrar en la zona. Así es que gritó a sus dos subalternos que no tenían ojos más que para el fuego:

—¡Dejad, dejad eso!... ¡Vigilad! ¡Vigilad!

¡No iba descaminado el muy cuco! Los del pueblo acudían por decenas, armados de palas y de otros instrumentos, para ayudar a los gendarmes a sofocar el incendio. Pero

quién sabe si, aprovechando el pánico, algún curioso no intentaría...

Por otro camino llegaban más refuerzos en forma de gendarmes en bici, seguidos de unos carros arrastrados por caballos y abarrotados de soldados, venidos nadie sabía de dónde. Tal vez el fuego se había producido hacía tiempo y lo habían visto de lejos. Cuando llegaron los campesinos, se toparon con una barrera protectora bien situada, que les impedía el acceso directo al bosque de Epnoi.

Mientras, el fuego se propagaba. Cuando se extendió a la pradera, los hombres se acercaban lo más posible y

lo intentaban apagar con ramas, pegando con violencia, retrocediendo enseguida por miedo a encontrarse rodeados por las llamas. Con la humareda no se veía nada, ni hacia el llano ni hacia la zona.

Beauras estaba lleno de hollín. Dirigía las operaciones como un auténtico general. No obstante, sus compañías se replegaban paulatinamente hacia el cordón de protección situado un poco más abajo, el mismo que tuvo que contener a los aldeanos que habían llegado para defender sus prados. La cabaña de troncos que servía de puesto de gendarmería estaba rodeada por el fuego. La habían abandonado hacía

tiempo.

Llegaban carros y más carros llenos de soldados. Unos iban a luchar contra el incendio, otros a reforzar las tropas que debían mantener a la muchedumbre lejos del siniestro. Algunos soldados empezaron a montar el campamento para pasar la noche, pues era evidente que el ejército iba a quedarse allí varios días para ayudar a los gendarmes.

Pero, de pronto, cuando la situación era más crítica y Beauras iba a ordenar a los gendarmes retroceder unos metros, se produjo un hecho insólito que dejó boquiabierto a todo el mundo y puso punto final al problema.

Desde un lugar desconocido, probablemente situado bastante lejos, dentro de la zona, se elevó hacia el cielo un inmenso chorro blanco en medio de un ruido de vapor a presión que rodó toda la superficie del siniestro con un polvo blanco que apagó el fuego en unos segundos. Y luego se produjo un silencio sepulcral.

Instantes después, la gente se dispersó. Dos compañías de soldados acamparon en el lugar, que tenía como único decorado los árboles calcinados.

BEAURAS recogió la bici que había

dejado en el camino Mathieu, y vio que la rueda delantera estaba torcida. Soltó un taco, más que nada porque le dolía el brazo. Pronto sería la hora del relevo de la tarde; estaba preguntándose cómo iría a su casa, cuando se dio cuenta de que en la pendiente, un poco más abajo de donde él estaba, unos matorrales se movían sospechosamente. Abandonó su vehículo, cuyo timbre sonó al chocar con las piedras del suelo, y bajó una veintena de metros para ver qué era aquel misterio.

El misterio se llamaba Raclot y Grisón. Los dos chicos habían subido al acabar la escuela, para probar suerte en

el juego del escondite con los gendarmes. Cuando el cabo los reconoció no estaba para amenazas y se contentó con un suave sermón:

—Tú —le dijo a Grisón—, ayer ya tuve el placer de tu visita. En cuanto a ti, Raclot, a ti te conozco, igual que a tus padres... ¿Estamos? Así que veníais a ver Epnoi de cerca, ¿verdad? Pues bien, subid conmigo que os lo voy a enseñar.

Y ante las caras boquiabiertas de los chicos, sorprendidos al ver la mitad del bosque carbonizado, soltó la carcajada:

—¡Ja, ja, ja! Ahora será más fácil infiltrarse en la zona, ¿verdad? ¡Ja, ja, ja! Pues no, señor... mirad por aquí...

mirad qué espectáculo...

Y señaló a los militares que iban y venían por la pradera. No, desde luego que no; había demasiada gente. ¿Cómo burlar a semejante ejército?

—¿Ha habido fuego? —preguntó inocentemente Grison.

—Eso parece —respondió Beauras.

—¿A qué se ha debido el fuego? —preguntó Raclot.

—No sabemos —confesó Beauras—. Ha venido de la zona.

GRISON y Raclot llegaron a Courquetaines. ¿Qué de cosas tenían que

contar a sus compañeros! ¿Qué no habían pasado esta vez? ¡Bah!, otra vez será. Pero el incendio vino *desde la zona*. ¡Y eso era intrigante! Eso era como para excitar la curiosidad. Un día pasaremos, sí, pasaremos; seguro...

—¡Pasaremos! —dijo Raclot.

—Sí, un día pasaremos —repitió Grisón.

En la primera granja del pueblo, cerca del gran castaño, cuando empezaba a anochecer, Raclot se detuvo y cogió a Grisón por los hombros. El grandullón dijo al más pequeño:

—Yo soy el jefe de la banda pero, si quieres, tú serás mi ayudante.

—De acuerdo —dijo Grisón, a quien el puesto de subjefe le iba que ni pintado.

Fueron hacia la plaza del ayuntamiento. Raclot estaba satisfecho de tener como segundo al mejor alumno de la escuela. Eso le realzaba y justificaba en parte sus decisiones. Además, podría serle útil; nunca se sabe...

3 La obra maestra del peón caminero Rafistole



FUE AL FINAL de una hermosa mañana del mes de marzo, cuando

miles de flores resplandecían en todos los balcones, cuando el peón caminero Rafistole tuvo la inspiración de hacer la gran obra que iba a transformar su vida. He aquí lo que ocurrió:

Eran justo las diez y Rafistole, acodado en su habitual mesa de mármol del café de la Clique, estaba tomando el poco sol que se filtraba a través de los visillos del ventanal. A sus espaldas relucía el espejo nuevo colocado la víspera y que reemplazaba, por fin, a aquel otro que había tenido el trágico fin que ya sabemos. Ni una mosca turbaba la tranquila atmósfera impregnada de resplandeciente luz que bajaba del cielo

a raudales oblicuos y en la que brillaba una cantidad infinita de motitas de polvo. Una música de acordeón lanzaba sus agrias notas desde el viejo aparato de radio, encajado entre dos estanterías atestadas de unos librecitos descoloridos sostenidos por pisapapeles de imitación bronce. Una olla a presión escupía su ácido perfume en la cocina contigua, de donde Anaís salía constantemente cruzando la cortina de tapones. Esta hacía un ruido parecido al de unos collares que se entrechocasen. Llevaba un montón de cubiertos que Robert debería colocar en las cuatro mesas del fondo del local.

En aquel momento, el gordinflón estaba sacando brillo a varios objetos de cobre, así como a los grifos de la cerveza de barril. Acompañaba, silbando, la musiquilla del acordeón. Pero tan desaliñadamente, que a veces parecía como si hubiese una segunda voz. Cuando se hartó de aquella música, se dirigió lentamente hacia el aparato de radio, movió los botones pasando sucesivamente de un concierto clásico a informaciones, a un discurso de la Asamblea Nacional y a la retransmisión de un partido de tenis. Después de un enorme guirigay de interferencias, por fin se decidió a dejar la interviú que

estaban haciendo a una artista de cine:

—*Así es como debuté —decía la actriz.*

—*¿Hubiera preferido quedarse en el teatro?*

—*¡No! Huele demasiado a cerrado. Prefería el ambiente del «western». ¡El aire libre, vamos!*

—*¿Conoció a su primer marido en un «western»?*

—*¡Robert, tráeme un blanco! —gimoteó Rafistole, de quien se habían olvidado.*

Sí, en «Los valles perdidos». Hacía de traidor. No tan bien, por cierto, como en la vida real...

—¿Se casó nada más acabar el rodaje?

—No, no, «durante». Por culpa de las lluvias.

—¿De las lluvias?

—Si, ellas fueron las culpables de que se retrasase el rodaje dos meses. Como, mientras, no teníamos nada que hacer...

—¡Viene ya ese blanco, o qué!

—¿Exactamente, cuándo os divorciasteis?

—Al acabar la película. Me dejó de gustar mi marido en la última escena, cuando se vengó de Rodrigo.

—¿Fue ése el único motivo?

—*Sí. Bueno, aparte de que yo estaba enamorada de Rodrigo.*

—*¿Traes ese condenado vaso de blanco o no?*

—*¿Y se casó con Rodrigo después de la película?*

—*¡Ya voy! ¡No grites como un animal!*

—*Sí. Y enseguida nos marchamos a Venecia.*

—*¿Viaje de novios, luna de miel?*

—*No. Teníamos que rodar «Primera aventura».*

—*Para usted, Marianne, ya era la segunda «aventura»...*

—*Oficialmente...*

—¿Qué papel tenía en «Primera aventura»?

—¡Vaya petardo la tía ésta! ¡Voy a cerrarle el pico!

—Yo hacía de granjera. Un papel que me iba muy bien. Siempre me han gustado los conejitos; y también los pájaros; sobre todo los pajaritos. Tengo que decir que los pajaritos me recuerdan...

Robert acababa de apagar la radio, con gran alivio de Rafistole a quien — ¡por fin!— le sirvieron su vasito de vino blanco. Robert le dijo:

—Toma, coge tu vaso y ponte en la mesa de delante. Ya sabes, tengo que

preparar las del fondo.

—¡Ah, sí! —dijo Rafistole que se levantó para realizar el cambio. El dueño pasó una bayeta por las mesas, se marchó a la trastienda y volvió con unos manteles de papel. En seguida se oyó el ruido de los platos al irlos colocando en las mesas, luego los cubiertos, los vasos y, finalmente, las sillas al ponerlas en su sitio.

Rafistole, aún con su vaso de vino en la mano y después de haber dejado libre la mesa del fondo, permaneció de pie, mirando la plaza del ayuntamiento a través del cristal de la puerta, el cual tenía la ventaja de no estar tapado por

ningún visillo. ¿Se sintió atraído por la cruda luz del sol o por el verde que crecía a lo largo del camino de cabras? Lo cierto es que, con la mirada perdida en el infinito, dejó su vaso de vino en la mesa más cercana, abrió la puerta y salió.

Una vez en la acera, aspiró largo tiempo el aire cálido y oloroso. Se puso a brincar como un niño, primero en la acera y luego atravesando la plaza. A este trotecillo alegre sucedió un paso de carrera auténticamente atlético, que nadie en el pueblo le conocía.

Cuando hubo atravesado la explanada deslumbrante de sol, cogió,

sin dejar de correr, el sendero de cabras; un sendero insignificante que discurría por entre unas viejas casuchas y desembocaba directamente en el campo. Un puentecillo destartado le permitió pasar el Criarde y se encontró, yendo siempre al mismo paso, en medio de unos prados salpicados de vacas, margaritas y amapolas. Se detuvo y empezó a preguntarse qué demonios le había sucedido. Ese hombre, que todavía ayer era incapaz de hilar dos ideas seguidas, comprendió, de pronto, que acababa de alejarse de Robert, del café de la Clique y, sobre todo, de su vasito de vino blanco de antes de la

comida. Si hubiera vuelto la espalda en el punto cumbre de la carrera, se hubiera encontrado con que le habían seguido los gatos, los perros, conejos y zorros de los alrededores. Hasta las vacas, que contemplaban a aquel silencioso corredor, comenzaban a tener envidia.

Pero se paró y el encanto se rompió. Como le ocurre a un cohete a reacción, Rafistole había llegado también a la cima de su trayectoria, a ese punto del que ya no se puede pasar, y de nuevo sentía la atracción, imperceptible al principio, más fuerte cada vez. Reanudó la marcha, rodeó el pueblo por las praderas que bordeaban el río, el cual

cruzó por el primer puente que encontró. En ese lugar se hizo más insistente la llamada del café de la Clique y empezó a acelerar el paso. Al poco rato, corría. La atracción era irresistible, atroz. La minúscula fachada del café se agrandaba a ojos vista, al fondo de la calle, en la esquina de la plaza. Rafistole se puede decir que volaba. Volaba. No tocaba tierra.

En medio de un estrépito horrible, entró como una tromba por la puerta y tropezó contra un montón de cajas de cerveza que se le cayeron encima. Robert, que no había notado ni la salida ni la entrada de su cliente, no entendía

nada al ver aquellas piernas pataleando en el aire en medio del montón de cajas.

Rafistole estaba ileso. Se revolvió entre las cajas, se levantó, se sacudió el polvo y fue a sentarse delante de su vaso de vino blanco. Y les dijo al dueño y a su mujer, que le miraban sin entender absolutamente nada:

—No es nada... no es nada...

Luego, sin beberlo, pagó su vino y, de nuevo, salió.

El sol, al acariciar su cara, le daba el tono suave de la piel de un niño. Rafistole aprovechó el paso torpón de tres patos, para ponerse detrás de ellos. Andaba lentamente, con la cabeza baja,

con una mano en el bolsillo, y dando de cuando en cuando patadas a las piedras que cubrían la calle Fer-à-chaud. Una vez en la plaza del Lavadero, dejó que las aves siguieran patosamente hacia el río y él se apoyó en uno de los tilos. Encendió un cigarrillo y echó unas largas bocanadas grises que se disolvieron en el aire tibio.

Le rondaba la cabeza una idea, cada vez más precisa, a la que consagró dos cigarrillos más. Estrujó el paquete vacío, apuntó al puente y disparó. La bolita azul, lejos de dar en el blanco, falló lamentablemente y desapareció en la comente.

Rafistole había doblado una pierna y apoyaba la suela de su zapato derecho contra el tronco del árbol. Canturreaba en voz baja, mirando el agua sobrante del lavadero, que caía, con un alegre gorgoteo en el Criarde, al que vertía sus aguas blancuzcas, que más adelante recobraban su transparencia. Cuando tuvo su idea lo suficientemente clara, precisa y firme, se marchó de la plaza, pasó por delante de la granja de Raclot y subió por la calle de los Valientes, donde estaba el almacén de Courquetaines.

Echó una mirada al escaparate, que exhibía un montón de utensilios

diversos, algunos de utilidad dudosa, pero cuyo aspecto nuevo, a propósito para atraer la clientela, era lo único que justificaba su presencia. Una segadora de césped, una bicicleta, cuchillos, cacerolas, un mueble de cocina...

Al entrar en la tienda, la puerta agitó una campanilla que no paró de sonar. Rafistole esperó en aquella semioscuridad. Miraba unos sobrecitos de semillas cuyas flores, presentadas muy favorecidas, formaban un jardín de papel sobre las paredes de la tienda.

El tendero, vestido con un guardapolvos gris, apareció en un rincón. Se iba quitando las gafas

mientras se acercaba al peón caminero, y se detuvo en actitud interrogante.

—Vengo por un pico —dijo Rafistole. Y añadió—: ¡Ah!... y también una pala.

El otro dio la media vuelta maquinalmente y desapareció por entre un montón de regaderas. Volvió en seguida con las herramientas pedidas. Venían envueltas en unas tiras de papel marrón, y cada una tenía una gran etiqueta verde. Rafistole pagó, cogió cuidadosamente las herramientas y salió.

Una vez fuera, dio algunos pasos; y cuando estuvo seguro de que no le podía ver el tendero, se paró, dejó la pala

contra un muro y cogió el pico. Lo acarició delicadamente y le quitó el papel que lo envolvía. Arrancó la etiqueta pegada en el hierro, agarró la herramienta por el mango, ensayó dos veces para encontrar la posición exacta de las manos y, para probarlo, dio tres o cuatro golpes en el aire. Luego, con la sonrisa en los labios, lo dejó en el suelo.

Después le tocó el turno a la pala, a la que dio un trato semejante. Terminada la ceremonia, manchó un poco las herramientas con tierra para quitarles su aspecto de nuevas. Las agarró con fuerza, se las echó a la espalda y

emprendió con paso firme el camino del ayuntamiento.

Entre el ayuntamiento y la casa parroquial desembocaba en la plaza un camino bautizado con el nombre de *El callejón*, por su estrechez; el piso era de tierra y tenía hierbas en medio, ortigas en los lados y, ocasionalmente, cardos, allí donde el camino era más ancho.

El callejón bordeaba en parte la iglesia, seguía luego a lo largo del cementerio y empalmaba mucho más lejos con el camino Mathieu, el camino principal, como ya sabemos, para ir al bosque de Epnoi.

Nadie supo jamás por qué razón

Rafistole eligió aquella revuelta del callejón, para cavar, precisamente allí, el agujero que iba a traerle tanta fortuna. Más tarde, cuando le preguntaban la razón profunda, se limitaba a contestar:

—¡Así son las cosas...!

Por ahora, se dirigió al callejón con sus herramientas, y se detuvo allí donde el callejón empieza a dar la vuelta detrás de la iglesia, ensanchándose.

Rafistole se remangó y se echó saliva en las manos. Antes de coger el pico pensó que sería mejor quitarse la chaqueta de paño, y la arrojó a la hierba. Volvió a su pico, escupió otra vez en las manos —pues mientras se le

habían secado— levantó solemnemente la herramienta, cuyo hierro brilló al sol, y, ¡hala!, dio el primer golpe. Eran las once y treinta y cinco minutos. Era el catorce de mayo.

DESDE LA carnicería a la panadería, pasando por el almacén, no se hablaba de otra cosa.

Hay que tener en cuenta que era la hora de ir a las compras, lo cual hacía que las calles estuvieran llenas de amas de casa dispuestas a darle a la lengua, y cuya constante ocupación, aparte el tema de los precios, era la de recibir y dar

una información abundante y objetiva sobre los hechos más variados.

No hizo falta ni media hora para que el intercambio de mensajes concentrara en el estrecho callejón a toda la gente sana de Courquetaines.

Daban las doce en la cercana iglesia. Rafistole, absorto hasta ese momento en su trabajo, levantó los ojos y vio la multitud que se apiñaba para verle. El agujero tenía ya un metro cuadrado de superficie y unos veinte centímetros de profundidad. Un perrillo fue a hacer caca en el montículo de tierra de la excavación. Al afanarse para cubrirlo, echó tierra al agujero, y poco

faltó para que Rafistole lo linchase, igual que a su amo.

Entre la multitud se oían gritos y comentarios. Unos decían que aquello iba a cambiar el curso de la historia; otros explicaban que aquel agujero era el comienzo de unas obras de gran envergadura. Se hablaba incluso de cables subterráneos... El dueño del almacén decía en voz alta:

—¡Yo he sido quién le ha vendido las herramientas...! ¡Yo he sido quién le ha vendido las herramientas...!

Unas mujeres, al pasar, le arrojaron flores como si se tratara de una tumba. Por todas partes se oían murmullos de

satisfacción, de ánimo. Rafistole sonreía y saludaba de lejos con la mano a las personas que conocía. Acariciaba los perros, rascaba los gatos y movía un poco su pala para despistar. Por último, agarró su pico y la gente se echó un poco para atrás. Dio algunos golpes en la tierra, que vibró bajo los pies de la concurrencia. De repente se oyó una algarabía de alegres gritos: los niños acababan de salir de la escuela y venían corriendo, adivinando que allí sucedía algo importante.

Cuando Rafistole hubo acabado su demostración, arrojó su pico, como el atleta sus pesas, y la multitud se marchó

después de haber aplaudido a rabiar. Sólo algunos niños se quedaron junto al agujero, contemplándolo, como se ve morir una hoguera.

En el café de la Clique, Robert vio acudir a todo el pueblo a la vez, concluido el espectáculo, deseosos de acabar la mañana con una copita, como aperitivo. En la barra se empujaban unos a otros, hablando del agujero y de sus actuales y futuras dimensiones; tanto que Robert, que no había podido dejar el café por razones del trabajo, creyó que el nivel de la plaza del Ayuntamiento habría bajado ya varios metros.

Al entrar Rafistole, la emoción llegó

al colmo. Le ofrecieron diez rondas generales, que él rechazó con mucha dignidad y agradecimiento, y se contentó con un simple vaso de tinto (tinto, para cambiar un poco la tradición). Luego, después de cantar *La Madelón*, cada cual se fue a su casa.

GRISON se sentó en la mesita que le había preparado Robert, como lo hacía todos los días de clase, y sacó de un papel grasiento su bocadillo, que hoy era de chicharrones. Era tan grande, que Grisón lo tuvo que atacar por diferentes puntos antes de poder apreciarlo en su

conjunto. Mezclado con naranjada, sabía a queso. Llegaron unos clientes para almorzar. Anaís anotaba los pedidos y después servía, ya que Robert sólo se ocupaba de los vinos.

Después de comerse un plátano, Grisón salió al sol. Dio la vuelta a la plaza y se dirigió hacia el callejón para ver el agujero de cerca. Rafistole había puesto unos tablones para señalar que allí había una obra importante. Grisón dio media vuelta. Delante de la escuela, junto al ayuntamiento, Raclot jugaba a las canicas con Jocrisse, que le estaba desplumando vergonzosamente. Unas chicas se divertían, algo más lejos,

saltando de un lado a otro de las gomas elásticas.

4 Cuestión de táctica

Y O CREO —dijo Raclot— que hasta ahora hemos actuado como unos imbéciles.

Parecía estar seguro de lo que decía. Como él mismo había dirigido la mayor parte de las tentativas, sus palabras eran como una propia acusación, lo cual produjo buen efecto.

Los cinco chicos estaban sentados en un círculo apretado, sobre la gravilla del patio de la escuela. Como eran los mayores, los otros los dejaban en paz y jugaban al escondite algo más lejos.

Sólo algunas chicas, indiferentes en apariencia, estaban ocupadas en unos juegos pacíficos, lo que les permitía, discretamente, tener el oído alerta. El Marsopa tuvo que chillarles varias veces. Mientras tanto, el señor Gaboriot, el maestro, terminaba un magnífico croquis con tizas de colores en la vieja pizarra.

Después de haber confesado el jefe de la banda su fracaso, le pidieron algunas precisiones.

—Bueno —dijo—, es muy sencillo. Siempre lo hemos intentado de la misma manera. Llegamos en solitario o en grupo a lo alto del camino Mathieu, y

solo a partir de ahí empezamos a escondernos. Y no habíamos pensado que los polis, para entonces, ya habían tenido tiempo más que suficiente para vernos llegar. Es, casi, como hacerles un plano de nuestras operaciones. Total, cosa muerta desde el principio. Por eso nos cogen, como tontos, en cada intento...

Los otros permanecieron callados porque reconocían la verdad de esas palabras. Se oían los gritos de los pequeños persiguiéndose y escondiéndose dando portazos con las puertas de los retretes. Otros habían sacado una pelota y se la oía golpear

regularmente contra el muro. De resultas de una falsa maniobra, aquélla se desvió al chocar contra una esquina de la ventana y cayó en medio de los mayores, que la tiraron, enfadados, por encima de la tapia, a la calle. Cesaron todos los ruidos en el patio y apareció la cara flaca del señor Gaboriot en el hueco de una ventana.

—Bueno, ¿qué pasa ahí?

—¡Los mayores, que nos han tirado la pelota a la calle, señor maestro!

Los mayores se habían levantado. Gaboriot desapareció de la ventana y apareció por la puerta de la clase. Atravesó el patio y salió a la plaza del

ayuntamiento. Mientras, alguien devolvió la pelota. Los ruidos y las risas recomenzaron inmediatamente, y el maestro no tuvo necesidad de ir más lejos en su búsqueda.

El conciliábulo secreto prosiguió. Al no haber encontrado nadie una solución, les esperaba un fin de recreo triste y resignado cuando, de pronto, el Marsopa, que tenía ese mote por ser el mejor nadador del pueblo, gritó:

—¡Aguardad! ¡Me parece que tengo una idea!

Aunque sólo se trataba de un «me parece que» todo el mundo se le echó encima como si fuera el último

salvavidas. Pero ya era la hora de clase y el maestro estaba mirando su reloj.

—Venga, date prisa, cuenta...

—Bueno, pues veréis. Los gendarmes nos ven llegar desde que empezamos a subir por el camino Mathieu. ¡Lo que hay que hacer es no volver a ir por el camino Mathieu!

—¿Eso... eso es todo?

—No. Podríamos atacar en dos tiempos.

—¿Cómo?

—Pues, por ejemplo, llegamos todos como si tal cosa al pie de la ladera. Luego, cambiamos de dirección como si hubiéramos ido para cualquier otra cosa,

por ejemplo para ir a buscar las vacas en la pradera. Nos escondemos, y esperamos allí unas horas. Pero eso tendría que ser, naturalmente, bastante cerca de la zona. Mientras, los polis se olvidan de nosotros. Luego, ya en un segundo tiempo, de matorral en matorral, pasamos al ataque. Como ya no estarán pensando en nosotros, pondrán menos atención.

—Así y todo nos pueden coger...

—Sí, desde luego, siempre nos pueden coger. Pero si vamos por sorpresa, habiendo preparado bien nuestro plan, tenemos más posibilidades, ¿no os parece?

—No es ninguna tontería —dijo

Raclot.

—Es verdad —reafirmó Grisón—.

Lo que nos ha perdido hasta ahora es que siempre hemos obrado de cualquier manera, sin ninguna táctica. Lo que necesitamos es un plan. ¡Eso es, un plan! Todo es cuestión de táctica.

El maestro dio unas palmadas. Se pusieron en filas de a dos delante de la puerta de la clase, y los mayores mostraban un nerviosismo que no pasó inadvertido al profesor. Tuvieron que aguantar un montón de reprimendas, pero les tenía sin cuidado. ¡Ya podían los gendarmes darse por vencidos! ¡Con

táctica se consigue todo...!

Durante la clase de gramática hubo un intenso trasiego de notas, escritas aprisa y corriendo en las que se podía seguir la evolución del plan:

14,10 h. Podríamos pasar por el campo de los Petiot.

Respuesta: Sí, pero hay que meter a Dudule en el plan. (Dudule era uno de los hijos de Petiot, con el que no siempre se llevaban bien).

14,15 h. No se admite a Dudule en el plan. Va a chivarse de todo. Además, su campo es demasiado visible.

Respuesta: Entonces, buscad otra cosa.

14,20 h. Pasad este papelito: Podríamos hacer una formidable cabaña para escondernos.

14,30 h. Todos de acuerdo respecto a la cabaña.

14,40 h. Hay que hacerla en la cantera abandonada.

Respuesta: Hay serpientes.

Contrarrespuesta: Las aplastaremos.

14,50 h. Pasad este papelito: Vale, aceptado, haremos la cabaña en la cantera. Pero hay que meter a Chenot en el ajo; el terreno es de su familia.

Respuesta: Se acepta a Chenot, es un

tío macho.

15,00 h. Chenot ¿estás de acuerdo en que hagamos una cabaña en tu cantera?

Respuesta: ¿Para qué?

Contrarrespuesta: Te lo explicaremos en el recreo.

Recontrarrespuesta: De acuerdo.

—¿En lo de la cabaña?

—No, en lo de explicármelo en el recreo.

—¡Chitón! No tan alto. Las paredes oyen...

—¿Quién habla de oír? —pregunto el señor Gaboriot.

—Esto... he sido yo, señor —dijo Jocrisse, que mentía para proteger a su

jefe.

—Ah, ya... ¿Y qué decías a propósito de los oídos?

—Pues... le decía a Chenot que tiene los oídos sucios, s... señor.

La dase se echó a reír, ya que las orejas de Jocrisse tenían una mugre que saltaba a la vista.

—¿Puedes repetir lo que yo estaba diciendo? —preguntó el maestro.

—No. señor —dijo Jocrisse bajando la cabeza.

Estuvo castigado durante el recreo de la tarde. Mientras copiaba unas líneas, solo en la clase, los otros, en el patio, ultimaban su estrategia; hasta él

llegaban algunas palabras sueltas del plan, lo que le llenaba de envidia. Naturalmente, a la salida, a las cinco, sabría todo al detalle.

¡Pero *después* que los otros! Eso es lo que le daba rabia: *después*.

CHENOT había aceptado y, naturalmente, ya formaba parte de la banda, cuyo número de integrantes subía ahora a cinco.

La cantera de Chenot había sido siempre la envidia de los chicos de Courquetaines. Constaba de varias excavaciones, ocultas por unos grandes

matorrales, en las que había cantidad de escondites estupendos. Sobre una parte del terreno estaban apiladas toneladas de raíles de un pequeño ferrocarril de cantera, que habían sido usados allí y en otros sitios, en los tiempos en que el abuelo Chenot era contratista de obras públicas. Cuando murió, vendieron todo menos los raíles y algunas vagonetas, que se oxidaban al aire libre desde hacía decenas de años. Por razón de los diversos peligros que podía haber allí para los visitantes estaba prohibida la entrada, especialmente a los niños. Muchos de éstos habían sido pescados por el guarda rural, que pasaba a

menudo por aquel lugar dado que habitaba en una casa forestal al borde del bosque de Epnoi. Por lo demás, él era la única persona autorizada a vivir tan cerca de la zona, dada su condición de guarda jurado. ¿Acaso no había ayudado infinidad de veces a los gendarmes alejando a los paseantes demasiado curiosos?

Pero como el padre de Chenot era el alcalde de Courquetaines, su hijo no le tenía mucho miedo al guarda rural. Y además, ¡qué diablos!, ya encontrarían un escondite lejos de todas las miradas indiscretas.

A la salida, lo primero que hicieron

fue ir al callejón, a ver el agujero de Rafistole. ¡Caray! ¡Cuánto había adelantado desde esta mañana! Dos metros cuadrados de superficie, y el peón caminero hundido hasta la cintura. ¡Vaya energías! Pero no era cuestión de quedarse con la boca abierta ante esto que, al fin y al cabo, sólo era una obra trivial. ¡Algo mucho más importante iba pronto a comenzar, y ya era hora de ir preparando los planes!

—Cada uno en nuestra casa hacemos un plan —había dicho Raclot—, y mañana lo llevamos a la escuela. Y cogemos el mejor. O bien, los mezclamos todos... si es posible.

—Adiós... ¡Los venceremos!

—¡Sí, señor, venceremos a los guardias!

EN SU CUARTO, en la Chevanelle, Grisón reflexionaba. Eran las diez de la noche y se alumbraba a escondidas a la débil luz de una vela. En su hoja de papel de envolver dibujaba bocetos y más bocetos de cabañas. Las había de todos los tamaños y formas. Pero como aún no sabía nada del terreno en donde iban a construirla, imaginaba todas las variantes posibles, desde la cueva hasta la choza sobre pilotes. En todo caso, le

parecía que la primera condición tenía que ser el camuflaje, por lo que esperaba que encontrarían una cueva en el talud. Después de estudiar el asunto, le pareció que una cueva tenía ciertos peligros, como el de desprendimientos, y un gran inconveniente: el de no tener más salida que la boca de entrada, lo que resultaba insuficiente en caso de visita no grata.

La cabaña «ideal» debería estar adosada a la roca, con espacio suficiente para guardar el material, oculta entre los arbustos, lo cual daría una impresión de algo enmarañado, imprescindible para una perfecta

tranquilidad. Para llegar a ella se tendría que ir por un camino que tuviese diversos cruces, para confundir los extraños. Y todo ello cerca de la zona por razones estratégicas, al borde de un bosque para reducir el transporte de materiales, y no en una hondonada — ¡eso no, por favor!— porque si no sería inutilizable en los días de lluvia.

Lo más sorprendente es que todos llegaron aquella noche a conclusiones similares. Hacia las tres de la madrugada, Chenot, que repasaba de memoria todos los sitios aptos para construir su cabaña, descubrió uno que no estaba mal; quizá un poco estrecho,

pero ofrecía las condiciones mínimas de seguridad. Con su imaginación lo visitaba, lo desbrozaba, lo limpiaba y lo acondicionaba. Estaba que ni pintado. Además, desde allí tenían acceso al comienzo mismo de la zona, sólo con escalar un pequeño talud al que, desde luego, a ningún gendarme se le ocurriría prestar atención.

RACLOT tenía razón: se habría podido mezclar todos sus planes. Lo discutieron acaloradamente en la plaza del Lavadero, después de haberse bebido el litro de limonada que habían comprado

en Ultramarinos Reunidos. El proyecto definitivo no se diferenciaba en nada de los otros. Sólo, mejoraba tal detalle de éste, tal idea de aquél... La construcción sería sencilla y no exigiría ningún material especial. Algunas maderas, tablas, lonas, una red para el camuflaje y estacas. Todo eso se podía encontrar en cualquier sitio. Lo más difícil sería hacerse con la escala de cuerda que serviría para escalar el talud el día de la Gran Ofensiva. Aunque se podía fabricar a mano, utilizando cuerdas de hacer paquetes.

Sólo quedaba por saber cuándo iban a empezar.

¿Qué cuándo? ¡Cuanto antes, qué diablo!

5 Inauguración de la cabaña

GUSTAVE PARMANS, solterón empedernido, era el guarda rural de Courquetaines. Ocupaba sólo una habitación de la casa forestal de Fontenotte situada en el comienzo del bosque de Epnoi; el resto del caserón lo había dejado para las ratas y las sabandijas.

Los gendarmes que hacían guardia en la linde de la zona veían brillar a veces, hasta muy tarde, la paliducha luz de su lámpara de petróleo. Es que, muy

a menudo, estaba ocupado en el recuento minucioso de sus *tres sobres*.

Gustave cobraba del gobierno un buen sueldo, que recibía cada trimestre. Para no tener al final sorpresas, apenas el cartero se daba media vuelta, Gustave distribuía su dinero en tres sobres, cada uno de los cuales contenía el presupuesto de un mes. Aunque ponía un poco más en el primero, con el fin de pagarse el lujo de celebrar el acontecimiento. Se metía éste en uno de sus bolsillos y guardaba los otros en un viejo armario, jurándose a sí mismo que no los tocaría antes de tiempo.

Desgraciadamente, la fiesta duraba

tanto y sus amiguetes eran tan numerosos en aquellos días, que el sobre en cuestión daba sus últimas boqueadas al acabar la primera quincena. Por más que calculara y calculara, por más que se apretase el cinturón, suprimiera, ayunara y se encerrara, no tenía remedio. Después de tres o cuatro días de privaciones, se arrastraba hasta el armario y se convertía en perjuero.

La vista del dinero del segundo sobre le producía una sensación de bienestar, una impresión de abundancia... y no pudiendo reprimir su alegría un minuto más, desde ese mismo día se le veía, de la mañana a la noche,

en la taberna de Robert y por las calles de Courquetaines. Luego, se acababa la quincena y, con ella, el segundo sobre, comprobando con espanto que tenía que vivir dos meses con la paga de uno...

Esos dos meses solían ser muy «sanos»: descubría la naturaleza, los caracoles, las fresas silvestres y los champiñones. Se dejaba crecer la barba, no bebía, y se pasaba todo el santo día paseando por el campo con un bastón y con su perro *Arsenio*. Entonces era cuando se convertía en un auténtico guarda rural...

LOS CINCO CHICOS de Courquetaines tuvieron una suerte de ésas que hacen época. El día en que colocaron el primer tablón de la cabaña, vieron al cartero que le subía a Gustave Parmans su paga, en Fontenotte. Eso les aseguraba una relativa tranquilidad y, quince días más tarde, el día en que extenuado y agonizando, el guarda rural debía de estar arrastrándose por el suelo hacia su armario para coger el segundo sobre, ponían ellos el último tablón de la cabaña y preparaban la fiesta más formidable de que tengan memoria los

anales escolares.

Estaban a primeros de junio. Tenían unos días de vacaciones porque el maestro había sido requerido para examinar de gramática a los aspirantes al *certificado de aptitud profesional para la fabricación de pastas alimenticias*.

Era un día magnífico, sí señor. ¡Si hubierais visto la cabaña...! Aunque, así como así, de buenas a primeras, no la hubierais podido ver. Por el camuflaje, claro...

Tenían que entrar arrastrándose. Se llegaba a un primer cuarto, que servía de vestuario, en el que los más altos daban

con la cabeza en el techo de lona, estando sentados. Luego se pasaba a otro cuarto, más alto, donde guardaban el material: martillo, clavos y la famosa escala de cuerda, que habían comprado a un vendedor ambulante. Al final había un salón donde planearían los próximos intentos.

El conjunto era perfectamente invisible desde el exterior. Incluso, hasta habían echado pimienta, por los perros, y volverían a echar más si hacía viento.

¡Y se inauguró la cabaña! Para tan fausto acontecimiento habían invitado a tres chicas con las que podían contar.

Figuraban entre las menos charlatanas, y hacían unos pasteles... Raclot había birlado de la bodega de su padre unas botellas de marca, y el Marsopa, varios frascos de licor casero. Jocrisse había hecho una razia por los caramelos, y llevó varias cajas enteras. Los otros se habían dedicado a coger unos kilos de fresas y unos puñados de las primeras cerezas de la temporada. Grisón había podido conseguir nata fresca.

La gran comilona empezó hacia las once y media. Como todos habían avisado en casa su ausencia, tenían todo el día por delante. Después de los aperitivos, cuyos efluvios nublaban la

vista y ponían alegre el corazón. Raclot sirvió patatas cocidas a la brasa y unas excelentes salchichas asadas. Enseguida apago el fuego pues el más débil hilo de humo habría podido atraer miradas indiscretas. Las botellas de tinto fueron bajando de nivel lentamente al principio, pero luego se quedaron asombrados al comprobar, de pronto, que estaban totalmente vacías. ¡Y eso que Raclot había llevado todo un cargamento! Al principio, con las bocas llenas, nadie hablaba. Se limitaban a intercambiar frases cortas:

—Pásame la sal.

—No hay.

Luego se pusieron a contar anécdotas, casi todas ya conocidas, relatando tal o cual aventura de algún personaje del pueblo. Al final acabaron hablando de Rafistole y su agujero. El tal agujero —todos habían podido comprobarlo en la última visita hecha ayer tarde— había alcanzado la profundidad del sótano de una casa, y la respetable longitud de diez metros, de creer a su único arquitecto y obrero. En cuanto a la anchura, todavía no pasaba de los dos metros en los sitios en que más, pero Rafistole contaba ponerse a ello próximamente. Cuando le preguntaban:

—Rafistole, ¿para qué es tu agujero?

Respondía:

—¡Ah!... ¡Ah!...

Guiñaba un ojo y echaba un trago del cuartillo de tinto, que nunca le abandonaba.

Luego, la conversación derivó poco a poco hacia el cabo Beauras, del cual no había gran cosa que decir; sólo que él les llevaba directamente al tema tabú, la zona, asunto que, naturalmente, tenía mucho que ver con la cabaña. Eso era sacar a colación el tema de sus planes. Raclot se negaba tajantemente a hablar del asunto delante de las chicas, pues sólo tenía en ellas una relativa

confianza, a pesar de que les habían revelado la existencia de la cabaña.

Las tres chicas sacaron en aquel momento los pasteles que habían elaborado en secreto, a veces, incluso, con dificultades. Aunque, en fin, no eran una maravilla, valían cien veces más que la cocina de Raclot; y aunque nadie lo dijo, lo pensaron todos, hasta el jefe. Por aquel entonces, aún no se habían preguntado si sería ventajoso o no, meter a aquellas chicas en el plan de introducirse en la zona. Tal vez, después de todo, pensaban que ellas no estaban capacitadas como los chicos para esconderse, arrastrarse, tirarse cuerpo a

tierra de golpe, arañarse con los matorrales o encararse con los gendarmes en caso de fracaso. Los sucesos posteriores demostrarían que tal razonamiento era estúpido, y que las chicas iban a ser, por muchas razones, unas compañeras formidables.

Grisón comparaba sus futuros intentos con los de los montañeros que se lanzan al asalto de las montañas más altas (exceptuando el relieve, mucho más modesto aquí, y el frío, compensado en este caso por los gendarmes, en el fondo, todo venía a ser lo mismo). La cabaña sería el campamento-base en el que prepararían la escalada victoriosa.

Como les hablaba en esos términos mientras las chicas estaban ocupadas con otra cosa, despertó en sus compañeros un cierto interés, y desde ese momento se expresaban en términos montañeros cuando querían entenderse entre sí pero había delante personas ajenas a su secreto.

Después de haberse comido las tartas y los pasteles y de haber elogiado a Delphine, Prune y Causette, saborearon el excelente café que el termo de Chenot había conservado caliente. Luego, llegaron los licores. En este punto del almuerzo ya no podían articular palabra, pues el *beaujoli*

embrollaba todo. Solo acertaban a cantar trozos sueltos de canciones aprendidas fuera de la escuela y no precisamente enseñadas por sus abuelas, acompañado todo ello con hipos sincopados. Cuando al ocultarse el sol en el horizonte, decidieron marcharse, ¡ay!..., aquello fue otra cosa. Se arrastraron por la estrecha salida y, una vez al aire libre, intentaron la difícil proeza de ponerse en pie. Aquella cochina cantera tenía relieves inesperados e inexplicables ondulaciones. Mantener el equilibrio llegaba a ser un lujo que se compraba al precio de terribles esfuerzos y, antes de

lanzarse a las aventuras montaÑeras, tenían que domar aquel curioso navío que no paraba de moverse entre las tempestades del crepúsculo.

Pero como la tarde traía un viento fresco, eso les hizo recobrar, si no toda, al menos parte de su lucidez; y se marcharon cogidos del brazo, cantando, riendo, gritando a la luz de la luna, que ya asomaba. Por los caminos, demasiados estrechos, se deslizaba aquella extraña fila, apartando los matorrales, estirándose en las cuestas arriba, para luego apretarse como un acordeón en las bajadas. Por último, todos se derrumbaron en un montón de

arena, entre grandes vítores. Luego, un poco más tarde, se encontraron al final de la carretera de las Dos Cruces, allí donde se une con el camino Mathieu, y siguieron hacia Courquetaines. Pero pronto se detuvieron, boquiabiertos.

A unos veinte metros delante de ellos, tres amenazadoras sombras les cerraban el camino.

ENTRE EL humo y las risas que llenaban el local del café de la Clique, Gustave Parmans se levantó. A pesar de numerosas llamadas al orden, se tardó un minuto en lograr silencio. Entonces,

la voz grave y áspera del guarda rural entonó una canción, temblona y a trompicones, que los asistentes continuaron, coreando. Aplaudían, golpeaban encima de las mesas. El gordinflón de Robert, en pie sobre una caja de cervezas, llevaba el compás. Anaís enjuagaba los vasos y pasaba la bayeta por encima del mostrador, llevando con ella el compás de la alegre canción:

*Amigos, bebamos o la salud
de Gusta-a-ve.*

*Por su salud, por sus
amores,*

*por sus «so-o-bres»;
y que siempre sea así...*

Cuando acabaron, se aplaudieron ellos mismos, chillando. Los gritos de las mujeres ahogaban las voces de los hombres. Cada cinco minutos, Robert sacaba nuevas botellas.

Así era cómo, cada vez, celebraban el «segundo sobre» de Gustave Parmans.

Cuando Gustave comprendió que aquello duraba ya demasiado, se levantó para marcharse. Tuvo que ser ayudado por dos hombres que no estaban mucho más serenos que él, pero que la casualidad había puesto a su alcance: el

cabo Beauras, que para esta ocasión se había cogido un día de permiso, y Martial Raclot, padre del colegial que ya conocemos. Sosteniéndose los tres a duras penas para poder bajar los escalones que llevaban a la plaza, al caer la noche se encontraron riéndose como tontos en mitad de la carretera. Beauras continuaba cantando, Martial contaba la historia de un gato gris claro que estaba sentado sobre un trozo de cartón ondulado, y Gustave lloraba de tanto reírse.

Luego, se dirigieron lentamente hacia el camino Mathieu, con objeto de acompañar a su casa al guarda rural

¡Quién sabe a lo mejor tenía, bien escondida, alguna buena botella...! Por equivocación se metieron por el callejón y se detuvieron ante el agujero de Rafistole. Mientras, en el café de la Clique, la gente se levantaba para marcharse, y Anaís hacía las cuentas.

Después de contemplar el agujero, cuyas dimensiones eran ya cosa seria, el trío, abrazado, se marchó zigzagueando por detrás de la iglesia, para coger el camino de Epnoi.

Y FUE un poco más lejos donde los chicos, de regreso de su cabaña, se los

encontraron.

A pesar de la oscuridad, Raclot reconoció a su padre, con lo que se le quitó la borrachera instantáneamente. Los tres hombres, al ver a los niños, creyeron que se trataba de alguna pieza de caza o de animales escapados de alguna granja. Así es que se quedaron inmóviles, en actitud interrogante, pero que de lejos podía parecer belicosa. Los dos grupos se estuvieron mirando durante un buen rato. Luego, sin saber por qué, se echaron todos a reír.

—¡Venid todos a mi casa! —gritó Gustave, que había recobrado el equilibrio.

Y se llevó consigo tanto a jóvenes como a viejos, tanto a chicos como a chicas. Hacía una espléndida noche oscura. Las estrellas se apretaban en torno a la Vía Láctea, cercana, casi al alcance de la mano.

Subieron por el camino Mathieu hasta el bosque de Epnoi, torcieron luego a la derecha por un camino que bordeaba la zona prohibida. Un perro se puso a ladrar no lejos de allí: *Arsenio* festejaba el regreso de su amo.

Se apiñaron todos en la gran habitación en donde vivía Gustave, y estuvieron cantando canciones alusivas al vino hasta que el guarda rural subió

de su bodega unas botellas de tinto y unos frascos de licores.

Raclot hijo salió a tomar un poco el aire, mientras Beauras contaba al grupo sus recuerdos como cabo. *Arsenio*, el pastor alemán, se acercó al chico y lo olfateó por todas partes. Eso le dio una idea a Raclot. Entró, llamó a sus compañeros uno a uno y los fue presentando al magnífico perro guardián. *Arsenio* estaba encantado, así variaba un poco la compañía del borrachín de su amo y de las ratas que llenaban la casa.

Luego, mientras los mayores se hundían en una nebulosa cada vez más

espesa, los niños se marcharon discretamente y regresaron a Courquetaines.

Al borde del Criarde, cantaban los sapos.

6 Primer intento



¡CHENOT! ¡Eh, Chenot! ¿Estás ahí?

—Pues claro, tonto, no grites que vas a despertar a todo el vecindario —dijo el otro, desde algún sitio en la oscuridad.

—No te había visto, perdona.

—Perdonado. ¿Tienes la cuerda?

—Claro.

—Perfecto. Date prisa. Raclot y Grisón nos estarán esperando. No sé si te has dado cuenta de que hay luna. ¡Malo! Nos exponemos a que nos vean.

—A estas horas todo el mundo duerme, tú qué te crees. ¡Es casi la una de la madrugada...!

—No hables tan alto, que los gendarmes duermen con una oreja abierta...

—¿Dónde es la cita?

—En Dos Cruces. Luego iremos a la cabaña, y con tu cuerda haremos un lazo

para alcanzar un árbol en lo alto del talud. En él engancharemos la escala de cuerda.

—¿Crees que resultará?

—¡Tiene que resultar!

Chenot y Jocrisse dejan tras de sí el pueblo de Courquetaines, que se sumerge en la oscuridad. En Dos Cruces se encuentran, efectivamente, con Grisón y Raclot, que se han despertado a tiempo y se han escapado en medio de la oscuridad.

—Le di azúcar a los perros — explica Raclot.

¡Es el gran intento! Raclot ha elegido esta hora de la madrugada porque ofrece

múltiples ventajas. En primer lugar, de noche es más fácil esconderse. Además, a las dos de la madrugada es la hora del cambio de guardia. Desde las seis de la tarde hasta las dos de la madrugada, un turno vigila la primera parte de la noche. El otro, desde las dos hasta las ocho. En el cambio de guardia, gendarmes y cabos se saludan, charlan un poco, echan un trago... en fin, que el relevo se hace como en familia, vaya...

Mientras tanto...

El Marsopa les espera ya en la cabaña, fumándose un *gauloise* con filtro. Intercambian unas palabras, sincronizan los relojes, recuerdan la

táctica a seguir y repiten por última vez los papeles de cada uno.

—Chenot, tú sales el primero y atas la escala de cuerda. Vosotros subís en seguida. Yo cierro la marcha y recojo la escala.

—De acuerdo.

—Luego —continúa Raclot—, iremos de dos en dos, menos el Marsopa, que irá solo. Jocrisse y yo nos arrastraremos hacia el puesto de guardia y nos esconderemos. Grisón, Chenot, vosotros dos iréis a darle azúcar a Arsenio. Os conoce, no ladrará. Cuando el perro se haya comido el azúcar, venís hacia nosotros y os paráis en el

bosquecillo.

—De acuerdo.

—Y tú, Marsopa, tú esperas mi señal: el grito de la lechuza, tres veces en menos de treinta segundos. Para mirar el reloj usa la linterna, pero no te olvides de volverte hacia el valle...

—Hombre, claro.

—Cuando oigas la señal, arrastrándote, te metes en el bosque. Ya sabes por dónde, ya te lo hemos explicado. Si consigues pasar, nos encontraremos junto al Criarde. Si te ven, Grisón y Chenot harán algo para despistar. Si no surte efecto, intervenimos Jocrisse y yo. Pero si te

pillan sin que nosotros hayamos tenido tiempo de intervenir, cuentas cualquier historia y dices que estás solo. Nosotros, mientras, seguimos escondidos. ¿Entendido?

—Entendido.

—Dentro de cincuenta y cinco minutos es el relevo. ¡Andando!

—Vamos allá.

EN MEDIO de un ruido de hojas aplastadas colocan la escala. Un momento después ya están todos en lo alto del talud. La luna, en cuarto creciente, les alumbra débilmente.

Después de un ruido de pasos, de nuevo el silencio. Esperan, cada uno en su puesto, Las dos menos diez. Distinguen la tenue luz de la lámpara de petróleo que alumbra el puesto de guardia. El cabo seguramente lee el periódico. Sus dos compañeros deben de estar vigilando, cada uno por un lado, a unos cien metros de allí, en la oscuridad. Sería peligroso intentar pasar ahora.

Las dos menos cinco. Grisón y Chenot vuelven de casa de Gustave Parmans. Han tenido éxito en su cometido, pues no se ha oído ningún ladrido. Algo más lejos, una alta silueta camina al claro de luna. Es uno de los

gendarmes que regresa al puesto. El otro debe de estar haciendo lo mismo, pero no consiguen verlo.

Se oyen voces en el camino y el ruido de unas bicis. Es el turno que llega para hacer el relevo. Raclot reconoce la voz del cabo Filoche. Se conocieron un domingo, en el café de la Clique, cuando el chico fue a ver si su padre acababa ya, de una vez, la partida de cartas.

Ahora, los seis están en la pequeña caseta, riendo, dándose grandes palmadas en la espalda.

Por tres veces consecutivas se oyó, en menos de medio minuto, el prolongado chillido de la lechuza.

Un ruido a la entrada del bosque, una rama que cruje y luego nada.

Raclot y Jocrisse se miran y sonrían. Algo más lejos, Grisón y Chenot hacen lo mismo. Respiran como si les hubieran quitado un gran peso. Sólo queda esperar unos diez minutos, y luego habrá que dirigirse lentamente hacia la derecha para llegar al Criarde. Todo está sucediendo según estaba previsto. Únicamente tienen que esperar que el turno saliente deje el puesto de guardia, emprenda el camino de regreso y se haya alejado por lo menos un kilómetro, antes de moverse. Es la más elemental regla de seguridad.

Ya llevan veinte minutos esperando, y el tumor saliente no ha aparecido todavía. Es raro. Tanto más cuanto que hay un silencio absoluto donde están los gendarmes... Incluso han apagado el farol. ¿Estarán tomando el fresco afuera? No va a haber más remedio que irse hacia el Criarde sin esperar más. Raclot hace señas a Jocrisse, y los dos se arrastran hasta el matorral de Grisón y Chenot.

—Han oído algo —cuchichea Grisón—. Está claro.

—No nos movamos —ordena Raclot.

Así esperan un cuarto de hora, que

se hace eterno.

—Voy a echar un vistazo —dice Grisón.

—Quédate quieto, imbécil. Eso es lo que ellos quieren, que nos descubramos.

Pero Grisón no ha oído esa última observación. Ya se ha marchado...

La niebla empieza a echarse.

De pronto, como un puñetazo en medio de aquel silencio insoportable, un largo y estridente silbido. Luego, gritos, órdenes...

—¡Alto en nombre de la ley!

Raclot, estupefacto, mira a Jocrisse y Chenot, a quienes no les llega la camisa al cuello.

—¿Qué hacemos? —pregunta Raclot

—. ¿Los despistamos?

—¡Qué rabia! —dice a media voz

Jocrisse, lívido de miedo.

Gritos y más gritos. De pronto, inesperadamente, suena un disparo en la oscuridad.

—¡Han disparado!

Los tres chicos, siempre escondidos detrás del matorral, distinguen débilmente, más allá de la niebla, algunas siluetas que van y vienen.

—Imposible despistarlos —concluye Raclot—. Dentro de diez minutos no se verá ni a tres metros.

—¿Nos replegamos hacia la cabaña?

—Es la mejor solución. El Marsopa irá allí... Si puede... De todas formas, es el punto de reunión previsto en caso de retirada. Y como se trata de una retirada...

Otros disparos, cerca del bosque.

—No es posible... No tirarán a dar... —murmura Chenot.

—De noche todos los gatos son pardos —dice Raclot.

—Ha sido una idea fatal elegir la hora del relevo: ahora tenemos seis gendarmes en lugar de tres...

—No —dice Raclot, defendiendo su idea—, es el único momento en que no están haciendo guardia como Dios

manda.

—Pues a mí me parece que están vigilando. ¡Y cómo...!

—Es raro, a pesar de todo —dice Raclot pensativo—. ¡Eh! ¡Atención! —exclama de repente—. Alguien viene hacia nosotros...

Es el Marsopa, que llega corriendo y se lanza detrás del matorral, aplastando a Jocrisse, que lanza un débil grito.

—¡Un auténtico fracaso! —dice el recién llegado, sofocadísimo—. Nos estaban esperando, está claro.

—¿Pero cómo puede ser eso?

—¡Por lo menos hay treinta! Están emboscados detrás de cada árbol en la

linde del bosque. ¡Treinta! ¿Tú encuentras eso normal?

—Pues... no.

—Pues yo tampoco. ¡Nos han traicionado, eso es todo!

—¿Pero quién? Si no se lo hemos dicho a nadie.

—Alguno de nosotros, quizá.

—Imposible, imposible —murmura Raclot rascándose la cabeza.

Continúan los gritos y los disparos a menos de cien metros.

—¿Dónde está Grisón? —pregunta Raclot—. ¿No le has visto? ¡Menudo imbécil...! Y eso que le había dicho que...

—No tan imbécil, tú. Es el único que los ha distraído. Si no llega a ser por él...

—¿Te hubieran cogido?

—Desde luego.

—Pero ¿qué les pasa para disparar como lo están haciendo?

—Están siguiendo a Grisón y dispararán al aire para asustarlo.

—No creo —dice el Marsopa.

—¿Por qué?

—Porque uno dispara al aire una o dos veces... Pero perder así como así tantos cartuchos... eso no es normal.

—¿Quieres decir que tiran a dar?

—Yo no sé nada. Sólo que todos han

ido tras él. Por eso he podido librarme yo. También me ha ayudado esta niebla...

—No podemos hacer nada —dice Raclot—. Volvamos a la cabaña.

GRISÓN se había dirigido hacia el bosque de Epnoi, dejando detrás aquella panda de cobardes. Tenía que ayudar al Marsopa. Fue entonces cuando se produjo el primer disparo, que le cogió desprevenido, poco después del silbato. Por un momento pensó que habían cogido a su compañero. Pero como vio que la persecución continuaba,

comprendió que no le habían pescado. Siempre a rastras, se iba aproximando a la zona. Los gendarmes corrían en todas direcciones, pasando a veces muy cerca de él. Nunca había visto tantos gendarmes juntos. Además eran siempre distintos los que volvían a pasar, no como hacen en el teatro.

Los disparos se convirtieron en un auténtico tiroteo. Seguro que iban contra el Marsopa...

De pronto se dio cuenta de que estaba rodeado.

No había escapatoria posible. Estaba decidido a rendirse; aunque no sabía cómo hacerlo, por miedo a los

disparos. Existía un auténtico peligro de que se equivocasen. Así que decidió esperar a que lo encontrasen los gendarmes.

De repente, entre la niebla, surgió una gran silueta. Era un hombre delgado, muy alto, con botas de cuero, con una gran capa y un amplio sombrero.

El hombre pasó junto a él, se inclinó y le dijo, indicándole una dirección:

—Coge por ese lado y no te pares por nada.

El chico se levantó rápidamente y echó a correr con todas sus fuerzas. El pecho le ardía. Aún oía disparos, aunque lejanos, en la dirección por

donde el hombre se había alejado.

Después de recorrer un kilómetro ya no podía más. Se tumbó en unas hierbas altas, detrás de un terraplén, entre dos bosquecillos. Aquella parada brusca después de una larga carrera, además de las emociones y de una noche en vela, hizo que perdiera el conocimiento.

7 Un pastor llamado Basile

CUANDO Grisón volvió en sí, tuvo la horrible sensación de hallarse en un barco en plena tempestad, a punto de naufragar. Pero cuando abrió los ojos, pudo apreciar mejor el encanto de la escena.

Se encontraba en una hamaca que se mecía lentamente. La luz del día se filtraba por entre los mal unidos tablones de una pobre cabaña, amueblada con una mesa y un banco toscos. También podía distinguir un

pequeño hornillo de hierro sobre el que estaba colocada una olla.

Grisón levantó lentamente su cabeza, dolorida. Y como buscase la causa por la que se columpiaba su hamaca, vio una mano curtida por el sol que sostenía la hamaca a la altura de sus hombros e imprimía a la red un movimiento regular. La mano empalmaba con un brazo que después resultó pertenecer a un hombre de unos cincuenta años, de tez morena y cuya barba, mal afeitada, estaba llena de erizadas puntitas grises. El hombre bajó la cabeza. Estaba sentado sobre un banquillo de madera. Cuando se dio cuenta de que el chico había vuelto en

sí, sonrió, se levantó con dificultad y salió de la cabaña por una puerta que estaba tapada con una cortina hecha con tela de colchón. Grisón se quedó solo.

Poco después, la cortina se movió de nuevo y entró otro hombre, alto, envuelto en una capa y con un sombrero de ala ancha en la cabeza. Grisón reconoció al hombre gracias al cual pudo huir en la niebla. Le vino entonces a la memoria la huida de la noche anterior, junto con una cierta dosis de temor y una alegría indescriptible. Temor, al preguntarse qué pensaría Flammèche de su desaparición. Alegría, al comprobar que aquel extraño hombre

se había librado de los gendarmes, del tiroteo y de todo.

Porque, no había lugar a dudas, era a él a quien buscaban con todo aquel extraordinario aparato de gendarmes. Y casi se sentía cómplice del hombre del sombrero, al que solamente había visto durante unos segundos, en la niebla del amanecer, en medio de un auténtico tiroteo, auténticas balas lanzadas por auténticos fusiles...

—Buenos días, hijo —dijo el hombre...

—Buenos días, señor.

El sombrero del hombre era gris y, desde luego, muy viejo.

—No me llames señor, llámame Basile.

—¿Fue usted quién me salvó anoche?

Su gran capa era de color marrón y le llegaba hasta los tobillos. Aun así podían verse sus botas, de cuero negro.

—No me hables de usted. Puedes tutearme. Somos buenos amigos, ¿no?

—Sí.

—Efectivamente, yo soy el mismo que encontraste anoche. Pero ¿qué diablos hacías tú por allí?

Grisón bajó la cabeza.

—Hemos jurado no decírselo a nadie.

—Eso no importa, Grisón. Estoy al comente de muchas cosas.

—¿Usted sabe... tú sabes mi nombre?

—¡Desde luego! ¡Te llamas Grisón, vives en la granja de la Chevanelle, en casa de Flammèche y Antoine, no tienes ni padre ni madre, tienes casi doce años y eres siempre el primero en la escuela!

—¿Cómo sabes todo eso?

—Muy sencillo. ¡Mira!

Basile dio unos pasos hacia un postigo, que abrió, y a través del cual se vio toda la campiña. El sol entró a raudales. Desde la ventana podían verse ovejas, grandes rebaños de ovejas.

—¿Eres pastor?

—Efectivamente. Desde hace ya muchos años guardo uno de los mayores rebaños de la región, que casi siempre pasta... ¿sabes dónde?

—No.

—Detrás de la Chevanelle. A dos pasos de la Chevanelle. ¡A quinientos metros de tu casa!

Grisón se preguntó cómo había podido no darse cuenta durante tanto tiempo de la existencia de un personaje que le conocía tan bien. Pero entonces se acordó de que Flammèche le había prohibido ir con los pastores cuando éstos andaban cerca de la granja. Y él

había obedecido.

—Basile...

—¿Qué?

—Estoy preocupado porque Flammèche estará preguntándose dónde estoy.

—No te apures, ya está al corriente. Sammy fue a avisarla, antes incluso de que notara tu ausencia.

—¿Se enfadará cuando llegue?

—No, no creo. En fin, ya verás cómo arreglártelas.

Grisón se levantó y saltó de la hamaca. Se sentó en el banco.

—¿Quieres leche? —le ofreció Basile.

—Sí.

—¿Sabes de dónde viene esta leche?

—No.

—¡De la Chevanelle, hombre! Ven, mira por aquí.

El hombre llevó al niño hasta la ventana. Al asomarse pudo ver que la granja estaba allí, muy cerca.

—Me tengo que ir —dijo Grisón viendo su casa.

—Espera un poco. Bébete primero la leche y come pan.

Grisón comió. Aunque aún le dolía un poco la cabeza, sentía hambre. Mientras comía, observaba a Basile, cuyos ojillos, escondidos en un rostro

duro como una máscara de arcilla, calabán hasta el corazón.

—Así que queríais saber qué demonios hay en esa condenada zona, ¿no? —dijo el pastor sonriendo.

—Sí.

—Algún día lo sabrás.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Grisón levantando la cabeza.

—Porque es verdad. Tú, Raclot y tus compañeros acabaréis sabiéndolo. Pero no creáis que sois los únicos... muchas generaciones de chavales han tratado de descubrir el secreto.

—¿Y lo han conseguido?

—Algunos sí.

—¿Y qué ha sido de ellos?

—¡Oh, nada, absolutamente nada...!

—Entonces, entre nosotros, en Courquetaines, ¿hay algunos que lo saben?

—Naturalmente.

—Pero ¿por qué no lo dicen? ¿Por qué lo ocultan? ¿Por qué no nos dicen: «A partir de tal sitio es peligroso; hay un presidio, hay una zona militar o un barranco enorme al que no se puede ir; y no hay más que hablar.»? Pero ¿por qué dicen: «No sabemos nada»?

Basile apoyó sus manos en los hombros del niño. Así podía mirarle fijamente a los ojos.

—Haces muchas preguntas, chico. Continúa buscando, indagando, pero no hagas más preguntas: está prohibido. Y luego, cuida tu pellejo. ¡Los gendarmes ya están hartos! ¡Hasta la coronilla! Pensadlo bien dos veces antes de volver. Sé que volveréis. Yo, lo único que os digo es que lo penséis bien.

—Una pregunta más...

—Adelante —dijo Basile, esbozando una sonrisa.

—¿Tú sabes qué hay en la zona?

Tardó un momento en contestar. Miraba por la ventana a Sammy, el otro pastor, que jugaba con los perros.

—Esperaba esa pregunta. Pero no te

la puedo contestar. ¡Hala!, ahora ya puedes marcharte a tu casa...

—En fin, menos mal que ya están cerca las vacaciones —suspiró Grisón.

—¿Por qué dices eso?

—No, por nada... Tendremos todo el tiempo para nosotros. Dentro de tres días será el reparto de premios. ¡Pero me marcho corriendo: Raclot, Chenot y los otros deben pensar que me han matado!

—Matado, no. Lo que sí pensarán es que te han hecho prisionero.

—Tiene gracia. Menuda sorpresa se van a llevar. ¿Qué hora es?

—Las cuatro y diez. Pero ¿no crees

que antes que a ellos debes ir a ver a alguien?

—¿A Flammèche?

—Naturalmente.

—Es verdad. Empezaré por ella.

—Antes de irte tengo que hacerte una pequeña recomendación.

—¿Cuál?

—No digas a nadie que me viste anoche... Di que te pudiste escapar solo. No digas más.

—No es justo. Fue gracias a ti...

—Justo o no, es igual. No hay que decirlo. ¿Me lo prometes?

—Te lo juro. Pero, a propósito, no hago más que preguntarme, ¿qué hacías

anoche tú allí?

—¡Curioso...! Saberlo no te serviría de nada.

—¿Puedo volver a verte?

—Como quieras... Aunque no nos quedaremos mucho tiempo aquí. La hierba se ha acabado en esta región. Vamos a subir hacia Saint-Agrève.

—¡Qué pena!

—Sí —dijo Basile—, yo también lo siento.

Había vuelto la cabeza al decir esto.

—Creo... que me tengo que ir.

—Sí, vete pronto, chico. Y ten cuidado. No te fíes del bosque Epnoi. Ya sabes lo astutos que son los

gendarmes. Saben tender trampas.
Adiós. Saluda a Flammèche de mi parte.

Grisón dejó a Basile en la cabaña.
Al salir, saludó a Sammy, el hombre que
le había estado meciendo en la hamaca.
Rodeó el inmenso rebaño y lo dejó
detrás. Allí cerca estaba la Chevanelle.

8 La fiesta del pueblo

EL DÍA había comenzado con un sol naranja lleno de promesas. Por la mañana había habido niebla, como para anunciar el comienzo de un largo período de buen tiempo, y que la siega se adelantaría, sin duda. Era verdad que las espigas empezaban ya a presumir en la punta de sus taños y a dorarse de placer.

No era domingo y, sin embargo, aquella mañana no se oía el yunque del herrero, que habitualmente empezaba a las seis, ni los cántaros de leche que

Marie-Louise arrastraba frente a su lechería. A las ocho, el bazar aún no había abierto su cancela de hierro, y aunque es cierto que al cartero se le había visto sobre las ocho y media, iba de paisano, con un traje flamante, y había ido a echar un trago en el café de la Clique, abierto mucho antes que de costumbre.

Inútil ocultarlo por más tiempo: Es que aquel día era, sencillamente, ¡el catorce de julio!^[2]

Rafistole bajó hacia las nueve por la calle de los Valientes, silbando la *Marsellesa*. Sobre el hombro derecho llevaba diversas herramientas, que le

servirían para montar las casetas de la fiesta que empezaría a primera hora de la tarde. Al torcer por la plaza del Lavadero, cambió de canción y se puso a silbar la *Madelón*.

En mitad del césped, tirado, había un delgado tronco de árbol muy largo. Lo clavó verticalmente con la ayuda del señor Raclot. Serviría muy bien para la cucaña.

A eso de las diez apareció un carro tirado por cuatro caballos, seguido por una carreta, igualmente tirada por otros cuatro caballos. Acababan de montar una caseta de tiro, que completaba así el ferial que estaban instalando allí desde

hacía dos días: columpios, un tiiovivo y, sobre todo, la pista de baile, un amplio recinto rectangular, cercado, cubierto de lona verde.

Empezaban a llegar los chavales, manchas vivas de colores entre la multitud de trajes azules y grises.

Se concentraron todos en la plaza del Lavadero, esperando la hora del desfile fumándose un *gauloise* o ajustándose el cuello. Charlaban, procurando no pisar demasiado la gravilla por miedo a llenarse de polvo los zapatos nuevos. Estallaban carcajadas por todas partes. Sonaron unos clarines para anunciar que la

música estaba ya lista y que la fiesta iba a empezar.

En medio de un gran guirigay y llenos de sudor, los chiquillos jugaban al escondite, rodaban por el suelo, y algunos sangraban por las rodillas manchándose sus flamantes calcetines blancos. Todo acababa con una regañina de sus padres, rematada por un par de bofetadas.

Grisón, sentado en un mojón de piedra, observaba aquel mundo ensordecedor, jugando con su corbata nueva; era la primera «de verdad», con un nudo hábilmente hecho por Flammèche; no como las de antes, con

una ridícula gomita que siempre se rompía antes de acabar el día. No, esta vez era una auténtica corbata de adulto, una de esas cosas tan elegantes que tanto cuentan en la vida.

Mientras se estiraba la corbata para ponerla a punto, Grisón masticaba un caramelo blando que no hacía más que pegársele en un diente o en otro, haciendo hilos que le obligaban a abrir mucho las mandíbulas, con lo que le resultaba agotadora la masticación.

La primera persona interesante que encontró fue *Causette*, una pelirroja de cabellos largos a la que llamaban así porque era muy charlatana^[3].

Comprendió enseguida que el chico estaba sumido en las más profundas reflexiones y se limitó a sonreír, y se fue a charlar a otra parte.

La multitud se agitaba, el murmullo iba en aumento, indicio seguro de que iban a comenzar las fiestas. En efecto, sonaron unos golpes de bombo al otro lado de la plaza, hacia la calle Fer-à-chaud, y enseguida los clarines lanzaron, más o menos afinados, unas cuantas notas y atacaron un aire de charanga.

Y aquello se puso en marcha... Levantaban tal polvareda que apenas se veía a cinco metros. Pero como bastaba

con seguir a los que, a su vez, seguían a otros, la cosa carecía de importancia, excepto para los zapatos.

Grisón, mal situado en la salida, echó a correr y adelantó a todo el mundo en un magnífico *sprint* digno de los mejores atletas de *La Estrella Deportiva de Courquetaines*. Se puso, pues, en cabeza, junto a sus queridos compañeros, los chicos de la escuela. Éstos, dignamente dirigidos por el señor Gaboriot, marchaban al compás, golpeando el suelo con los pies para acompañar al bombo. Los instrumentos metálicos relucían muy cerca, produciendo brillantes destellos y

semejándose a una locomotora bien lustrada. Las mujeres, en la puerta de sus casas, veían pasar, sonriendo orgullosas, aquella pesada y ruidosa tropa, mientras la nube de polvo que levantaba penetraba en las casas por las ventanas imprudentemente abiertas. Después de los niños seguían los adultos, clasificados por edades, desde deportistas en forma a viejos encorvados, desde Jugadores de fútbol a jugadores de cartas, desde reclutas «de permiso» a veteranos curtidos. Iban todos a una por las calles de Fer-à-chaud, del Molino, de la Pionette y la calzada de los Frailes, hacia el

monumento a los caídos. El monumento era de piedra y estaba rodeado por unos obuses unidos entre sí por una cadena. Cada año daba allí la banda su desabrido concierto, mirando a la fría lápida, y cada año morían allí una vez más, al ser pronunciados sus nombres, aquéllos que, mucho antes que ellos, habían tocado la misma música.

Solamente entraron en el recinto sagrado la charanga, la horda de críos, a duras penas contenida y a punto de estallar como un campo de fútbol enloquecido, el alcalde y los concejales.

Se hizo el silencio. En la mente de los asistentes, la sombra de los héroes

se entremezclaba con el aguardiente y el vino blanco que, seguramente, Robert, estaría sirviendo ya en las copas.

El señor Chenot, el alcalde, se aclaró la voz y tomó la palabra, que los otros le ofrecían, con mucho gusto. Siempre echaba el mismo discurso, año tras año, a excepción de un solo detalle: el número del año en cuestión. Al final invitó a la concurrencia a recogerse en el tradicional minuto de silencio, minuto que se prolongó veinte segundos más debido a que tenía roto el reloj. Como la gente empezase a toser, cosa muy extraña en el mes de julio, Alphonse Chenot puso punto final a la ceremonia

diciendo: «Gracias».

Entonces, los colegiales echaron a correr de golpe, pisando a los músicos, las banderas y los instrumentos, arrastrando en el barullo al alcalde una treintena de metros después de haber saltado limpiamente la pesada cadena que rodeaba aquel santuario del recuerdo. Habían sido las chicas las primeras en echar a correr. El maestro no tuvo ni tiempo para intervenir, y fue el sector adulto del auditorio el que se lanzó vociferando detrás de los chicos quienes, a su vez, pretendían dar alcance a las chicas. Aquella inmensa multitud, de mil personas por lo menos, se lanzó

hacia la plaza del ayuntamiento, atropellando una veintena de gallinas que no tuvieron tiempo de refugiarse en el corral más próximo. Rafistole iba detrás, cojeando, recogiendo los cadáveres de las gallinas con una pala y amontonándolos en una carretilla que se había salvado de la multitud.

Cuando llegaron todos a la plaza del ayuntamiento, se preguntaron que qué pintaban allí y qué iba a pasar. Como no pasase nada, los mejor situados se lanzaron al abordaje del café de la Clique, cuya puerta sólo resistió un instante, y se amontonaron tres en cada silla, a razón de ocho sillas por mesa, y

se pusieron todos a pedir al mismo tiempo lo que querían tomar.

Robert, que sabía de sobra lo que iba a pasar, no servía nada más que aguardiente: eso, o la calle. Y como era imposible salir... En la plaza había una cola más que respetable, bajo un sol que no perdonaba a nadie.

Hacia la una y media, cuando a fuerza de paciencia todos habían logrado tomar su aperitivo, la plaza del ayuntamiento se quedó tan desierta como en los mejores días de la siega.

Rafistole salió de la taberna de Robert, donde un buen vaso de vino blanco acababa de premiar todos sus

esfuerzos. Se había jurado no trabajar en el día de la fiesta nacional, pero al final no pudo resistir la llamada de «su obra», que le estaba esperando en el estrecho callejón.

Allí se fue, pues, y se sentó al borde del enorme agujero. ¡Qué obra! Tenía ya unos cuarenta metros de largo, dos de profundidad en el sitio menos hondo y hasta cinco de ancho allá donde el camino se mete en la pradera. Una auténtica trincheras, como en el catorce^[4]. Se podía bajar a ella por una escalera, un poco escurridiza los días de lluvia, pero seca como una piedra por esta época. En el agujero había una mesa

y un banquillo. Cerca de la mesa, unos cascotes vacíos de vino. Al otro lado, un inmenso montículo de tierra se había tragado dos árboles, cuyas ramas salían por los lados del montículo.

Para avisar a los paseantes curiosos o despistados, el peón caminero había rodeado su obra con estacas, enlazadas entre sí por una cuerda con banderitas multicolores. Dos farolillos, durante la noche, completaban las medidas de seguridad.

Pero Rafistole veía mucho más allá... Pronto la obra llegaría hasta la plaza del ayuntamiento y allí se dividiría en tres direcciones como tres tentáculos.

El primero cortaría limpiamente la explanada de delante de la iglesia, a la que sólo se podría acceder pasando por encima de unos tablones. El segundo se extendería a lo largo de varias casas, para terminar, provisionalmente, delante del mismo ayuntamiento. El tercero, el más largo, atravesaría la plaza en diagonal y llegarla hasta la acera del café de la Clique. El peón caminero todavía no había comentado con nadie su fabuloso proyecto. Posteriormente (a menos que le llegase antes la jubilación) excavaría una zanja de circunvalación que enlazaría los tres ramales proyectados.

Así pues, ¡aquella sería la obra de su vida! Una inmensa topera a cielo abierto, con el riesgo permanente de ver caer en ella a algún viejo despistado. Una obra de arte, una escultura viviente tallada en la tierra, aquella hermosa tierra roja de Courquetaines...

Después de eso, moriría feliz...

Chenot, el alcalde, no se preguntó jamás en qué proceso verbal de las reuniones del ayuntamiento figuraba la decisión de hacer semejante agujero. Pero estaba seguro de que habría sido votado por unanimidad.

De Saint-Agrève y de los alrededores venía ya gente para visitar

aquella obra maestra, y los comerciantes de Courquetaines miraban todo aquello con muy buenos ojos. Por lo demás, nadie podía imaginarse ni por un momento que todo se debiese a la sola iniciativa del peón caminero Rafistole. Una obra de tal envergadura solamente podía haber sido decidida por las altas esferas. Eso le divertía mucho a Rafistole, que se reía a escondidas, y día tras día continuaba cavando.

RACLOT hijo guiñó un ojo, levantó lentamente la pesada bola de madera hasta la altura de la cara, apuntó

detenidamente y la lanzó. El proyectil golpeó el suelo con un ruido sordo, fue rodando por tierra desviándose tanto a derecha como a izquierda, y logró, a pesar de todo, darle a un bolo, que cayó al suelo después de haber girado sobre sí mismo. Como era el único que había logrado un punto en la primera vuelta, se frotó las manos. Otra como ésa en la segunda vuelta y se llevaría el primer premio. Nadie le podría alcanzar.

Así era como, *Catorce de Julio*, los chicos medían su habilidad en diferentes concursos y podían ganar botellas de limonada. La masa de adultos se entretenía mirándolos. Aparte de los

bolos, había también carreras de sacos, carreras de bicis y adivinanzas. El Marsopa ganó en las bicis; un chico de los Bachelot, en los sacos, y Prune, la huérfana de los Rousselot, dejó apabullados a todo el mundo en las adivinanzas.

Faltaban los bolos, en los que Raclot tenía grandes posibilidades de mantener su autoridad de jefe.

En la segunda vuelta, Grisón derribó un bolo y Raclot falló. Los que habían conseguido algún punto tenían derecho a tirar otra vez. Pero derribar dos bolos seguidos, eso no se había visto nunca...

Luego, vino la tercera vuelta.

Después de unos lanzamientos tontos de algunos críos, sin pretensiones y sin peligro, el Marsopa cogió la bola. La lanzó ligeramente al aire dos o tres veces, como para sopesar y luego tiró. Cayó un bolo, alcanzado certeramente, y estuvo a punto de derribar otro, cosa nunca vista. Pero no, el otro continuó en pie. Raclot ni respiraba. El Marsopa lanzó su segundo tiro y falló.

Le tocó el turno a Grisón. Raclot se reservaba para el final. El primero tuvo mucha suerte: un bolo, apenas rozado, vaciló un rato y, finalmente, cayó. Todo el mundo aplaudió. En ese momento, Grisón estaba a la cabeza de la

competición.

Si acertaba su segunda tirada, obtendría, sin lugar a duda, la victoria.

Cuando la gente se calmó, Grisón tiró otra vez; pero demasiado lejos.

Sólo quedaba Raclot, que sudaba de emoción. ¡Vaya situación...! Si él fallaba, Grisón era campeón. Si derribaba, quedaban empatados y había que lanzar de nuevo, lo que supondría para el vencedor el título poco glorioso de «vencedor con apuros». Necesitaba, pues, para ser *el mejor*, derribar dos veces seguidas. Algo sin precedentes. La gente parecía darse cuenta de lo importante que era aquello, puesto que

se hizo un silencio sepulcral. Hasta los cuervos, que pasaban en bandadas graznando sobre el pueblo, se callaron.

La pesada bola de madera salió muy alta, y luego fue a caer sobre una piedra que la desvió ligeramente a la derecha. Grisón estaba ya a punto de explotar de alegría y Raclot de escupir al suelo, desesperado, cuando otra piedra le hizo justicia y devolvió la bola al buen camino en el que derribó el bolo del centro.

El honor —por lo menos el honor— estaba a salvo.

Efectuó su segunda tirada. Raclot realizó toda una ceremonia de

preparativos, contando los pasos para coger impulso, calculando la trayectoria... La gente empezaba a impacientarse. Entonces, dejando de lado toda aquella pamema, cogió la bola y la lanzó con indiferencia hacia el blanco, como quien dice: «¡Bah! Total, qué más da...».

Pero la suerte quiso que acertase, y quedó consagrado como *el campeón de las dos tiradas*, título que valía más que cualquier otra distinción. En el delirio de la victoria, vio acercarse a Prune, que le entregó un ramo de flores y le dio un par de besos en cada mejilla. No sabía por qué, pero eso le emocionó

muchísimo.

Mientras el resto de la juventud de Courquetaines se dirigía, según la edad, hacia los caballitos, el tiro al blanco o el baile, Raclot llevó a Prune al café de la Clique donde, mano a mano, en un santiamén, se bebieron la botella de limonada del vencedor. No tuvo la habitual cortesía de invitar a sus compañeros. Prune se dio cuenta y reunió después a todo el mundo en torno a la botella que había ganado en las adivinanzas.

RACLOT decidió que un jefe de su

categoría debía tener una novia. Prune no veía inconveniente en ello. ¡Para una vez que alguien se interesaba por ella!

Se los vio juntos en la pista, donde hacían como que bailaban. Luego, cuando anocheció, se fueron a los tióvivos iluminados y a la caseta de tiro, donde el chico ganó un premio. Después se despidieron y cada uno se marchó a su casa.

9 Una velada en la Chevanelle

CUANDO vio ponerse rojo el sol por el oeste, Grisón pensó de pronto que ya debía de ser muy tarde y que tenía que marcharse en seguida si quería llegar antes de que se hiciera de noche. Habían ido todos a pescar a la orilla del Venelle, un riachuelo que se unía al Criarde detrás del bosque Vadin. Sin darse cuenta, entre pez y pez, habían ido remontando la corriente y, de pronto, se encontraron a varios kilómetros de Courquetaines.

Grisón dejó a sus compañeros. No necesitaba coger el mismo camino que ellos, le bastaba tirar a campo traviesa para llegar a la Chevanelle.

Eran los días de la siega. Rodeó las pesadas segadoras que los caballos habían dejado durante la noche, en medio de la interrumpida siega. Por aquí y por allí se veían montones de trigo cubiertos con gruesas lonas verdes para protegerlos de la siempre posible lluvia. Vio a unos hombres que también se disponían a volver a casa y saludó a los que conocía. Aquellos hombres formaban grupos de tres o cuatro, recogían sus chaquetas y sus bolsas,

encendían un pitillo y se dirigían hacia la carretera, saltando de surco en surco.

Después de cruzar los campos de trigo medio pelados, en medio de los cuales la tierra roja reaparecía como si fueran ronchones de sarna, Grisón llegó a un terreno más verde salpicado de árboles frutales. Allí era donde las vacas de Courquetaines pasaban la mayor parte de la temporada. Los prados dibujaban un bello paisaje rural, rodeados de setos en los que los avellanos se mezclaban con las ortigas. Las toperas mostraban sus ocres montículos entre los *dientes de león*, cuyas bolitas empezaban a blanquear.

Unas boñigas de vaca, aplastadas y secas como galletas, eran devoradas por una multitud de hormigas, que iban y venían en hileras. Los matorrales, cada vez más compactos, se apiñaban al borde de una vasta charca, lleno de pisadas de animales salvajes y domésticos que iban a beber allí.

Grisón cruzó el Criarde haciendo equilibrios sobre un tronco de roble arrancado de raíz por una reciente tormenta. Se hacía de noche rápidamente, tanto más cuanto que el cielo, despejado todavía a mediodía, se había ido cubriendo progresivamente por la tarde, dejándose invadir ahora

por grandes nubes, apiñadas hasta entonces en el horizonte como montañas nevadas. La naturaleza se sumía en un inquietante silencio. Negros nubarrones surgían por todas partes a la vez, y parecían que se le iban a echar encima. Entonces echó a correr bordeando el bosque Madame. Pero se levantó un fuerte viento que formaba torbellinos de polvo que le cegaban, y azotaba furiosamente los árboles, que se movían como cabellos desmelenados.

Grandes bandadas de cuervos se alejaban hacia el oeste, por donde aún quedaba un poco de luz en el cielo. Luego, de repente, todo cambió de color.

Los matorrales y los árboles se volvieron negros como el carbón, y la tierra, gris oscuro. Las nubes, malva y azul, pasaban como olas y se deshacían a lo lejos en largos flecos de lluvia, que tejían una cortina y ocultaban el horizonte. Ya estaba oscuro del todo.

Después de haber rodeado el bosque Madame, Grisón notó las primeras gotas que le acariciaron la cara. A doscientos metros se levantaba la inmensa mole de la granja. Atravesó un prado segado, se coló por debajo de la alambrada de espinos y cogió un camino pedregoso que torcía hacia el gran patio empedrado.

El ruido de sus pasos sobre los adoquines suscitó los ladridos de *Merlín* que, desde su caseta, saludaba el regreso del niño.

Una lluvia cerrada empezaba a caer cuando subió los cuatro escalones de piedra del edificio. Aún no le había dado tiempo de empujar la puerta cuando un enorme relámpago blanco-lechoso iluminó el paisaje, dando la impresión, durante un segundo, de que era de día. Le siguió un fragor largo y lejano.

Una vez en el amplio vestíbulo de la Chevanelle, dudó si continuar o no. Pero Flammèche sabía que había venido, por

los ladridos de *Merlín*. Una temblorosa lucecita amarilla apareció en un rincón del cuarto, alumbrando débilmente el dulce rostro de una mujer de cuarenta y cinco años. Sólo se veía aquel rostro en el vestíbulo, el resto estaba a oscuras. Flammèche sonrió detrás de su vela.

—Por fin has llegado —dijo—. Ven por aquí.

Fue hacia ella, pero ya ella había dado media vuelta y abandonado el vestíbulo, de losas rotas, para entrar en otro cuarto al que llamaban «la sala». Grisón la seguía. La llamita se elevó en la oscuridad y dio luz a otra vela, y más lejos a otra tercera. Flammèche

encendía todas las velas que había en la pared, sin una palabra, sin un ruido.

Grisón observaba, admirado, aquella enorme sala que, poco a poco, iba surgiendo de la oscuridad. Aparecían los grandes cuadros, los retratos y los paisajes, como si estuviera amaneciendo. Luego, las negras vigas que sostenían el techo, los marcos de las puertas, las ventanas con sus cortinas y, por último, los macizos muebles de roble, cuya sombra temblaba en el suelo según los caprichos de la luz. Flammèche había acabado su recorrido y encendió las dos lámparas de aceite que adornaban la mesa del centro de la

sala. Por fin se paró y dirigió su mirada a Grisón, que no se había movido. Cuando en esta sala encendían todas las luces, era como si estuviesen a pleno día. Cosa que ocurría raras veces y era señal de una gran fiesta.

—Bien —dijo Flammèche—, ¿a qué esperas?

El chico se acercó a la mesa sobre la que había doce... sí, sí, doce, doce cubiertos... En lugar de los cuatro habituales: él, Flammèche, Antoine, su marido, y el viejo Albert.

—¿Quién viene esta noche? —preguntó por fin.

—No sé. Adivínalo.

—No sé... son demasiados cubiertos...

—¿Has olvidado que hoy es un día importante? —¿Un día importante?

—Sí, piensa un poco.

Barajó todas las posibilidades; menos la que era, por supuesto.

—Hoy... ¡hoy es tu cumpleaños!
¡Hoy cumples doce años!

Él ya lo sabía; pero habían puesto tanto entusiasmo para preparar la sorpresa, que tenía que hacerse el sorprendido hasta el final.

—¿De verdad?

—Como te lo digo... ¡Y para la fiesta ha venido mucha gente!

Se dirigió rápidamente hacia una puerta al fondo de la sala y la abrió de golpe. Ocultos hasta entonces, fueron apareciendo por este orden: Antoine, que llevaba una tarta adornada con doce velas; luego, Albert, con una botella de clarete en cada mano, seguido de Lucile, la hija de Flammèche y Peyot —es decir, Pierrot—, su marido, y a continuación, Bernabé, el hijo mayor de Flammèche, con Annie, su mujer. Y para cerrar el desfile, los tres nietos de Flammèche, el último de los cuales apenas si se tenía en pie.

—¡Eh! ¡Qué todavía falta alguien! —
dijo Flammèche.

Todos se quedaron mirando la puerta abierta, por la que apareció, con gran sorpresa por parte de Grisón, llevando un gran ramo de flores, Prune, la inapreciable Prune, cuya vocación parecía ser la de ofrecer flores a los héroes de turno.

—Feliz cumpleaños —dijo tímidamente. Su cabeza apenas sobresalía por entre los gladiolos, que entregó a Grisón.

—La hemos invitado porque pensamos que te gustaría —dijo Flammèche—. Fue idea de Albert.

El viejo hizo un gesto con la mano como diciendo: «No hace falta decir el

nombre del autor».

Desde luego, Grisón se alegró con la presencia de una chica de su edad. Después de besarse todos, se sentaron a la mesa. *Merlín*, el cariñoso *Merlín*, se puso a arañar la puerta del vestíbulo y, pidiendo disculpas por su retraso, debido a que la granja estaba cerrada con llave, se echó a los pies de su amo, Antoine.

Empezaron por los caracoles con mantequilla. Aún no los habían terminado, y ya venía pidiendo sitio un enorme paté, empujado a su vez por unos pollos gigantes. Aparte el viejo, que hacía comentarios sobre la cosecha,

y tres críos, que se peleaban defendiendo su colección de caparzones de caracoles vacíos, no hubo ningún comentario. No empezaron verdaderamente a hablar hasta la ensalada y el queso. Al llegar el postre, naturalmente, ya estaban cantando. *Merlín*, debajo de la mesa, se daba un atracón de huesos de pollo.

Las velas echaban un humo ligero que se quedaba por el techo y se hacía cada vez más espeso. Apagaron algunas en el postre, al tiempo que Grisón hacía lo mismo con sus doce velas.

La tormenta volvía, colando sus relámpagos por las grietas de las

contraventanas; pero no acababa de estallar abiertamente. Poco después se oyó a la lluvia golpear contra las tejas de la cubierta.

Después de correr la mesa contra la pared y de poner las sillas alrededor de la chimenea, donde crujía un buen fuego encendido por Antoine y Peyot, apagaron el resto de las velas y se dispusieron a iniciar la tertulia. Albert ronroneaba en su mecedora.

Entonces, Flammèche tomó la palabra:

—Recuerdo una noche como ésta, hace algo menos de doce años. Había una gran tormenta. Antoine, y también

vosotros Luciole y Bernabé, os acordaréis, aunque erais muy niños. Era una de esas tormentas de finales de agosto, que son las peores porque vienen después de varios meses sin llover. Estábamos aquí, alrededor de la chimenea. Otra vez me veo a mí misma, y a vosotros también, aunque con la friolera de doce años menos.

Grisón, sentado al lado de Prune, levantó los ojos hacia aquélla que había sido su nodriza. Comprendió en seguida a dónde quería ella ir a parar. Hacía años que estaba esperando que contara esa historia, su historia.

—También Albert podría hablaros

de aquella noche. Era uno de los primeros días de la recolección del lúpulo, que ese año venía muy adelantado.

Albert asentía lentamente con la cabeza, pero era por el suave balanceo de la mecedora. Flammèche continuó:

—Estábamos terminado de cenar. Tú, Luciole, acababas de quitar la mesa, ¿te acuerdas?

—Sí, mamá.

—Y tú, Bernabé, tú...

—Yo acababa de encender un buen fuego como éste.

—Exacto. Y Albert se mecía igual que ahora.

—En eso... no es fácil que yo cambie —dijo Albert.

—Y yo, yo creo que estaba haciendo punto. Estábamos en silencio. Sólo se oía la lluvia sobre las tejas y sobre la chapa ondulada del cobertizo.

—Un buen chaparrón —murmuró Bernabé—. Empezó justo cuando yo acababa de meter las vacas. Entonces teníamos vacas.

—Y buena leche —añadió Albert.

—Los truenos retumbaban tremendamente —continuó Flammèche—. Verdaderamente hacía un tiempo como para no dejar fuera ni al perro.

—El perro que teníamos entonces

era el viejo *Poupougne*. Murió dos años después y lo reemplazamos por *Ciky* —añadió Lucióle—. Poco valía ese *Ciky*, no duró ocho años. Después vino *Merlín*.

—En resumen —dijo Flammèche— que nos disponíamos a pasar una velada tranquila. Yo había cerrado todas las contraventanas y pensaba ir al cabo de un rato a preparar tila para toda la familia. Cuando, de pronto...

Se detuvo. Grisón se estremeció con el «de pronto». La mirada completamente inmóvil, contenida la respiración, los ojos como platos. A Prune le pasaba tres cuartos de lo

mismo.

—Cuando, de pronto, llamaron a la puerta. Al principio pensé que sería una contraventana mal cerrada: pero no, eran unos golpes regulares y no el capricho del viento. Antoine y yo nos miramos, Albert dejó de balancearse y vosotros, los niños, volvisteis la cabeza hacia la puerta de la entrada. Estalló un enorme trueno y, luego, justo después, «aquello» volvió a llamar. Entonces me levanté, dejé mi labor sobre la mesa y me dirigí hacia la entrada. Abrí. En el umbral de la puerta, chorreando, estaba una mujer delgada, cuya silueta se recortó bruscamente a la luz de un relámpago.

Estaba empapada. Le dije: «Entre rápido, no se quede ahí». No se atrevía, tenía miedo de mojarlo todo. Llevaba un gran cesto que contenía algo... no sé, pesado o frágil... yo aún no sabía lo que era. Lo cierto es que ella lo movía con infinitas precauciones.

—Hasta ahora todo va bien —dijo Albert.

—Sí. Entonces la hice pasar con su voluminoso paquete a nuestra sala. Luciole fue a calentar agua para una tisana, pues la pobre mujer debía de estar helada. Yo no soy curiosa, no recuerdo haberme preguntado lo que podría contener aquel cesto que ella

colocó delicadamente cerca de la chimenea. Mientras Bernabé le acercaba una silla y yo le quitaba el abrigo empapado, oí un ruido parecido al maullido de un gato ronco...

Grisón estaba a punto de reventar. Flammèche lo sabía y parecía disfrutar con aquella situación.

—No era un gato —dijo por fin—. Era un bebé. Un bebé como jamás he visto otro. Fuerte, con los ojos bien abiertos como si quisiera comprender lo que estaba sucediendo. Cuando la mujer lo puso sobre sus rodillas, Luciole, que acababa de volver de la cocina, no pudo contener un grito. Tú, Luciole, apenas

tenías trece años. El bebé era un niño y tenía unos enormes ojos grises, como su nombre indicaba.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó distraídamente Prune.

—Grisón.

Grisón enrojeció. Miraba el fuego, que echaba chorros de chispas al ir empujando Antoine los leños hacia el centro.

—Y, ¿cómo era la mujer? —preguntó con voz ronca.

—Recuerdo sus cabellos negros, pero sobre todo sus ojos, grises como los tuyos.

Prune miró a Grisón.

—Entonces, ¿la mujer era su madre?

—preguntó.

—Sí —respondió Flammèche—.

Era la primera vez que la veía y fue también la última.

—¿Se perdió con la tormenta? —dijo Grisón.

—No. Ella sabía muy bien el camino. Había venido a pedirme que le cuidase el bebé durante unos años, hasta que estuviera en edad de ir a la escuela. Después volvería a buscarlo.

—Pero no volvió —murmuró Grisón.

—No. Murió más tarde en un terremoto que destruyó la ciudad donde

vivía. Ocho mil personas murieron aquel día. Eso ocurrió dos años después de la llegada de Grisón. Pero ése es otro asunto. Volvamos a aquella noche. Yo, yo no quería cargar con un bebé. Estos dos ya estaban crecidos, no iba a empezar otra vez con los pañales... Antoine no decía nada. En cambio, Luciole, demasiado maternal para la edad que tenía, me pedía que aceptase. ¿Pero sabéis quién fue el que me decidió finalmente?

—No.

—Pues bien, fue Albert.

—Estaba escrito en las estrellas —
comentó Albert.

—Sí. Ya sabéis que Albert es mi padre. Pues bien, él me decidió a aceptar.

—En resumidas cuentas, que si tú no hubieras querido —dijo Grisón a Albert— yo no estaría aquí ahora.

—Exactamente, hijo.

—¡Qué suerte más buena que tuve...!

—No sé, no se —dijo Albert—. A lo mejor hubieras estado mejor en otra parte...

—¡Eso sí que no, desde luego que no!

—¿Y tú qué sabes de eso?

—Sé... sé que aquí estoy bien y que

no me cambiaría aunque eso fuese posible.

El sordo fragor de un trueno interrumpió la conversación. Llovía cada vez con más fuerza. Luciole volvió de la cocina, a la que discretamente se había marchado, con unas tazas para la tisana de la noche.

—¿Una tila?

—Por qué no.

—¡Qué asco de tiempo! —dijo Bernabé—. Desde luego, igual que aquella noche...

—Se hace tarde —dijo Albert—. Me voy a dar de comer a mis pulgas.

Era su expresión habitual para decir

que se iban a la cama.

—¿No tomas una tila con nosotros?
—le preguntó Flammèche.

—¿Una tila? No, gracias —
respondió el viejo. Se levantó
lentamente de su mecedora, que siguió
oscilando una docena de veces. Se fue
hacia una puerta que daba a la escalera
de los dormitorios. Allí se acordó de
que tenía que coger una vela. En la
Chevanelle no había electricidad.

En ese instante se oyó un ruido
inconfundible: alguien llamaba a la
puerta. Todos miraron en derredor suyo,
pensando que se trataba de una broma.
Pero no, estaban llamando a la puerta de

la entrada. Flammèche encendió una vela y se dirigió hacia el vestíbulo. Grisón se había puesto en pie, lleno de estupor.

—Pasen —se oyó en el vestíbulo.

La puerta de la sala se abrió y Flammèche introdujo una enorme sombra en el cuarto. Un hombre alto, con sombrero de ala ancha y una gran capa. Grisón reconoció inmediatamente a Basile y se sintió, de pronto, muy contento al verlo allí, en aquel momento. Basile tenía el don de la oportunidad.

—¿Estás de paso? —preguntó Flammèche a Basile.

Grisón se sorprendió al ver que

Flammèche y Basile se tuteaban. Sabía que se conocían; pero de ahí a tutearse... Otra sorpresa: Prune se levantó para saludar al pastor, quien también parecía formar parte de sus conocidos.

—He metido las ovejas en el viejo aprisco de detrás del bosque Vadin —respondió Basile—. Los prados de Saint-Agrève están resecos por el sol, no como aquí, donde llueve al menos de cuando en cuando. Por eso hemos vuelto por estos alrededores.

—¿Y Sammy?

—Está con los animales. Yo también me voy a ir enseguida. Pero no antes de

haber visto de cerca a mi amigo Grisón.

—Es verdad, ya os conocéis.

—Sí, desde la otra noche, aquella famosa noche.

Basile se acercó a Grisón, que se había quedado en pie sin decir una palabra.

—¿Qué hay, hijo...? Ya eres mayor. Pareces incluso mayor que el otro día. Es que... si no me equivoco, hoy cumples doce años, ¿no?

—Sí.

—¡Ajá! Ya lo sabía, por eso he venido, para darte un pequeño regalo.

—¿Un regalo?

—Sí, éste.

Basile sacó de su capa una trompa hecha con un cuerno de vaca. Sopló y se oyó una larga nota triste.

—En fin, no es gran cosa. Cuando la uses, quizá te acuerdes del pastor.

—Gracias Basile —dijo Grisón.

Admiró su cuerno, contemplándolo por todos los lados. Sopló. Después de limpiar la boquilla se lo prestó a Prune.

—La tila está servida —dijo Lucióle.

—Quédate al menos cinco minutos para tomarte una taza —le pidió Flammèche al pastor, que hacía ademán de dirigirse a la puerta.

—Cinco minutos. Ni uno más.

Albert, que había presenciado la escena sin intervenir, subió las escaleras después de coger una vela. Como la mecedora había quedado libre, Basile se instaló cómodamente, balanceándose levemente. Lucióle, ayudada por Prune, distribuía las tazas de tisana. Ni Prune ni Grisón quisieron.

Basile se quedó bastante más de los cinco minutos que se había concedido. Parecía incluso cogerle gusto al confortable fuego de la chimenea. Después de la tisana, Lucióle quitó la mesa y Flammèche les dijo a los niños que ya era muy tarde y tenían que irse a la cama. Prune pasaría la noche en la

Chevanelle, ya estaban avisados los Rousselot. Le habían preparado el cuartito rosa, el que había usado Lucióle cuando era niña.

Grisón saludó a todos dándoles la mano, dijo adiós y subió con una gran vela. Prune se quedó hasta que Lucióle la acompañó hasta el cuarto rosa. Desde la sala se oían sus pasos, que hacían crujir el suelo de madera del piso de arriba. Cuando Lucióle volvió a bajar, Basile continuaba meciéndose cerca del fuego.

—Bueno —dijo Flammèche—
cuéntanos.

—No tengo mucho que contar —

respondió el pastor—. He venido porque tenía ganas de veros, eso es todo.

—Y te has acordado del cumpleaños de Grisón...

—Hay cosas que no se olvidan.

El fuego crepitaba en la chimenea. Sólo quedaban unas ascuas rojo oscuro. Estaban todos juntos y ni se veían la cara los unos a los otros. Aunque... ¡qué más daba!, se conocían de memoria...

—Háblanos de allí —dijo finalmente Flammèche.

—No hay nada que decir por el momento —respondió Basile.

—¿Qué quieres decir con eso de

«por el momento»?

—Pues eso..., que hay cosas que van a cambiar.

—¿Cosas importantes?

—Puede que sí.

—¿Para ellos o para nosotros?

—Tanto para ellos *como* para nosotros.

Como nadie decía nada, añadió:

—Daos cuenta, nosotros, en el fondo, somos incansables.

Sacó un caramillo y tocó una melodía. No era una melodía cualquiera, era una de las que tocaba a menudo en el llano, una de las que más le gustaban. Grisón, en su cuarto amarillo, la oyó y la

reconoció. Muchas veces la había canturreado él mismo. Prune, en su cuarto rosa, también la oyó. Escucharon casi sin respirar aquella música que se colaba por las grietas del suelo de madera y llenaba toda la casa. Puede que hasta el mismo Albert la estuviera silbando en voz bajita mientras intentaba coger el sueño.

La tormenta había concluido hacía tiempo. La habían olvidado completamente. Sammy, allá abajo, frente al aprisco, seguramente estaría fumándose una pipa, mirando las estrellas.

10 ¡Arrestado!



EN COURQUETAINES, el domingo era mucho más aburrido que los demás días. Primero, la pesadez de recibir a los invitados. Luego, el tener

que fregar una enorme cantidad de platos y cubiertos. Además, los trajes de fiesta, que no se podían manchar, y por culpa de los cuales no se podía jugar a nada divertido. El almuerzo no se acababa nunca y, si se echaba una partida de cartas en el café de la Clique, era simplemente para olvidar que era domingo. Ni los niños ni los adultos ganaban nada con que fuese domingo.

El cabo Beauras tenía una solución, aunque sólo era válida para él: se las arreglaba para estar de servicio ese día. Llevaba su barajita de cartas y su café, y pasaba alegremente el día, bien bromeando con los dos gendarmes, bien

silbando solo, sentado sobre una piedra, mirando cómo las abejas se repartían un campo de amapolas.

A veces hasta se levantaba, bostezaba haciendo grandes aspavientos y se daba una vueltecita por los alrededores, con una varita de avellano en la mano. Tal vez pensaba descubrir tras un matorral algún merodeador o algún chiquillo curioso dispuesto a engañarle y a penetrar en la zona en cuanto él hubiera vuelto la espalda.

En todo el tiempo que llevaba de cabo nadie había conseguido pasar; o, si eso había ocurrido, nadie lo había sabido, cosa que, profesionalmente,

venía a ser lo mismo.

Beauras se preguntaba constantemente que secreto escondería y defendería él con tanto celo. La palabra celo no estaba de más, pues ésa había sido la palabra que el Gobernador había empleado al imponerle recientemente la *Medalla de Oro de la Vigilancia*. Veinte años en la zona, seis de los cuales como cabo. ¡Pronto, muy pronto, llegaría a cabo jefe! Era cuestión de meses, semanas quizá. ¡Alto, alto ahí! Un sorbito de café para pasar la emoción.

Pero detrás de todo flotaba el fantasma de una humillación: le pagaban su sueldo sin decirle jamás una palabra:

¿No le estarían pagando *para que no supiese nada*? ¿No le imponían, de cuando en cuando, tal galón o tal medalla con la sola idea de que siguiese siendo *una mente sin iniciativas, sin curiosidad*? Nunca experimentó tan fuertemente la sensación de que le pagaban su ingenuidad (por no decir su necesidad) como aquel domingo, antevíspera del quince de agosto, cuando el trigo aún ni había sido llevado todo a casa, cargado en las pesadas carretas tiradas por bueyes, o por caballos en el caso de los más ricos.

Durante la mañana de aquel día, a falta de algún «fuera de la ley», la pasó

espantándose una abeja que no había parado de zumbar alrededor de sus orejas durante toda una hora. Después de haberla matado pensó, con cierta emoción, que quizá ese animalillo, en apariencia inocente, sabría más que él respecto a lo que pasaba a menos de quinientos metros de allí. ¡Pensar que un zángano pudiera saber lo que un cabo ignoraba, eso le humilló terriblemente...!

La vergüenza le subió a la cara y le hizo enrojecer hasta el punto de que el gendarme Méchalot creyó que se trataba de una insolación y, por un instante, temió por la salud de su superior

jerárquico. Si Méchalot hubiese sabido la verdad, se habría preocupado aún más.

BEAURAS no solía pensar muy a menudo (fuera de tal orden que dar, tal decisión urgente que tomar). Pero, en fin, eso no contaba, porque eso había ocurrido dos o tres veces desde que era cabo. Y, por cierto, le gustaba recordarlo de vez en cuando, como se piensa en un excelente recuerdo.

Fue entonces cuando, aquel domingo, antevíspera del quince de agosto, a la hora más calurosa, se puso a

pensar. Y comprendió enseguida que iba a hacer el balance de toda una vida. No necesitaba más para presentir un gran cambio, cosa que inquietaba un poco en cierto sentido, pero que, por otra parte, le proporcionaba una curiosa sensación de rejuvenecimiento.

Como confundía un poco «reflexión» y «memoria», se metió de lleno en su infancia, viéndose en una fría mañana de diciembre, sobre una colina totalmente nevada, frente a unos matorrales agitados por un airecillo helado que le calaba hasta los huesos. En la medida en que le fue posible recordar, le parecía tener, en aquella vuelta al pasado, unos

quince años.

Pensó que eso no era lo suficientemente lejano, y que a esa edad ya está uno hecho, y que pocas cosas pueden cambiar ya, y como, de todas formas, aquella decoración le daba frío, echó marcha atrás en el tiempo.

Se remontó hasta sus primeros recuerdos. Perteneían, probablemente, a cuando tenía cinco años de edad. La primera cosa que recordó fue un automóvil. Luego, una carretera abarrotada de automóviles. Comprendió que aquello había sucedido *antes*; es decir, en una época en que aquella dichosa *zona prohibida* no existía aún.

Luego, los automóviles fueron prohibidos, excepto para el Gobernador y los Jefes mayores de la gendarmería y del ejército. Sólo se circulaba en bici o en vehículos de tracción animal, y, sobre todo, a pie.

En sus recuerdos, Beauras volvió a ver Courquetaines —donde había nacido— abarrotado de coches. Avanzó un año más. Aún seguía en Courquetaines, con sus coches; pero con coches muertos, amontonados. Luego, hacia los siete años de edad, aproximadamente, ahí estaba él de nuevo, en lo alto del camino Mathieu, entre su padre y su madre, que le decían: «¿Ves? Pues bien, de aquí no

puedes pasar». Esa condenada zona entraba, pues, allí, en su historia. ¡Ah!, si hubiera tenido unos cuantos años más cuando «aquello» ocurrió, lo sabría, ¡claro que lo sabría! ¡Otra cosa hubiera sido!

Ahora, su pensamiento echa de nuevo marcha atrás en el túnel del tiempo, se ve en la escuela, en el campo y, después..., ¿qué pasa después?

¡EH, BEAURAS, ten cuidado! ¡Una de tus vacas se ha metido en la alfalfa!

*—Gracias... Estúpido animal.
¡Hala, Fugaz, hala, muérdele en las*

corvas! Bueno, ha habido suerte. Menos mal que te diste cuenta.

—En fin... qué quieres —respondió el pequeño Antoine—. Oye, ¿subimos esta noche a la zona?

—Si quieres...

El cabo Beauras-casi-jefe no puede creer lo que ha visto con los ojos del recuerdo. ¡Así que también él subía, cuando era pequeño, con ese demonio de Antoine, el marido de Flammèche, al bosque de Epnoi...!

—¡Eh, Beauras —gritaba Antoine —, arrástrate sin enseñar tu trasero, que los gendarmes te lo van a agujerear!

—*Antoine* —*contestaba el pequeño Beauras, de pantalón corto*—. *Si subes, tráete a Flammèche.*

—*¡Ni hablar! Las chicas son un engorro para entrar en la zona.*

¡Ay! Bendito Antoine, si le hubiesen dicho en ese momento que a Flammèche no era precisamente a la zona a donde la iba a llevar un día andando el tiempo...

—*¡Eh, Beauras, cuidado, escóndete mejor...! Tienes al cabo justo enfrente. ¡Sobre todo, no te muevas!*

CABO ¡Cabo!

—*¡Silencio! ¡Cuerpo a tierra!* —

gritó Beauras.

El gendarme Méchalot miraba a su superior jerárquico con un beatífico estupor. Beauras volvió a la realidad.

—¿Es usted, Méchalot?

—Esto... ¡sí, cabo...! ¿Ocurre algo? ¿Ha visto a alguien?

—¿Alguien? —dice el cabo—. ¿Alguien? Sí, alguien, pero lejos, muy lejos.

—Tiene buena vista, cabo.

—Sí —contestó Beauras—. Muy buena vista. Méchalot le ofreció un vasito de tinto.

—¿Qué hora es ya? —preguntó Beauras.

Las tres, cabo, las tres y cinco como mucho. ¿Le falla el reloj?

—Se me ha parado.

—¡Ah ya! Y ¿qué hora marca?

—Una hora muy lejana, que pasó hace mucho tiempo. Una hora muy vieja, muy vieja —dijo tristemente Beauras.

—¡Ya!

—¿Está ahí Chazal?

—Vino hace un momento a echar un trago, cabo, y se ha vuelto a continuar la guardia a la entrada del bosque.

—Bien —dijo Beauras—. ¿Y usted?

—Yo ahora vuelvo de allí.

—Está bien. Me quedo aquí solo. Mejor dicho, voy a subir hacia el puesto

para ponerme a la sombra de los primeros árboles.

Méchalot se fue. Beauras se levantó, se sacudió el uniforme, se enjugó la frente y dio algunos pasos. Estaba asfixiado de calor y no se atrevía a entrar de golpe en el frescor del bosque. Se quedó, pues, a veinte metros de éste, dejándose acariciar por un vientecillo cálido que olía a heno. Maquinalmente miró hacia la llanura. Un matorral le llamó la atención. Esperaba que, de pronto, un pájaro echara a volar. Pero no fue así. Sin embargo, el matorral se movió de nuevo. Eso era muy sospechoso... Entonces vio como una

sombra que se deslizaba entre las altas hierbas. Era un trasero azul marino que, por cierto, se arrastraba muy torpemente.

A fuerza de vigilar *fantasmas reptantes*, Beauras conocía los fondillos de los pantalones de todos los chicos del pueblo. Le pareció reconocer el de Jocrisse. Luego, rectificó. Visto más de cerca, sin temor ya a equivocarse, eran los pantalones de Grisón.

—¡Otra vez el hijo de Flammèche!
—refunfuñó el representante de la ley—.
¡Pero si es que hacen las cosas sin pies ni cabeza...! Y encima creerán que no se les ve... En mis tiempos, por lo menos,

nos escondíamos mejor.

Lo que Beauras olvidaba era que, a pesar de esconderse mejor, no consiguió nada. De repente le vino a la memoria esa vergüenza. Enrojeció de nuevo. Esas cosas le daban cierto picante a su oficio. En lo sucesivo, defenderá la zona no porque le paguen para ello, sino *porque él fracasó en su infancia* y, por tanto, *ninguna otra infancia puede conseguirlo*. Santa emulación entre el pequeño Beauras de antaño y el Grisón de ahora. Aunque..., espera. ¿Y si en lugar de rivalidad hubiese entre ellos una colaboración? La idea cruza como un relámpago la cabeza del buen

hombre. Sí, eso es, utilizar al Grisón de hoy para salvar al Beauras de ayer. ¡Imbécil! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Pero no importa, no señor, no importa. Las ideas geniales hay que agarrarlas en cuanto vienen. ¡Vienen tan pocas veces! En ocasiones, sólo una vez en la vida. A veces, menos. Pero ahora está ahí, vivita y coleando, dispuesta a ser atrapada, igual que ese niño de pantalón azul marino, que sube lleno de despreocupación. «¡Sube, sube más, niño de azul, al sol de mediados de agosto! Sube. Quieres saber lo que hay dentro de esta zona, ¿verdad? Pues bien, pequeño, tú no eres el único. Sube, sube

más aún. Pronto llegarás al bosque, sí, al bosque. Así que es eso, ¿eh? Conque queremos saber, ¿verdad? Pues bien, claro que lo vas a saber. Esto tal vez sea una revolución, pero lo vas a saber». La decisión de Beauras es firme. No se plantará delante del chico, como otras veces. Faltará a su deber; sí, a su deber. Beauras, cabo-casi jefe-medalla de oro y todo lo demás, entérense bien si les interesa saberlo, Beauras ha decidido dejar pasar a Grisón. Se quedará escondido detrás del tronco de un roble, simulará no darse cuenta de nada. En realidad, se quitará su pellejo de cabo, pellejo condecorado pero triste, para

meterse en el del niño. Y el pequeño irá a explorar la zona, sin saber que en su corazón lleva un trocito de cabo y un gran trozo del Beauras-chiquillo, resucitado un domingo de verano.

«¡Ah, bueno, pero ojo! Te doy, para que me des. Te dejo ir, pequeño, te dejo hacer el descubrimiento de tu vida, que será también el descubrimiento de mi vida de cabo, pero a la vuelta, habrá que compartir. A la vuelta te pescan los dos gendarmes y te interrogan: ¿Queremos saberlo todo! También nosotros queremos saberlo todo, ¿comprendes? Tenemos derecho a saberlo todo. Para eso compartimos los riesgos. Un viejo

cabo no puede exponer su carrera yendo a curiosear él mismo. Eso no es posible. Mientras que un chiquillo como tú no arriesga gran cosa. Unos azotes en el trasero y para de contar. La zona a cambio de una azotaina, ¿verdad que no importa? ¡Esto pita! O. K. Sabía que daría resultado. Eres recio como una piedra, chico. Tú y yo vamos a saber muchas cosas...».

Y mientras Beauras hace sus cábalas, Grisón ha subido —arrastrándose siempre y siempre escondiéndose igual de mal— y ha llegado a la linde del bosque. Normalmente, le habrían pescado hace

ya tiempo. Lo sabe, y por eso le extraña. Aumenta sus precauciones, avanza de árbol en árbol.

«¡Nadie! Pero, bueno, ¿qué es lo que hacen estos gendarmes? ¿Y el cabo? ¡Siempre preparado para echárseme encima! Quizá esté enfermo. Sí, eso debe de ser. Le reemplazará otro que no conoce las costumbres. O a lo mejor, como estamos en domingo... Es verdad, puede que no trabajen en domingo». Aunque no, ya les han pescado otras veces en domingo.

Por primera vez en su vida, Grisón ha entrado del todo en el bosque de Epnoi. Nunca había llegado tan lejos.

Diez metros, veinte, treinta... ¡Ni un gendarme! Es rarísimo. Cuando uno fracasa tantas veces, el éxito parece anormal, algo totalmente imposible.

Los rayos de sol forman preciosos adornos al colarse a través de las hojas y dibujan grandes nenúfares blancos en el suelo. «¡Hombre, un camino! ¡Cuidado, que puede estar vigilado...! Silencio. No, aquí hay pájaros, muchos pájaros. Y ahí, en esa espesura, ¿habrá algún animal salvaje? Puede que algún jabalí. También hay ardillas. ¡Qué gusto vivir aquí! Quizá por eso esté prohibido. Es verdad, la mayor parte de las cosas bonitas de la vida están prohibidas. ¡Y

sigue sin aparecer un solo gendarme! Puede que me estén siguiendo sin hacer ruido». Grisón tiene la sensación de que, si vuelve la vista, verá, pisándole los talones, un destacamento de caballería. Pero no, se atreve a mirar y no hay nadie. Ya lleva recorrido unos cien metros. Sin darse cuenta ha rebasado la línea de vigilancia de los gendarmes. Continúa avanzando. ¡Cuidado! ¡Espacio! ¿Y si se tratase simplemente de una gran sima que se abriese de pronto ante tus pies, sin avisar? (Sin avisar, es mucho decir...).

Allí, allí hay algo. Un claro. A lo mejor es que se acaba el bosque. Está

inundado de sol. Las moscas se bañan en esa deslumbrante claridad. Grisón se acerca. Dos ciervas desaparecen. ¡Qué hermosas son! Hay una charquita donde se refleja un rayo de sol que viene de detrás de los árboles. «Desde luego — piensa Grisón— aquí debe de haber una barbaridad de caza. Como está prohibida la entrada, jamás han visto a un cazador. A menos que esto sea propiedad particular de un príncipe». De cuando en cuando se oía un crujir de ramas secas al pasar algún animal.

De pronto, en un recodo del camino, un gran claro. Los árboles acaban aquí para continuar otra vez veinte metros

más allá.

¡Oh, una alambrada! Una alambrada enorme. Imposible ir más lejos.

Es una alambrada muy alta con una malla muy fuerte. Está pintada de verde. Parece una frontera. Sin duda debe de serlo. Se puede caminar junto a ella porque hay un camino y porque los árboles se acaban un poco antes de llegar a la alambrada. ¡La alambrada es tan alta como el campanario de Courquetaines! ¡Y no es como las alambradas de los gallineros! Si metes los dedos por esta malla y la sacudes, prácticamente no se mueve.

Grisón está un poco decepcionado.

Esperaba hacer un descubrimiento formidable, algo nunca visto. Pero una frontera, una frontera... eso resulta muy vulgar. ¿Por qué ocultarla detrás de tantos gendarmes? Fronteras ya se sabe que tiene que haber, puesto que en el mundo existen numerosos países. Rabioso, da unas patadas a la alambrada, que hace un gran ruido metálico; pero enseguida se para: podrían descubrirle.

Continúa bordeando la frontera. Puede que encuentre algo interesante. El bosque va disminuyendo por aquí. *Por el otro lado* hay prados. ¡Anda, pero... si hay gente! ¡Unos extranjeros

merendando en el césped! Ahí, a treinta metros. Van vestidos de azul celeste. Son cuatro: dos mayores y dos pequeños. Sin duda se trata de una familia, los padres y dos hijos.

Sus trajes son bastante raros, algo así como unos *chandals* de color pálido, que empiezan en la cabeza con un pasamontañas y acaban en los pies, todo de una pieza. ¡Qué calor deben de pasar ahí dentro! A no ser que se trate de unas telas especiales. Han extendido en el suelo una manta gris y comen no se ve bien qué. Uno de los pequeños se levanta. ¿Es un chico o una chica? No se puede saber, debido al pasamontañas

que esconde la mayor parte de la cabellera. El niño ha ido un poco hacia la derecha, no se le ve, luego vuelve con un gran balón rojo que parece ligero, ligero... Lo tira al aire y el balón cae lentamente. Su hermano —o hermana— se ha reunido con él y juegan juntos. Todo esto sucede muy cerca de la alambrada, pero *al otro lado*... A Grisón le gustaría hablarles. A lo mejor podían informarle. En todo caso, a ellos les dejan acercarse a la alambrada. Ahí están, con la mayor tranquilidad del mundo, y no parece que sepan nada de todo este follón de gendarmes...

El padre y la madre se han

levantado. Uno sacude la manta gris; es la madre, se la distingue, tiene pecho. El padre saca de detrás de un matorral un balón amarillo, tan grande y ligero como rojo. Lo lanza a los niños, que se divierten como locos. Sus gritos se oyen perfectamente. Pero no se distingue si hablan un idioma extranjero... A ver si se les entiende...

Grisón, que hasta entonces había estado observando todo detrás de un árbol, se muestra abiertamente y se agarra a la alambrada gritando:

—¡Eh, eh! ¡Hola!

Los cuatro se callan de repente. Interrumpen el juego y miran fijamente a

Grisón. De pronto, los dos niños dejan a sus padres y echan a correr hacia la alambrada:

—¡Hola! ¿Quieres nuestro balón?

Pero desde lejos, los padres gritan:

—¡Nancy! ¡Jimmy! ¡Quedaos quietos, no os mováis! No sigáis adelante. No os acerquéis más...

Rápidamente llegan hasta donde están los niños, los cogen de la mano y les hablan bajito al oído, mientras dirigen a Grisón unas miradas desconfiadas. Y se marchan. Uno de los niños, antes de desaparecer por el bosque, se vuelve y le hace a Grisón una mueca sacándole la lengua.

El chico se queda con el corazón encogido. Petrificado, sin comprender nada. Se oye un ruido, un automóvil blanco sale lentamente de la espesura, pasa cerca del sitio donde los forasteros han comido, tuerce por un camino más ancho y desaparece. ¡Un automóvil! Grisón sabe que es eso, porque alguna vez ha visto el de la gendarmería de Saint-Agrève. Una gran decepción le oprime la garganta. Da un puntapié a la maldita alambrada y, mirando su reloj, piensa que ya es hora de regresar. No será difícil, ya conoce el camino. Basta llegar a la charca y torcer a la izquierda, alejándose de la alambrada. En el

bosque, el sendero es muy visible. Ahí está ya, en seguida, la linde del bosque de Epnoi y el camino Mathieu. Habrá que tener mucho cuidado con los gendarmes. Aunque éstos, sin duda, al no haberle visto subir, no le esperarán y estarán de espaldas a él, vigilando el valle.

Grisón se aproxima a los últimos árboles. Unos metros más y se encontrará en campo raso. Allí no tendrá más remedio que echar a correr a toda velocidad hasta llegar a los primeros arbustos de la pradera Chamblain. Una vez allí, ya nadie le podrá decir nada.

Coge impulso, y... ¡adelante!

—¡Eh, tú, no te muevas!

Beauras acaba de aparecer entre unos árboles, a cuatro metros de él. Como cuando un diablo sale de una caja de sorpresas. Grisón frena e intenta regatearlo por la izquierda.

—¡No, señorito, por aquí no! —grita el gendarme Méchalot, que sale de pronto y corta aquella salida. Grisón intenta entonces escapar por la derecha.

—¡Ajá! —dice Chazal—, no ha habido suerte. Por aquí tampoco hay paso.

El chico quiere retroceder y volverse al bosque. Pero se le enganchan los pies en unas matas y cae.

Al segundo ya está en pie, pero con las manos esposadas, entre los dos gendarmes.

—¡Te arresto en nombre de la ley!
—dice solemnemente Beauras.

EN EL puesto de guardia, una caseta hecha con troncos, Grisón está sentado en un gran banco de madera en el que podrían caber diez como él. Beauras, que permanece en pie con las manos detrás, empieza el interrogatorio. Pasea a derecha e izquierda mirando el suelo, algo así como el maestro en la escuela cuando está esperando a que conteste el

alumno en la pizarra.

Entonces, hijo mío, simplemente has querido dar una vueltecita por el bosque, ¿verdad? Como es domingo, y con este buen tiempo, se comprende. Pero aquí... aquí eso resulta un poco aburrido, digo yo... (unos pasos). ¿No hay bosques cerca de la Chevanelle?, (otros pasos). ¿Y el bosque Madame, eh? No está nada mal el bosque Madame. Mucho más bonito que el bosque de Epnoi, un bosque medio quemado... (tres pasos a la derecha). Claro que el bosque Madame no está prohibido. Y, naturalmente, eso ya le quita gracia... (tres pasos a la

izquierda). Yo me pregunto qué va a pensar la señora Flammèche... (los ojos de Grisón están llenos de lágrimas). Sí, señor, la señora Flammèche no se va a poner muy contenta. ¿Estás llorando? Eso no arregla nada... (seis pasos en dirección a la puerta). ¿Pero qué es lo que tenéis todos metido en el cuerpo? (¿Todos?, es un consuelo esta solidaridad). ¿No podéis dejar esto tranquilo? Éstas son cosas de personas mayores. ¡Cuadrilla de chiquillos, mocosos...!, (un vistazo fuera). ¿Por dónde iba yo...? Ah sí, mocosos. Ocupaos de vuestras vacas, de las chicas y de los deberes de la escuela...

¿Sabes lo que voy a hacer ahora contigo?, (seis pasos desde la puerta hasta Grisón). ¿No lo sabes? Pues bien, te voy a llevar al cuartelillo. Luego irás a la cárcel. Y luego te juzgarán. ¿No era eso lo que querías?

—No, señor.

—Ah ¿no? Pues entonces... ¿No sabías que estaba prohibido?

—Sí, señor.

—¿Y por qué haces lo que está prohibido?

—...

—Óyeme bien, tal vez haya un medio de arreglar esto (mirada de Grisón, con un brillo de esperanza). Sí,

hay un medio. Pero para eso tienes que aceptar. Yo sé que lo has hecho sin malicia. Así que, si eres un buen chico como yo creo, te voy a dejar libre. Pero con una condición: que me digas la verdad. Si me cuentas todo lo que has hecho y todo lo que has visto, te dejaré libre y podrás irte a casa inmediatamente. Estás de acuerdo, ¿verdad?

—¡Oh sí, señor!

—Pero ¡cuidado! Quiero la verdad, la *verdadera* verdad. Es inútil que intentes hacerme una jugarreta contándome cualquier historia. La zona me la conozco yo como la palma de la

mano. Solamente quiero saber si eres capaz de decir la verdad ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, señor.

—Y luego, te dejo marchar. No es tarde, puedes estar en tu casa antes de que se haga de noche ¡Y que todo esto quede entre nosotros! Yo no diré nada a nadie, a condición de que tú también, por tu parte, guardes el secreto. ¿Empezamos, pues?

—Sí, señor.

Rebosando seguridad por el simple hecho de que su gorda mentira («la zona me la conozco yo como la palma de la mano») parecía haber inclinado la

balanza a su favor, el cabo Beauras se quitó el quepis, se rascó la frente y empezó el interrogatorio. Dejó que el niño hiciera una somera descripción de sus descubrimientos por orden cronológico. Cuando llegaron a la alambrada, Beauras se atrevió a hacer algunos comentarios como para probar su perfecto conocimiento del lugar. A veces, con mirada torva, hacía como si creyera que Grisón le estaba engañando, ocultándole parte de la verdad. Leía con placer el pavor en los ojos del niño, lo cual le aseguraba que éste respetaba escrupulosamente lo convenido, y que las omisiones, suponiendo que las

hubiera, eran involuntarias. ¡Grisón había visto tantas cosas de golpe!

La descripción de los cuatro extranjeros vestidos con mono azul celeste despertó en el cabo un evidente interés y, simulando un perfecto conocimiento de aquella gente, comenzó a hacer muchas preguntas, pues la existencia tan próxima de un pueblo tan diferente le daba vértigo y hacía peligrar el frágil equilibrio de sus costumbres. Ahora se sentía espiado, observado, y el precioso bosque que él guardaba de la curiosidad humana, ahora resultaba que estaba superpoblado. A lo mejor, allí donde él imaginaba que los animales

salvajes vivían a sus anchas, o que, como mucho, habría una base militar secreta, había millones de seres que paseaban por el campo el domingo y trabajaban durante la semana, y vivían en medio de una avalancha de coches... De pronto le vino el horrible espectro de sus cinco años de edad. Aquella cola de automóviles en la carretera de Saint-Agrève, automóviles que a él le parecían gigantescos, pues por aquel entonces Beauras era muy pequeño...

—¡Para! —dijo enjugándose la cara y el cuello con un pañuelo a cuadros—. Me asfixio. Hace calor, ¿no crees?

—No, señor.

—Tienes mucha suerte, pequeño. Anda, ya estás libre. Veo que me has contado todo. Y como tú has cumplido tu palabra, yo también cumplo la mía. Vete.

Beauras abre la puerta de la cabaña, le quita las esposas al niño y lo lleva hasta el camino Mathieu. Desde allí observan la llanura.

—A pesar de todo, se está mejor aquí —murmura.

Grisón, que tenía ganas de alejarse de allí, cogió el camino en dirección a Courquetaines. Mientras caminaba, echó un vistazo a su traje azul marino para ver si no se había manchado demasiado al caerse al suelo cuando lo arrestaron.

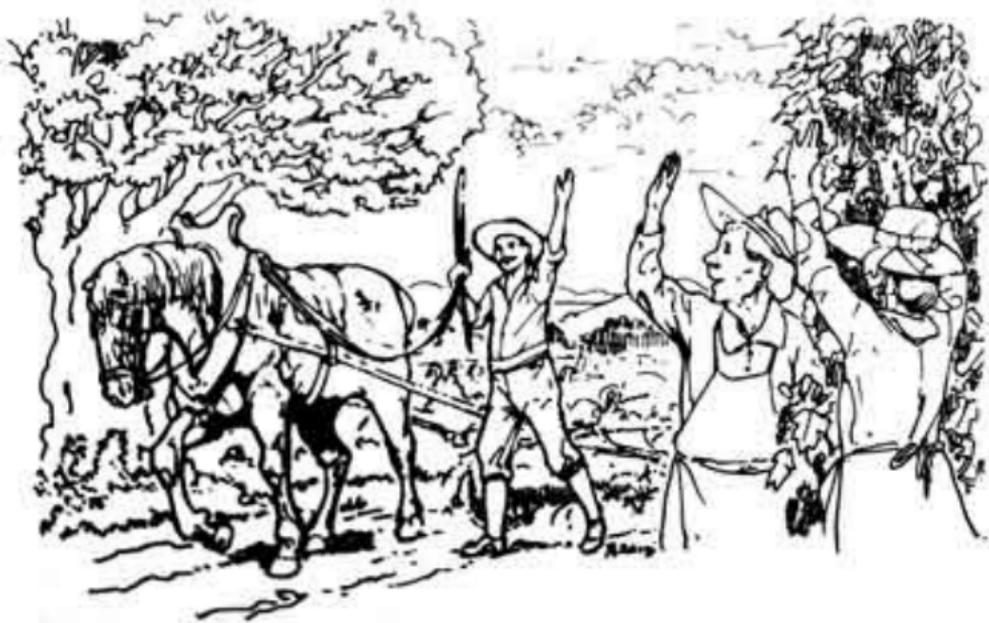
Sólo tenía un poco de tierra en la pierna derecha. Ningún siete. Llevaba pantalón corto y le sangraba un poco la rodilla. En medio de todo, una suerte. Un pantalón no hubiera resistido. ¡Qué bella era la pradera de la libertad! El sol se iba ocultando por Saint-Agrève, y las sombras se alargaban.

El primer ser civilizado que encontró fue Delphine. La rubita acababa de sacar las vacas al prado. Cuando la vio, su corazón no cabía en sí de gozo y le entraron unas ganas locas de echársele al cuello. ¿Era, acaso, que el hecho de haberse librado de la prisión le daba esas ganas de hacer

cualquier cosa, y lo mismo se hubiera lanzado al cuello del guarda rural? No, no. Se sentía contento al saber que, *de este lado de la frontera*, al primer golpe de vista se distinguían los chicos de las chicas.

SEGUNDA PARTE

11 La leyenda del Criarde



E RA UNO de esos hermosos días de septiembre, poco antes del comienzo de las clases. Los trigos

estaban segados hacía ya mucho, y se oía ahora el largo quejido de las trilladoras dentro de las granjas. El lúpulo estaba a punto, los Bachelot ya habían incluso comenzado a recogerlo. Por la mañana temprano, por los caminos se cruzaba uno con viejecitas que llevaban unos sacos de tela remendada y una sillita plegable. Y en un cesto, la comida del mediodía. Subían a los campos de lúpulo lo más deprisa posible, para poder hacer sus cuarenta kilos de cada día. Algunas solo vivían de eso. Los niños, si tenían paciencia, iban también para poderse sacar algún dinerillo de bolsillo.

El paseante solitario podía escuchar de pronto, en mitad del campo, una conversación animada a la vuelta de un recodo del camino. Ahí, detrás de esa fila de avellanos, se erguían unas varas adornadas con lianas de un verde suave, tan altas como las ramas de las judías gigantes. De cuando en cuando, una vara caía bajo las manos de alguien; sujetaban uno de sus extremos sobre un trípode de madera, y en seguida un grupo de mujeres se ponía a su alrededor para arrancar aquellas frágiles flores amarillas que producirían la cerveza. Y las echaban en un talego que llevaban atado a la cintura. Como

ese delicado trabajo no impedía charlar, aprovechaban para comentar las últimas noticias del pueblo y de la comarca.

Hacia las diez, cuando el sol empezaba a pegar fuerte, la mujer del dueño del campo de lúpulo llegaba con bebida fresca. Normalmente sidra o limonada, raras veces vino; por el calor. Descansaban un cuarto de hora a la sombra del seto o bajo un enorme cerezo, y luego reanudaban el trabajo, poniéndose antes unos sombreros de paja de ala ancha, adornados la mayoría de ellos con una cinta negra. A veces saludaban el paso de una carreta o de un rodillo de trilla tirado por un sudoroso

caballo conducido por un empleado de alguna granja. Eso daba ocasión para cambiar de tema. Se reían mucho con los chistes que contaban los hombres mientras podaban, cuando no sudaban arrastrando las lianas arrancadas y las ásperas hojas anchas, que amontonaban en un extremo del campo.

A mediodía sacaban los bocadillos y la fruta. A veces aparecía la dueña con un gran pastel y café. A menudo cantaban. Luego, después de echar una breve siestecita, seguía la recolección del lúpulo, casi siempre ya en silencio, debido al cansancio y al ritmo que había que mantener o recobrar. Los niños, en

general, dejaban de trabajar después de la comida. Una mañana de trabajo ya era mucho para ellos. Se marchaban tranquilamente después de guardar las herramientas en la cabaña situada en medio del campo, y de dejar cuidadosamente, a la sombra del seto, el fruto de su recolección. A nadie le parecía mal que se fueran antes, era una costumbre de siempre.

Cogían la sombreada carretera que bajaba a Courquetaines, se paraban un momento en la plaza del Lavadero para aliviar el excesivo calor en las cristalinas aguas del Criarde, y luego se marchaban a jugar al prado de

cualquiera de ellos.

AQUEL DÍA, después de la habitual mañana recogiendo lúpulo, decidieron jugar en la pradera de detrás de la Chevanelle. No lejos de allí, al otro lado de un arroyuelo, estaban desperdigadas las ovejas del enorme rebaño de Basile.

Resultó que al único al que no habían cogido en el juego había sido a Raclot.

—¡Raclot! ¡El rey es Raclot! —gritó Prune.

—Eh, un momento, que él ya ha sido

dos veces —dijo Grisón—. Algunos todavía no han sido ni una vez.

—¿Y qué? Es normal —dijo Brioché—. Si ha ganado, ha ganado. Y no hay más. Tú eso lo dices por ti. ¡Pues despabílate! De nada sirve ganar si cada uno sabe que va a ser rey a turno. Para eso es mejor no jugar.

—Sí señor. Raclot es el rey —dijeron los otros.

—Bueno, vale, lo seré... No merece la pena discutir por eso —dijo Raclot—. Colocaos en la línea del fondo.

Todos retrocedieron veinte metros, mientras Raclot se sentaba sobre el tocón de un roble que servía de trono.

Los otros discutían la táctica a emplear. Cuando estuvieron listos, se acercaron al trono donde Raclot estaba recostado como un pachá, con una vara seca de avellano en su mano derecha, mientras con la izquierda se colocaba cuidadosamente en la cabeza una corona hecha con lianas.

—¡Eh! No hagáis trampas. Un poco más cerca por favor —gritó—. Y, además, en línea.

Obedecieron, alineándose como en el colegio.

—¡Buenos días, hijos míos! —dijo Raclot casi sin mirarlos.

—¡Buenos días, padre! —

contestaron a coro.

—¿De dónde venís? —Tumbado, hacía como si estuviese comiendo, a la manera de los romanos.

—De Saint-Alban —dijo el coro.

—¿A qué os dedicabais allí?

Como respuesta, cada uno de los jugadores mimificaba el oficio que en secreto habían elegido. Raclot se levantó, apoyó uno de sus pies contra el tronco, preparado para perseguirlos, cosa que haría en cuanto adivinara el oficio. Los otros, temiendo una arrancada repentina de Raclot, retrocedían disimuladamente.

—¡Eh, no! Quedaos donde

estabais... Sois unos tramposos. Todavía no he dicho el oficio... Quedaos ahí.

Continuaron con su mímica, pero ojo avizor para no verse cogidos desprevenidos, y, de pronto, gritó Raclot:

—¡Carpintero!

Echaron todos a correr, pero en seguida se pararon. No era ése el oficio. Un esfuerzo inútil. Cada cual volvió a su sitio en el juego. Raclot se preparó de nuevo.

—Otra vez los gestos —dijo.

Los otros refunfuñaron a pesar de que el rey estaba en su perfecto derecho.

—¡Relojero! —dijo distraídamente Raclot.

¡Era eso! Grisón salió corriendo, Prune se cayó, Jocrisse y Brioche fueron cogidos antes de darse cuenta, Delphine se escondió en un matorral y se hizo un siete en el vestido, el Marsopa fue atrapado justo al final, al límite de la raya.

—¡Cogido!

—No, señor.

—Sí, señor.

—No, señor.

—Pues no juegas más.

—¡Pues no me importa!

—Sí, señor, sí juega —dijeron otros.

—No, que es un tramposo. Le había cogido.

—Es verdad, sí te había cogido.

—No, señor, ya estaba fuera de la línea.

—No es cierto, yo lo he visto. Raclot te había cogido.

—¡Mentiroso!

—¡Tramposo!

Como la discusión se iba agriando, Grisón propuso ir a merendar, lo cual desvió inmediatamente la atención de aquel asunto al rojo vivo, distendiendo así el ambiente general.

Sacaron de las bolsas el chocolate, medio derretido, y el pan, demasiado

seco.

—¡Y pensar que dentro de dos semanas otra vez a la escuela! —dijo Grisón—. Siempre es al final de las vacaciones cuando uno se divierte más.

Lo que decía era una verdad como un templo y todos estaban de acuerdo en ello.

—¿Adónde irás tú? —pregunto Raclot.

—Al colegio de Saint-Agrève —respondió Grisón.

—Yo —añadió Raclot— todavía estaré aquí un año. Ya no estaremos juntos.

—No. Es una lástima. Tú seguirás

con los amigos. Pero yo, yo...

—¡Eh! —dijo el Marsopa—, ¡que yo también voy a Saint-Agrève! No te preocupes, no estarás solo.

—Es verdad —dijo Raclot—, no estarás solo. Además, los sábados y los domingos nos veremos.

—Ya no podremos subir a la zona —dijo Grisón.

—Pues para eso de la zona —dijo Raclot un poco molesto— no has tenido necesidad de ninguno de nosotros.

—Fue por casualidad —comentó Grisón, que ya se arrepentía de haberles contado todo—. Era domingo, yo iba dando un paseo, tú no estabas, el

Marsopa tampoco, y me metí por el bosque, sin intención...

—Pero no estabas allí por casualidad. Allí no sube uno por casualidad.

—Si hubiera sabido lo que iba a pasar, me hubiera quedado en la Chevanelle jugando a las tabas.

—De todas formas estás satisfecho, ¿verdad?

—Es idiota enfadarse con él ahora —dijo el Marsopa—. Él lo ha conseguido pero, después de todo, también es mérito nuestro.

—Es verdad —añadió Prune.

—Hablabamos de esto en otra

ocasión —dijo Raclot—. Además, que aquí hay moros en la costa...

—¿Lo dices por nosotros? —preguntó Delphine mirando a Brioche, pues también iba por él.

—Si —dijo Raclot.

—¿Por qué la has tomado con nosotros? —preguntó Brioche.

—Porque sois muy simpáticos... pero no sabéis guardar un secreto. En la escuela, por ejemplo cuando jugamos, os chiváis de todo.

—Aquí no estamos en la escuela.

—Pero es igual.

—¿Y si lo juramos?

—¡Si no sabéis ni lo que es jurar!

—¿Cómo? ¿Crees que nunca hemos jurado una cosa?

—De todas formas, no tiene importancia —dijo el grandullón—. Hemos conseguido llegar a la zona, pero no vamos a estar yendo a cada paso.

—¡Eh, un momento! Allí sólo ha entrado uno, pero los demás no hemos visto esa alambrada ni sabemos cómo es.

—Bueno, pero yo ya os lo he contado todo —murmuró Grisón.

—Sí, pero eso no nos quita las ganas de verla también nosotros. Además, podríamos descubrir otras cosas. Tú no has podido verlo todo de una vez.

—Eso es verdad.

—Entonces, lo intentaremos otras veces.

—Bueno pero, como nos cojan nos va a salir más caro que la primera vez...

—Si no nos arriesgamos no conseguiremos nada.

—Por eso es —dijo Raclot— por lo que no quiero cargar con los pequeños... ni con las niñas.

—¿Ni con las niñas? —chilló Delphine—. ¡Entonces. Prune, qué!

—Prune no es lo mismo.

—¡No, no es lo mismo! —dijo furiosa Delphine—. No es lo mismo porque Prune es la novia del señorito.

—¡Oh! —exclamó Prune.

—Si, eso es, la novia del señorito. Y no digas que no, que te vimos el catorce de julio.

—¿Lo veis? —dijo Raclot—. Las chicas no hacen más que enredarlo todo.

Todavía seguían discutiendo cuando al Marsopa se le ocurrió volver la cabeza.

—¡Eh. mirad, tenemos visita!

Un hombre había cruzado el arroyuelo y venía hacia ellos.

—¡Anda!, si es Basile —dijo Grisón—. Tiene sus ovejas ahí al lado.

Basile se acercó. Siempre iba vestido de la misma manera. La capa,

las botas, el sombrero...

—Buenas tardes —dijo con una sonrisa franca.

—Buenos días, señor —dijeron muchos niños a la par.

—No. hombre, no —respondió él sonriendo—. Llamadme simplemente Basile.

—¿Te quieres sentar con nosotros? —le invito Grisón.

Basile se sentó al lado de Grisón, que no cabía en sí de alegría. Podía contemplar de cerca la enorme capa.

—Conque peleándonos en serio, ¿eh? —Pregunto Basile.

—Sí —dijo Raclot con una sonrisa

forzada.

—He venido a haceros una propuesta.

—¿Una propuesta?

—Si no tenéis nada que hacer esta noche...

—Pues... no —respondió Raclot—. Bueno, no sé. ¿Vais a hacer algo esta noche? —preguntó, dirigiéndose a los chicos.

—No, no.

—Parece que no.

—Entonces, en ese caso —continuó Basile— podéis ir al campo vecino. Haremos una velada. Sammy y yo sabemos cuentos. Además, vosotros

sabéis cantar, y también sabréis algunas poesías: en fin, todo eso...

—Será estupendo —dijo el Marsopa.

—¿Podemos ir todos? —se aventuró a preguntar Delphine.

—Sí, desde luego. Todo el mundo. Habrá incluso otros pastores.

—¿Podremos hacer un número de acrobacia? —preguntó el Marsopa—. Sé hacer uno con Mailly. Si es que quiere venir...

—Buena idea —afirmó Basile—. Entonces, contamos con vosotros. ¡Hasta la noche!

Se marchó, agitándose su capa al

viento.

LA HOGUERA crepitaba, acompañando con sus chasquidos la débil canción de los niños. Había un montón de gente. El Marsopa había hecho el número de acrobacia con Mailly, y Delphine, que aprendía baile, había ofrecido una exhibición de sus habilidades. Raclot había accedido a que entrara en la banda, y hasta se había ablandado para que entrara el pequeño Brioche. En una noche tan agradable como aquélla, uno estaba dispuesto a toda clase de concesiones.

Sammy se levantó y, mientras atizaba el fuego, empezó así:

—Os voy a contar la historia del *Puente de las Viejas*. ¿Conocéis las ruinas de la Margelle? Por si no las conocéis os diré que son unas ruinas que están a orillas del Criarde, río arriba, mucho más allá de Fontenotte que es donde vive el guarda rural. Allí el Criarde se divide en dos y forma una especie de islita en medio. En esa isla están las ruinas de la Margelle.

»La Margelle no era un castillo, pues la isla es demasiado pequeña. No, era una pequeña casa habitada en tiempos muy remotos —esto que os

estoy contando ocurrió hace seiscientos o setecientos años— por un noble, un joven príncipe que vivía solitario. Sus hermanos le habían arrebatado su fortuna y él se había refugiado en aquella isla y había construido la Margelle con piedras que tuvo que llevar desde la cantera de Chenot. Ya veis que la cantera de Chenot no es de hoy, precisamente. Total, que él solo se construyó su casa, cosa que no deja de tener su importancia.

»Vivía modestamente. Para vestirse tenía la lana de las ovejas, pues ya había ovejas en esta región por aquellos tiempos. Para alimentarse, además de

fresas silvestres y champiñones, tenía los peces del Criarde. Peces, peces, siempre peces. Hay que decir que era muy buen pescador.

»Así hubiera podido vivir cien años o incluso más —por aquel entonces, la gente vivía mucho tiempo, a no ser que muriese en la guerra— si no hubiera hecho un sorprendente descubrimiento una tarde de verano.

»La estación había sido terriblemente seca. Algo así, si queréis, como este año. El Criarde estaba casi seco, cosa que yo no he visto en toda mi vida. Aquel muchacho, que se llamaba Jehan, estaba desesperado. ¡Imaginaos!

Los peces morían en los últimos charcos de agua y todo olía a podrido. Además no tenía nada que comer; o casi nada. Su único compañero había muerto hacía un mes. Era su fiel caballo, el único bien del que no se había separado jamás. Estaba, pues, solo y más que solo. Sentado en una piedra, con los pies en el agua estancada, escondía su cabeza entre las manos y lloraba. Era casi lo único que podía hacer, suponiendo que eso le sirviera de algo.

»Estuvo llorando hasta el atardecer y, cuando cesó de llorar, veía rojo todo el paisaje, de tanto frotarse los ojos. Entonces notó que, además del horrible

olor a pescado podrido, un extraño brillo salía del lecho del río. Ciertas piedras habían tomado un tono amarillo a la puesta del sol.

—¿Había oro en el río? —
interrumpió Grisón.

—Sí, señor, eso es. No se te escapa nada. Mientras el agua estuvo corriendo normalmente por el lecho del río, Jehan no había podido ni sospechar que estuviese viviendo cerca de un verdadero tesoro.

»Había que apresurarse. Recogió el oro, hizo un crisol y lo fundió. El primer trabajo que realizó fue... ¿adivináis qué?

—¿...?

—Una corona. Una magnífica corona que le fue a llevar al rey del país. Éste se puso encantado, pues sólo tenía una vieja corona de plata. Cogió pues la de oro y la puso sobre su cabeza en lugar de la otra, que pasó a un museo. Y a invitación de Jehan, decidió visitar con su séquito aquel maravilloso río tan rico.

»Cuando llegaron, el pobre cauce del río daba pena verlo. Simplemente era un camino pedregoso, con algunos charcos de cuando en cuando, donde se retorcían de dolor las últimas carpas, las últimas truchas. Jehan le dijo al rey

que le extrañaba que el río estuviese tan seco. Aquello no era normal. Aunque le había servido para descubrir una fortuna, se preguntaba el porqué de aquel misterio.

»Afortunadamente, tenía a su lado a un rey curioso que, además, le quería mucho, por la corona que le acababa de regalar. El soberano ordenó a sus hombres que remontaran el curso del Criarde para saber si había una explicación al fenómeno. ¡Nunca adivinaríais lo que descubrieron!

—Río arriba, a menos de una legua de allí, habían construido una pequeña presa que retenía las aguas y formaba

una especie de charca donde se estaban bañando dos mujeres. Las mujeres, al ver el séquito del rey, salieron gritando. Los hombres volvieron para dar la noticia al rey. Éste, intrigado decidió subir en persona. Instaló su campamento en un prado cercano, paso allí la noche y subió al día siguiente. Cuando vio la charca se quedó admirado al ver aquellas aguas tranquilas cuya superficie no se movía. Dio unos pasos hacia el pequeño dique que retenía las aguas y se inclinó para mirarse en el lago. El agua estaba tan limpia que veía su cara a la perfección. Pero hizo un mal movimiento y se cayó su corona de oro a

la que todavía no estaba muy acostumbrado; y se hundió en el agua, en el sitio más hondo...

Todos escuchaban muy atentos. Sammy, al mismo tiempo que contaba, hacía gestos. Sólo con mover sus manos veías la corona, el rey, el estanque... De cuando en cuando alguien se levantaba para empujar los leños más hacia el centro de la hoguera, o para echar ramas a fin de tener un poco más de luz. Grisón observaba a Basile cuyos ojos, inmóviles, miraban al infinito. Sammy prosiguió:

»El rey estaba muy triste por haber perdido tan tontamente su corona.

Algunos hombres se tiraron al agua para buscarla, pero, después de horas y horas de grandes esfuerzos, no consiguieron absolutamente nada. Entonces el rey montó en cólera, maldijo al lago y ordenó que destrozaran el dique inmediatamente. Fueron a buscar gente al pueblo vecino y encontraron a unos cuantos que estaban sin trabajo. Por la tarde empezaron a quitar las piedras.

—¿Sabéis quiénes eran las mujeres que se bañaban en el estanque? No, no lo adivinaréis jamás... Eran, sencillamente, las esposas de los dos hermanos de Jehan, los que le habían desposeído de su fortuna y de sus

tierras. Estaban celosas de la felicidad del joven, que siempre estaba cantando, de la mañana a la noche, en su isla, pescando peces. Y habían maquinado la construcción de la presa con el único fin de que se muriese de hambre. ¡Lo que hicieron fue darle la suerte! Pero dejadme que os cuente el final de esta leyenda.

»Las dos mujeres —que ya tenían bastante edad y eran riquísimas y avaras — también habían descubierto oro en el Criarde. Por eso, aprovechando que el rey y Jehan habían subido a la presa, se metieron en el lecho del río y empezaron a coger la mayor cantidad posible de

oro. Pero se vieron sorprendidos por un sordo rugido que aumentaba por momentos: la presa había cedido, el agua recobraba su antiguo curso y llegaba en tromba. Quisieron ponerse a salvo, pero sin soltar, por supuesto, sus bolsas de oro que pesaban muchísimo. No tuvieron tiempo de huir y el agua las alcanzó. Y así fue como murieron.

»Los dos hermanos llegaron demasiado tarde; sólo para recibir la noticia. Parecían estar muy tristes, pero en su interior... ¡menudo peso se habían quitado de encima! Porque aquellas dos mujeres, con las que se habían casado más bien por el dinero, eran difíciles

para convivir. Habían sido ellas quienes les habían empujado a romper con Jehan, su hermano menor.

»Y he aquí el final: los dos hermanos mayores pidieron perdón al más joven y, para reparar el mal que le habían hecho, prometieron cumplir su mayor deseo.

»Sólo quiero una cosa muy sencilla —respondió Jehan—. Quedaos con vuestras tierras, incluso con las que me quitasteis. Yo no las necesito. Tengo el río, su oro, y eso es más que suficiente. Lo que sí quisiera es que viviéramos unidos. Construid aquí un puente para poder pasar a mi isla cuando queráis y

para que yo pueda ir a veros cuando quiera. Así ya no estaremos separados nunca más.

»Construyeron un puente allí donde las mujeres habían sido arrastradas por la corriente. Por eso se le llamó el *Puente de las Viejas*. Fue derribado siglos más tarde y ahora ya no queda ni una piedra. Pero las ruinas de la Margelle, de la casita, existen todavía en nuestros días...».

A GRISÓN le costó mucho dormirse aquella noche. La casita de la isla ocupaba todos sus pensamientos. Por

supuesto, el oro del Criarde era sólo una leyenda. Pero, puesto que las ruinas eran visibles todavía, ¿por qué no ir a echar un vistazo? Cuanto antes, mejor. Así es que decidió ir al día siguiente. Mejor aún, al día siguiente *por la mañana*.

12 Una gran noticia

PODRÍAMOS decir que esta mañana el gallo de la Chevanelle es el animal más feliz de toda la creación. Normalmente, hace falta que cante cinco veces, a menudo seis o incluso siete, antes de que Grisón abra las contraventanas de su cuarto. A veces, llega incluso a dudar de su condición de gallo. Como es muy sensible, todas las mañanas se lleva un disgusto horrible. Pero he aquí que esta mañana, de pronto, se produce el milagro:

No ha hecho más que lanzar su

primer grito, cuando las contraventanas de Grisón chocan contra el muro haciendo temblar toda la casa. Diez minutos después, limpio y feliz, el chico está ya en la cocina, devorando tres rebanadas de pan con mantequilla, mojándolas en dos sucesivos tazones de chocolate con leche. Flammèche, ocupada en dar de comer a los conejos, ni siquiera le ha visto. Grisón le grita al pasar:

—¡Me voy a las ruinas de la Margelle!

Y marcha con un bocadillo de paté. Sus pasos se van perdiendo a lo lejos.

Ha decidido seguir el curso del

Criarde, dejando el camino Mathieu y la linde del bosque de Epnoi, demasiado visibles. Quiere actuar con discreción. ¿Quién sabe? Si alguna vez hubo allí un tesoro él sería el único en descubrirlo... Desde luego, habrán ido otros a cavar por allí antes que él, pero ¿habrán buscado bien? Sería raro que no hubiera ningún tesoro... Todo el oro que Jehan fue reuniendo pacientemente, debió de esconderlo en alguna parte. Sí. es verdad que no es más que una leyenda, pero, como dice el refrán, «cuando el río suena agua lleva». Además, las ruinas existen. Entonces, ¿por qué no...? Por otra parte, soñar no cuesta dinero.

Incluso aun cuando no hubiese tesoro, siempre sería posible inventarse uno.

Por entre las hierbas y los juncos que le ocultan a las miradas indiscretas, avanza rápidamente. He aquí la gran explanada con sus sauces nudosos y sus hileras de chopos. Allí, unas cascadas y hasta un pequeño salto. Casi hay que escalar. Es costoso subir río arriba, incluso yendo por la misma orilla del río.

Al cabo de una hora ha subido bastante y ve frente a él el enorme bosque, que se prepara a devorarlo.

A ese bosque lo conoce muy bien, pero no por esta parte. Además, al revés

de lo que sucede al final del camino Mathieu, aquí, la zona prohibida no empieza en el borde mismo del bosque, sino más lejos, a eso de un kilómetro dentro ya del bosque.

El Criarde ha excavado aquí como un pequeño barranco y, para seguir el curso del río, hay que desviarse un poco y subir a lo alto de la garganta. Una o dos ruidosas cascadas vuelven a dejar al mismo nivel, algo más lejos, el río y el bosque. De pronto, el bosque se hace menos cerrado, y deja paso a grandes praderas, surgidas no se sabe cómo. En medio de la pradera se alza, siniestro, un árbol muerto sobre el que se han

concentrado centenares de golondrinas. Es el primer síntoma del otoño. Grisón se da cuenta entonces de que algunos árboles han empezado a amarillear. Tal vez se deba al calor del verano. Pero no, tan cerca del Criarde... ¿No hacía fresquito esta mañana al salir de la Chevanelle? Septiembre...

Pero ya hemos llegado. Es verdad, el Criarde se divide en dos. Y ahí está la isla que esconde, sin lugar a dudas, las ruinas de la Margelle. ¿Cómo pasar sin mojarse demasiado? El agua debe de estar fría. Seguramente no está muy lejos el manantial; y un río... un río no se calienta precisamente al pasar por un

bosque.

Afortunadamente hay un puente de madera: dos toscas vigas que soportan unos tablones separados. Resbala, se mueve, se inclina... Ya está en la isla.

Y, de pronto, se oye una música que destaca apenas entre el ruido del río. Grisón reconoce esa música. ¿No es la melodía que oyó la otra noche, cuando estaba en su cuarto, la noche en que Prune fue a dormir a la Chevanelle? La noche de su cumpleaños. El débil sonido del caramillo viene del centro de la isla. Avanzando prudentemente, el chico descubre unas piedras que apenas sobresalen del suelo. He ahí las ruinas.

Él esperaba encontrar lienzos enteros de muros. Pero no, matorrales, matorrales y escasas piedras...

Y allí, recostado contra un viejo roble, Basile tocando el caramillo. Nada más oír la melodía, Grisón supo que se trataba de Basile.

—¿Ya estás aquí? —dijo Basile, como si le estuviera esperando desde hacía tiempo.

—Bueno —dijo Grisón—, no esperaba encontrarte aquí.

—Teníamos una cita —dijo Basile.

¿Una cita? Pero si nadie me había dicho que...

¡Claro que sí, hombre! ¿No te

acuerdas de la leyenda que contó anoche Sammy? Estaba seguro de que ibas a venir. Estaba seguro.

Pero —dijo Grisón— ha sido pura casualidad. Podría no haber venido, o venir mañana...

—No digas tonterías... Cuando uno se llama Grisón viene enseguida. No puede esperar.

—Es verdad.

—¿Qué otro sitio mejor que esta isla para estar juntos, tranquilos, sin que nadie nos vea?

—¿Por qué es necesario que no nos vea nadie?

—Porque te tengo que decir algo

muy importante que sólo tú debes conocer.

—¿Un secreto?

—Sí.

—¿Referente a la zona?

—Sí. Pero ven, vamos al final de esta pradera Me encanta sentarme en la hierba.

Salieron de la isla por el frágil puente. Basile había traído un zurrón de tela, que llevaba en bandolera. Se sentaron sobre la blanda hierba en un claro soleado. Grisón miró a Basile, esperando que le revelara el secreto.

—Bueno —dijo Basile—, se trata de algo que se refiere a ti personalmente

y que puede, incluso, cambiar tu vida.

—¿Es algo grave? —preguntó Grisón, inquieto.

—Grave, no. Importante, sí. Pero no se trata de nada malo, no, qué va, al contrario. Más bien puede ser algo muy bueno para ti...

—Entonces, dímelo en seguida...

—Escucha. La noche de tu cumpleaños, de tus doce años —seguro que lo recuerdas—. Flammèche te contó una historia. La historia de un bebé que llegó una noche a la Chevanelle y que, desde entonces, ya nunca se ha marchado de allí.

—Ese soy yo.

—Así es. También sabes que, dos años más tarde, la mamá de ese bebé murió en un cataclismo que destruyó la ciudad de La Morlaye.

—No sabía el nombre de la ciudad —dijo Grisón.

—Pues bien —dijo Basile— eso no es verdad

—¿Qué es lo que no es verdad? —dijo Grisón sobresaltado.

—El cataclismo, ciertamente, tuvo lugar pero tu madre no murió. Está viva.

Una ligera brisa acarició los árboles y los hizo cantar. El sol empezó a brillar fuerte, muy fuerte.

—Tu madre está viva y estoy seguro

de que quisiera reunirse contigo.

—Entonces... ¿por qué me han mentido hasta ahora?

—No te han mentido. Es difícil hacer el recuento de los muertos en un cataclismo. Además, también hay desaparecidos. A veces no se los encuentra hasta pasados muchos años.

—¿Y dónde está? —preguntó Grisón.

—Ése es el problema —dijo Basile—. Está *al otro lado*.

—¿Al otro lado... de la alambrada?

—Sí.

—Entonces, si está *al otro lado*, jamás la podré ver.

—Sí puedes.

—¿Pero cómo?

—Pasando tú *al otro lado*.

—Pero eso es imposible.

—Normalmente, sí, resulta

imposible. Pero yo dispongo de todo lo que hace falta para pasar.

—¿Vas a hacer un agujero en la alambrada?

—Ya hay, en cierto sitio, un agujero en la alambrada. Yo soy el único, o casi el único, que lo conoce.

—¡Un agujero en la alambrada...!

—murmuró Grisón—. ¿Y nadie se ha dado cuenta?

—A decir verdad, no es exactamente

un agujero, es más bien una puerta. Es casi invisible pues está hecha siguiendo la malla de la alambrada. Y, desde luego, está cerrada. Pero, afortunadamente, yo tengo la llave... O, mejor dicho, las llaves.

Basile sacó entonces dos llavecitas de su zurrón de tela.

—¡Las llaves! —exclamó Grisón—. Entonces, podemos cruzar la alambrada. Aunque hay una cosa que me preocupa...

—¿Cuál?

—Pues que para llegar a la zona hay que atravesar, sin que te cojan, la línea de gendarmes Sólo lo he conseguido una

vez...

—Es verdad, es difícil —dijo el pastor—. Pero, si nos ponemos varios al mismo tiempo, podremos distraer su atención. Además, tengo un plan.

—¿Cómo es tu plan?

—Bastará con ponerse de acuerdo con tu pandilla de amigos. Entre todos despistaremos a los gendarmes, y tú mientras, pasarás con las llaves por donde yo te diga.

—Pero Raclot nunca consentirá en que pase otro en vez de él.

—No te preocupes, ya he hablado con él.

—¡No es posible!

—Sí, esta mañana. Y está de acuerdo. Creo que no tiene demasiado interés en ir solo. Además, él allí no tiene nada que hacer.

—Mejor así. ¿Cuándo vamos a poner en práctica este proyecto?

—Dentro de unos días. Desde luego, antes del comienzo de las clases.

—¡El comienzo del curso!... Grisón lo había olvidado. Pero, de pronto, se dio cuenta de que iba a alejarse de Flammèche, la Chevanelle, Courquetaines por mucho tiempo; acaso para siempre.

—Es que —le confesó a Basile— no quiero irme de aquí. Tengo muchas

ganas de conocer a mi madre, pero no de dejar todo esto... —hizo un gesto que abarcaba toda su infancia.

—Hay una solución. Puede que logres convencer a tu madre para que se venga a vivir aquí.

—Sin duda le debe de gustar más *aquello*, puesto que no se ha querido venir aquí.

—Eso depende. Puede que quiera y no pueda. Es posible que a ellos les sea tan difícil salir como a nosotros entrar.

—¿Y cómo saberlo...?

—Yendo allí. Por eso te lo he dicho.

Se levantaron, dejaron la pradera y bajaron siguiendo el curso del río,

despacio. Y llegaron hasta cerca de Courquetaines. Grisón le preguntó a Basile qué había hecho con sus ovejas, y el pastor le explicó que, como estaban al final del verano, habían venido muchos pastores para recoger sus rebaños y llevárselos a sus respectivas granjas. Sammy dirigía la operación. Antes de salir del bosque y ver el pueblo, se pararon de nuevo en una pequeña pradera.

—Te he traído una cosa —dijo el pastor—. Mira, te va a gustar.

Sacó una foto que observó primero él con una sonrisa, y, luego, pasó a Grisón.

—Es tu madre.

Grisón la cogió y la estuvo mirando mucho tiempo. Se puso rojo de alegría. La cara de aquella mujer joven le sonreía con tanta dulzura y alegría... Tenía los ojos claros, el cabello bastante oscuro, unos rasgos sencillos, una impresión de equilibrio...

—Me recuerda a alguien —dijo Grisón.

—Claro, te pareces a ella como dos gotas de agua entre sí... Y como cada mañana te ves en el espejo, ahora, sencillamente, te reconoces en la foto.

No, no —dijo Grisón—, se parece a otra persona, a otra persona...

Después se la devolvió a Basile

—No hombre, es para ti, te la doy

—¿De verdad? Gracias, gracias

—Además te he traído otra cosa.

El pastor abrió de nuevo su bolsa y sacó un pequeño objeto metálico. Se lo dio al niño.

—Es un silbato. Anda, sopla.

Grisón sopló, pero no salió nota alguna. Basile reía.

—No te extrañes, se trata de un silbato de *ultrasonido*. Nosotros no podemos oírlo, pero los perros sí. Prueba esta noche con *Merlín*, ya verás...

—¿Para qué puede servir?

—Ya lo verás cuando estés *en el otro lado*.

Grisón se guardó cuidadosamente el silbato en el bolsillo.

—Todavía tengo otra cosa —dijo Basile, riéndose ante el asombro de Grisón.

Abrió de nuevo su «bolsa de los tesoros» para sacar una tela de un blanco luminoso.

—¿Eso qué es? —dijo Grisón.

Basile desdobló la tela. Era un traje idéntico al mono azul celeste de aquellas personas que Grisón había visto al otro lado de la alambrada. Solamente que éste era blanco.

—Aquí tienes tu traje de metropolitano —dijo Basile.

—¿Mi traje de qué?

—De me-tro-po-li-ta-no.

METROPOLI, así se llama el sitio adónde vas a ir, hijo. Bueno, así la llaman ellos. Para nosotros, es la *zona* y siempre será la *zona*, ¿comprendes?

—Y ellos, ¿cómo *nos* llaman?

—Bueno, digamos... que nos llaman... *El País Elevado*.

—¿Por qué dices eso de «digamos»?

Porque también le dan otro nombre. Pero no te lo diré. ¡No vas a saberlo todo en un solo día! Ya hablarás de ello con tu madre. Ella te explicará todo esto

mejor que yo. Ahora tienes que probarte el mono blanco. Tengo que saber si te está bien. Será lo único que lleves para andar por *allí*. Tiene que estarte a la medida. Venga, pruébate.

Grisón desplegó el traje. En la parte delantera había una abertura con cremallera por donde podía meter las piernas. Grisón se quitó la camisa y el pantalón y se metió en el traje. Sólo quedaban fuera las manos y la cabeza. Cerró la cremallera, se puso el pasamontañas y estuvo listo para la prueba. Basile le hizo andar, correr, saltar. Parecía estarle a las mil maravillas. Era muy cómodo y la planta

del pie estaba reforzada con una suela invisible. Dentro del traje no hacía ni demasiado frío ni demasiado calor.

—Bueno —dijo Basile—, ¡ya estamos listos para la conquista de Metrópolis! Anda, ya está bien, puedes quitártelo. Además, no deben verte vestido de esta manera. Eso nos ocasionaría serios problemas.

Grisón se quitó el mono con pena y se volvió a vestir.

—Estoy contento —dijo Basile—, el traje te está bien. Ahora, hijo mío, yo me voy a ir por el camino Mathieu. Tú te irás a Courquetaines siguiendo el Criarde, por donde has venido. Ve a la

plaza del Lavadero a las cinco. Raclot te estará esperando allí. Tiene que decirte algo sobre nuestro proyecto. En el fondo. Raclot está encantado de que seas tú el que intente la aventura.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—Porque, ya ves, últimamente le parecía que andabas rondando demasiado a Prune.

—¿Yo? ¿Prune? ¡Pero, si nunca he pensado ella...! Todavía si fuese...

—¿Delphine?

—¿Cómo lo sabes? —dijo Grisón poniéndose colorado como un tomate.

—Yo estoy al corriente de muchas cosas.

—Bueno, pues sí, es Delphine —
dijo Grisón.

SE HALLABAN en plena siega. Grisón había estado cargando haces toda la mañana en el campo de los Tissandier. Sobre las once se puso a la sombra de una hacina para beber un trago de limonada. Delphine Tissandier, aparentemente buscando también la sombra, se reunió con él. Grisón se había tumbado y se divertía contando los eructos que le provocaba la limonada. Delphine, sentada a su lado, le miraba en silencio. Después de agotar todos los

recursos de la limonada, el chico dejó de moverse. Empezó a dominarle el sopor...

—¿Raclot es el jefe de vuestra banda? —dijo Delphine, sin hacer realmente una pregunta—. Y tú eres el subjefe, por lo que parece.

No hubo respuesta.

—El jefe, todo el mundo lo sabe, tiene una novia, que es Prune.

—Ya lo sé —refunfuñó Grisón, molesto por un rayo de sol que acababa de aparecer por un lado de la hacina.

—Es extraño —continuó Delphine—: cuando te miro de cerca, encuentro que te pareces a Prune.

—¿Sí? —dijo Grisón.

—Tienes los mismos ojos grises...

Es cierto, los mismos ojos grises.

—¡Bueno, y qué!

—Tiene suerte Raclot. Es todo un jefe.

Delphine suspiró y se tumbó completamente. Grisón esperó un momento: primero abrió un ojo, después el otro. Delphine dormía o fingía dormir. Su pelo, rubio, de estopa, se confundía con el color del trigo. Su delantal, azul, se elevaba suavemente con cada inspiración. Se puso junto a ella. Apenas se había acercado a aquel rostro tan tranquilo cuando un par de brazos

vigorosos se le echaron al cuello...

—¡Eres un estupendo jefe! —
dijo Delphine...

—¡BASILE! ¡Basile! Ya me... ¡Es a
Prune a quién se parece! —exclamó
Grisón con la foto de su madre en la
mano.

Pero Basile se había levantado
discretamente e iba ya por el valle, con
su paso tranquilo de pastor.

13 Asunto concluido

HE VISTO a Basile esta mañana — dijo Raclot en cuanto Grisón se reunió con él junto al lavadero

Del Criarde salía un agradable frescor de hierba y sauces. Los chicos comían pan y chocolate

—He hablado con el Marsopa — prosiguió— y está de acuerdo. La gran operación tendrá lugar el lunes próximo. Tenemos que volver a vernos el domingo por la tarde con Basile para ultimar detalles. Ya hemos decidido que serás tú quien *pases*. No tengo ningún

inconveniente en ello, a condición de que nos mandes noticias de cuando en cuando.

—Pero es que yo no pienso quedarme *allí* eternamente...

—Ya, pero no sabemos si podrás venir enseguida o al cabo de unos días, o de unos meses, o más. Tú verás cómo te las arreglas allí.

—¡Anda... mira quién está aquí!

Era Prune que llegaba con su merienda, un gran trozo de tarta de manzana chorreando mermelada por todos los lados. Raclot le dirigió una amplia sonrisa mientras Grisón la observaba atentamente. Los tres se

marcharon por la calle de los Valientes, pasaron delante del bazar y se miraron en el escaparate. Luego, discutiendo, se fueron hasta la plaza del ayuntamiento. Robert fumaba un puro en la puerta del café de la Clique, con las manos en jarras y las mangas arremangadas más arriba del codo. Esperaba a los clientes.

Los tres amigos atravesaron la plaza y cogieron el callejón. Se pararon al borde del agujero. Rafistole estaba terminando su cuartillo de vino y se acababa de poner la chaqueta. Tiró la botella junto a las otras, subió las escaleritas de tierra llevando sobre sus espaldas sus célebres herramientas, y

contestó al saludo que le dirigieron los niños. Mientras éstos se sentaban al borde del hoyo, con las piernas colgando, el peón caminero se fue camino del ayuntamiento. Subió por la calle de los Frailes, pasó delante del monumento a los caídos y torció por la calle de las Glicinias. Allí, al final de un jardín lleno de ortigas, se encontraba su minúscula casa.

Rafistole vio, al entrar en su jardín, que la puerta estaba abierta. Al principio pensó en un olvido suyo pero, haciendo memoria mientras caminaba por entre las ortigas, se acordó perfectamente de que la había cerrado

por la mañana, al salir. Alguien había estado allí. Otra sorpresa: a través del sucio cristal le pareció ver el resplandor de una luz. Además, la vieja puerta de madera estaba entreabierta.

Al entrar en la única pieza que tenía la casa, retrocedió instintivamente: había alguien sentado a su mesa, y había encendido su lámpara de petróleo aunque todavía no era de noche. Ese alguien era Basile.

—¿Qué... qué haces aquí? —farfulló Rafistole.

—Buenas tardes —respondió tranquilamente Basile—. Perdona que te haya asustado. Pero deja tus

herramientas y siéntate. Tenemos que hablar.

—¿Qué tenemos que hablar? — preguntó Rafistole con un poco de inquietud. Guardó su pala y su pico, se quitó la chaqueta y fue a sentarse frente al pastor.

—Pues sí —dijo Basile—. Tengo un negocio que proponerte.

—Yo no sé nada de negocios.

—No importa. Verás. Pasaba esta mañana por casualidad por el callejón y me quedé mirando tu zanja. Una buena zanja, sí señor.

—Eso es verdad —respondió Rafistole—. Ya llevo con ella cuatro

buenos meses. Y aún no está acabada.

—Sí pero ¿sabes? —dijo Basile—. Yo encuentro que es una lástima haberla hecho allí. Por ese lugar pasa poca gente. Merecía la pena que estuviera más a la vista.

—¡Ah, pero es que yo la he hecho para mí! No necesito espectadores.

—Ya sé, ya. En fin, el agujero está ahí y no voy a ser yo quien lo cambie de sitio. Solamente que, ¿sabes?, encuentro que tiene mucho valor esa obra. Un valor enorme.

—Es muy posible.

—Ya lo creo que sí. Y pienso que podrías hacer otra cosa en vez de un

agujero.

Rafistole se rascó la cabeza y dijo:

—Un peón caminero está hecho para hacer agujeros.

—¿Y si yo te comprara tu agujero?

—preguntó Basile.

—¿Mi agujero? ¿Qué tú ibas a comprarme el agujero?

—Exactamente —dijo el pastor, poniendo su zurrón sobre la mesa.

Rafistole pensaba.

—Mi agujero no está en venta —dijo.

—Yo pondré el precio —insistió Basile—. Tengo mucho interés en esa zanja.

—¡Pero si tú me compras mi agujero, tendré que empezar a cavar otro!

—¡No, hombre! Con el precio de ese agujero harás otra cosa. No se va a pasar uno la vida haciendo todo el tiempo lo mismo. Y menos... cuando se tiene una fortuna.

—¿Una fortuna?

—Sí, una fortuna. Si te lo compro, no va a ser por unos pocos billetes que se esfumarían en quince días, como al guarda rural su paga. No. Con lo que te dé, tendrás para el resto de tus días.

Basile sacó del zurrón muchos fajos de billetes. Fajos y más fajos...

—No es posible... —murmuraba Rafistole—. ¿Qué quieres tú que haga yo con toda esta pasta? ¡Se van a creer que la he robado!

—Si yo estuviera en tu pellejo no me preocuparía. ¡Qué! ¿Estamos de acuerdo?

—¡Un momento! Tengo que pensarlo. Estuvo pensando mucho tiempo. Basile veía por la ventana, adornada con telarañas, cómo iba anocheciendo.

—Bueno, de acuerdo —dijo al fin el peón caminero—. Ahora tengo una idea mejor que la del agujero. Sí, mucho mejor.

—Sabía que nos entenderíamos —

respondió Basile con una amplia sonrisa —. ¡Ah!, se me olvidaba... el agujero no lo quiero tal y como está. Hay que taparlo.

—¿Y vas a pagar una fortuna por un agujero para luego taparlo?

—Sí, taparlo... pero *de cierta manera*.

—¡Ya! ¿Y cómo va a ser?

Habrá que hacerlo de noche. Mi proyecto no admite curiosos. Verás hace falta...

14 El domingo por la noche



E RA UN domingo por la noche, sobre un banco de piedra, en el

patio de la granja de los Tissandier.

—Así pues, todo está muy claro — explicaba Basile a toda la banda reunida —. Ya conocéis la táctica: movéis las ramas, actuáis torpemente, echáis a correr, pero sin entrar en la zona. Tú, Grisón, y tú, Prune, no tendréis que hacer nada en vuestro escondite: esperáis a que yo vaya a buscaros. Lo haré cuando vea que los gendarmes van tras una falsa pista. Os indicaré el camino y echareis a correr de frente en línea recta. Llegaréis a un gran roble y, desde allí, veréis la alambrada. En la alambrada habrá una bufanda roja, atada. Allí es donde está la puerta.

Veréis las dos cerraduras. ¿Habéis entendido lo que os dije de las cerraduras?

—Sí —dijo Grisón...

—Repíte, a ver...

—La primera cerradura está a la altura de un hombre. La otra, mucho más alta; por eso tenemos que ir dos.

—Eso es —dijo Basile—. ¿Y qué hará Prune?

—La subiré a mis hombros para que llegue a la cerradura de arriba. Meterá la llave y esperará mi señal.

—Bien. Pero ¿por qué?

—Porque las dos cerraduras tienen que abrirse *al mismo tiempo*; de lo

contrario no funcionan.

—Exacto, ¿y dónde encontraréis las llaves?

—Eso no lo sé...

—En la bolsa que hallaréis al pie del roble —dijo Basile—. ¿Qué más habrá en esa bolsa?

—Mi mono blanco, dinero, un mapa, mis documentos de identidad, una carta cerrada, chocolate...

—Y el nombre y las señas...

—... de la persona a cuya casa tengo que ir.

—Está bien. El resto es menos importante.

—¿Y yo? —preguntó Prune—. ¿Qué

pasará conmigo cuando él haya entrado?
¿Quién me enseñará el camino para volver?

—Tú te quedarás tranquilamente al pie del roble —explicó Basile—. Será cuestión de una hora como mucho. Yo mismo iré a buscarte.

—Y nosotros —dijo Raclot—, ¿cuándo sabremos que Grisón ha vencido?

—No lo sabremos hasta más tarde, cuando veamos que no regresa —dijo Basile—. Él y Prune tienen una hora concreta para salir y otra para llegar a la alambrada, y Grisón deberá estar dentro a esa hora. Os diré las horas mañana por

la mañana, en la reunión de la cabaña. Si a la hora fijada no ha pasado... ¡mala suerte! Otra vez será.

—Después... cuando haya pasado la alambrada, ¿qué tengo que hacer?

—Saldrás del bosque y encontraras una carretera muy ancha. La sigues... Llegarás a la entrada de una gran ciudad. Allí te será fácil preguntar la dirección. Especialmente llevando tu mono blanco...

—¿Y eso por qué?

—Nadie niega nada a los que llevan un mono blanco. Es un signo de distinción. Son muy especiales esos trajes blancos.

—Nos gustaría mucho verlo —dijo Delphine—. ¿No lo has traído?

Basile no se hizo de rogar mucho y sacó de su zurrón de tela el magnífico traje. Lo miraron lo tocaron, lo palparon...

—¡Qué suerte tienes! —dijo el pequeño Brioche.

—No olvidéis que todo esto es secreto —insistió Basile.

—También nos gustaría ver el silbato.

—Y el mapa.

—Y los documentos.

Les enseñó todo. Grisón sacó el silbato ultrasónico. Sopló

silenciosamente. Al instante, los perros del establo de los Tissandier se pusieron a ladrar.

—Lo he probado con *Merlín* —dijo Grisón—. Da resultado siempre. Ahora ya se ha acostumbrado.

—Vamos a separarnos —dijo Basile—. Os vais a ir de uno en uno, sin llamar la atención. Desde aquí es fácil, hay muchos árboles. Por eso he elegido este lugar para el ensayo general. Grisón se irá el último. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Raclot, que se levantó el primero. Dio unos pasos, se volvió para saludar con la mano y desapareció en la espesura. Ya no se

verían más antes de la gran operación. Le siguieron Brioche, el Marsopa. Prune, Chenot y, por último, Jocrisse. Salían y se desperdigaban por el campo, como unos conspiradores, yendo de árbol en árbol, la mirada baja, el aire misterioso.

Delphine, como la reunión había tenido lugar en el patio de su propia casa, se fue a la cuadra. Sólo quedaban Grisón y Basile.

—Bueno —dijo Basile—, todo está ya listo. Deseo con toda mi alma que salga bien. Si no, evidentemente... Pero sí que saldrá, hemos atado todos los cabos. No hay ninguna razón para que

falle.

—Tengo un poco de miedo —dijo Grisón.

—¿Miedo a los gendarmes?

—¡Oh no, no es eso! Estoy seguro de que no habrá problema. Pero es que allí, allí, en Metrópolis...

—Todo será muy fácil. Tú, déjate guiar. Hablarás lo menos posible para no confundirte o poner demasiado en evidencia tu desconocimiento del lugar y de sus costumbres. Si te hacen preguntas, les enseñas la dirección adonde debes ir, haciéndoles notar que estás vestido de blanco. Es difícil de explicar, ¿sabes? Es como el escalafón,

aquí, entre los gendarmes. Existe el gendarme, luego el cabo...

—El cabo jefe, el teniente... — prosiguió Grisón.

—Eso es, sí señor. Allí también hay categorías. Cuanto más claro es el traje, más alta es la categoría. Creo que no vas a encontrar a mucha gente vestida de blanco. Por todas partes te prestarán ayuda y asistencia. Tu madre te lo explicará. Ya te he dicho todo lo que te tenía que decir. O casi todo. Flammèche está al corriente. Está contenta por ti, ya sabes, y está segura de que volverás. Yo también lo estoy. ¿No tienes nada más que preguntarme?

—No. Creo que sé todo lo que necesito saber. El resto, ya me las arreglaré. La cita es a las diez, en la cabaña, ¿verdad?,

—Sí. Y es necesario que a las once hayas pasado *al otro lado*. Buena suerte.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí. Es algo que nunca podré olvidar —dijo Grisón—. No sé por qué lo has hecho, pero te lo agradezco.

—Seré el hombre más feliz del mundo si lo consigues. No olvides darle a tu madre la carta sellada.

—Mi madre no sabe que voy... ¿Cómo se lo va a tomar?

—Con alegría, con mucha alegría.

¡Imagínate! No te preocupes. Anda, se está haciendo de noche. Tengo que marcharme rápido. Tú con mayor razón, puesto que todavía tienes dos kilómetros hasta la Chevanelle.

—¡Ya estoy acostumbrado!

Basile permaneció en silencio un buen rato. Parecía como si no tuviera ganas de marcharse.

—Grisón —murmuró el pastor.

—¿Qué?

—¿Sabrás guardar un secreto?

—Sí, claro. ¿Todavía otro secreto?

—Sí. Pensaba decírtelo mañana, pero es posible que no tengamos un momento tranquilo. En todo caso, hasta

que no pases la alambrada tienes que actuar como si no supieras nada de lo que ahora te voy a decir. ¿Serás capaz?

—Sí.

—Bien. Entonces, escúchame. Una vez que Prune se haya subido a tus hombros y hayáis abierto la puerta, los dos a la vez, saltará a tierra para ir a sentarse al pie del roble y esperarme allí. ¿Recuerdas?

—Sí.

—Pues bien... ¡de eso, nada!

—¿Cómo?

Hay una pequeña modificación en el programa. Cuando la puerta esté abierta, agarras a Prune por el brazo y te metes

en la zona, arrastrándola contigo. Sólo después cerrarás la puerta.

—Pero ¿por qué?

—A ella no podía decírselo. No se hubiera podido callar. Pero tú es preciso que lo sepas: Prune y tú sois hermanos.

Grisón esbozó una sonrisa que parecía que no iba a acabarse nunca.

—No es raro que nos parezcamos — dijo simplemente—. Tenía que haberlo adivinado... Y tengo que llevarla también... ¡Claro...! También es su madre. Oye, Basile, ¿has preparado dos trajes...? Pero ¿dónde estás Basile...?

Basile se había ido ya. Pero ¿por qué preocuparse? Seguro que tenía todo

previsto.

BUENAS NOCHES, Grisón. Necesitaba venir a darte las buenas noches. Es la última vez, antes de mucho tiempo. Ya ves, el sol amanecerá para los dos, pero para ti no se pondrá en la Chevanelle.

Grisón se dio la vuelta en su cama y se quedó mirando el rostro de Flammèche, débilmente alumbrado por una lámpara de petróleo.

—Creo que volverás —dijo la mujer—. Uno no puede dejar todo así como así, ya verás. Es difícil. Pero por lo que he podido entender no vendrás antes de

un mes o dos. Si, cuando estés *allí*, alguna vez te acercas a la frontera, no tienes más que tocar el silbato. Soltaré el perro. Ahora, duerme. Y no olvides que también hay alguien, aparte de mí, que te estará esperando: Delphine. Buenas noches y mucha suerte.

15 ¡Victoria!

HA LLOVIDO toda la noche, y esta mañana el sol no ha podido atravesar esa coraza de nubes que dan al País Elevado un aspecto verdaderamente otoñal. Un viento frío sacude los quejumbrosos matorrales, y las copas de los árboles se mueven en todos los sentidos. De cuando en cuando cae un ligero chaparrón fresco. ¡Tanto como lo hubiéramos deseado en Julio...!

Beauras se enfurruña dentro de su uniforme que deja pasar el aire. Gruñe contra el Gobierno, que todavía no ha

dado la orden para ponerse los calentitos uniformes de paño. Claro que todavía pueden venir días buenos.

Ni siquiera puede uno sentarse, la hierba está mojada. Chazal ha llegado esta mañana con un cubo lleno de moras. Es un buen tipo este Chazal. En este momento está echándose aliento en sus dedos y, de cuando en cuando, echa una carrerita. Es friolero este jovenzuelo. Bueno, realmente no vendría mal una sopita bien calentita. El cabo se arrepiente de no haberse traído café, como ayer, domingo.

Porque cuando la hierba está mojada se quedan tan fríos los pies... ¡Hombre!,

ahí llega Gustave, el guarda rural. Seguramente va a coger champiñones. Como tiene derecho a darse una vueltecita por el bosque de Epnoi, aprovecha para coger champiñones. Ahora saluda a sus viejos amigos de la gendarmería y desaparece después entre la maleza.

—¿Qué hora es? —pregunta Beauras, cuyo reloj está siempre parado.

—Las diez y cuarto, cabo.

—¿Ya? Entonces, los bocadillos, rápido, y que cada uno vuelva a su puesto. Nunca se sabe... Hoy no es día para curiosos ni mirones, pero puede haber una inspección. Es verdad, las

inspecciones suelen ser los lunes. Los inspectores descansan el domingo y atacan al comienzo de la semana.

Los bocadillos ya han sido devorados, y los gendarmes reanudan su vigilancia en la linde del bosque. Beauras bosteza de aburrimiento. «Las diez y media. ¡Si al menos hiciera un poco de sol! Oye, que no es mucho pedir, un rayo de sol... ¡Oh...!, parece que algo se mueve por allí. ¡Eh, eh! El viento se ha calmado y en ese bosqucillo de abedules las matas no paran de moverse. ¿Un perro?, ¿una vaca? No, más bien parece un chico. Hacía mucho que no se veía por aquí a

esos chavales. Con el miedo que le metí al chico de Flammèche, no se habrán atrevido... Pero ¡santo cielo!, si hay un montón de críos... dos, tres, cuatro... Y se arrastran dejando ver sus traseros... ¡Ji, ji, ji!».

—¡Cabo!

—¿Qué ocurre?

—Que tenemos gente a la derecha, al otro lado del camino Mathieu.

—Eso mismo estaba viendo yo. Traígame mis gemelos.

El gendarme Méchalot sube al puesto y vuelve en seguida con los gemelos. Aprovecha para echar él antes una miradita.

—Tenga, cabo.

—Gracias. Veamos... ¡Anda, ése es Raclot! ¿Saben?, el hijo de Raclot, el de la granja lavadero. Le conozco por su pantalón gris con un gran parche. ¡Caray!, a éstos no les importa mojarse. ¿No podían haber elegido otro día? Mira que con este tiempo... En fin. ¡Ah, pero si es el campeón de natación! El pequeño... esto... bueno... es decir... ¡sí, hombre!, ése...

—¿El que llaman Marsopa?

—¡El mismo! Anda, no veo a Grisón. ¡Qué raro! Bueno, puede que desde la otra vez, prefiera quedarse al margen. De todas formas me extraña.

¿Aquél, quién es? Caramba, si es una chica... Esto sí que es bueno. Anda que como sean tan testarudas como los chicos... ¡Ji, ji!, también está el gordo de Jocrisse. Hasta disfrazado de pino se le reconocería a cien leguas. ¿Pero qué demonios hacen ahora sacudiendo los árboles de esa manera...? La niña es la pequeña de los Tissandier. No..., la penúltima. La pequeña es más bajita. ¡Hala!, el desfile aún no ha terminado. Ahora llegan otros..., el hijo de Alphonse... ¡Ahí va, el mismísimo hijo del alcalde! Esto le va a costar caro. Cuando su padre se entere... Es curioso, hoy no van por el sitio de costumbre.

Van por el sur. ¡Bah!, puede que, después de todo, no vengan a la zona. Lo que nos pasa a nosotros es que tenemos deformación profesional... Sí, señor, son buenos chicos. Y tampoco nos vamos a enfadar con ellos porque sean curiosos. Si no, no serían jóvenes.

—Es verdad, cabo.

—Hay que ver cómo éramos nosotros, ¿eh?

—¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja, ja!

—Menudos tíos éramos, ¿eh? ¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Ji, ji, ji, ji!

—¡Jo, jo, jo, jo!

—¡Ja, ja, ja, ja!

—Menudos tíos...

—¡¡Cabo!!

—¡Ja. ja. ja...! ¿Diga?

—Que ya están en la entrada del

bosque. ¡Bueno, y qué! Están en su derecho. Mientras no crucen el límite no se les puede decir nada.

—Quizá fuese conveniente que me dejase ver.

—Eso sí que es verdad, gendarme, déjese ver.

Méchalot se dirigió a paso ligero hacia los niños, como si fuera a arrestarlos.

—¡Qué raro es todo esto! —

murmura el cabo Beauras—. Ahora se esconden al ver a Méchalot. Desde luego, estos críos quieren hacer algo. Nadie se esconde sin motivo. No me gusta nada esto... No entiendo por qué ahora se dejan ver tanto. Puede que quieran distraer nuestra atención mientras que... ¿Eh? ¡Hay gente en el bosque! ¡Alto! ¡Alto!

—¡Calla, hombre, que soy yo, Gustave, que vengo de coger champiñones!

—¿Has cogido muchos?

—¿Muchos? ¡Ya, ya! Coge tu silbato y ven —dice el guarda rural. Beauras le sigue a duras penas.

—Tú dirás...

—He encontrado dos champiñones gigantes: un chico y una chica dentro de la zona, aunque te parezca imposible. Bueno, date prisa, yo no los puedo arrestar, tú sí... Por ahí... ya se han metido en el bosque. Tú ve por la derecha.

Beauras ha sacado su silbato y está soplando desesperadamente. Corre en medio de un estrépito de hojas y ramas secas.

—¡Condenados críos! ¡Son de lo que no hay! ¡Quietos o disparo! ¡Ah!, ya los veo... En menudos líos me meten, y a ellos no les importa ni un pito.

¿Y si hubiera una inspección, eh? ¿Qué cara iba yo a poner, con esos chicos dentro de la zona...? ¡Ay!, pero yo también he llegado al límite. Ya no puedo seguir. ¡Se me escapan! ¡Se me escapan...!

Beauras deja la persecución sofocadísimo. Cree que ya le van a dejar tranquilo, pero ¡ay!, qué equivocado anda... Sus dificultades no han hecho más que empezar.

—¡Atiza! ¡Una inspección!

Enseguida lo ha comprendido, al ver el destacamento especial de la gendarmería al lado de su cabaña y, delante de ésta, cuidadosamente

aparcado, el único automóvil de la Compañía.

—¡Estoy perdido! —murmura—. A menos que no se hayan enterado de nada. ¿Qué hago? ¿Les digo? ¿No les digo? Si se lo digo, tendré un punto negativo. ¡Imagínense! Unos críos dentro de la zona... Ellos son los que deberían cogerlos porque ellos pueden llegar hasta donde quieran dentro del bosque. Si no les digo nada, ni visto ni oído Pero perderemos nuestra autoridad a la fuerza De todas formas, a los críos estos los vamos a arrinconar contra la alambrada. Y no tendrán más remedio que volver, como Grisón el otro día... Así que me

callo...

—¡Cabo Beauras!

—¡A sus órdenes, mi capitán!

—¡Inspección!

Beauras se cuadra lo más firme que puede.

—Cabo, hoy está usted de mala suerte...

—¿Y eso? Esto... mi capitán..., porque... yo no veo nada...

—Pues yo sí, yo sí que veo. Veo a todos esos chavales que acabamos de detener en el límite del bosque...

—¿En el límite? Nosotros no tenemos derecho a...

—¡Oh, pero si no les acusamos de

nada! Sólo de reírse de nosotros... Además, tienen muchas cosas que contarnos... Usted, cabo, se va a quedar con la boca abierta.

Una patrulla de gendarmes llega en ese momento con algunos chicos. Beauras reconoce a Jocrisse, Raclot, Delphine, Chenot, el pequeño Brioche...

—Había más —prosigue el capitán-inspector—. Nuestros hombres están en la zona con los perros y los van a traer dentro de poco.

—Grisón y la niña —refunfuña Beauras.

—Exactamente, cabo. Mientras les esperamos, vamos a iniciar un pequeño

interrogatorio...

Los prisioneros se miran, con la cara descompuesta Ninguno osa abrir el pico. A lo lejos, en el bosque se oyen silbatos y ladridos —¡pobre Prune, pobre Grisón!— y, lo que es más grave, disparos. Sí, disparos...

—Por aquí, mis queridos amigos — dice el capitán con ironía.

Los gendarmes los conducen a la cabaña en donde Grisón, unas semanas antes... Se sientan en el banco.

—Bueno, ¿queréis decirnos ahora mismo que hacíais por aquí?

—Estábamos paseando —dice Raclot.

—Bonito paseo, sí señor: un bosque medio quemado, unos carteles prohibiendo el paso... ¡Hala!, decidnos la verdad. Intentabais despistarnos, ¿no? Despistarnos...

—Estábamos paseando —repitió Raclot levantando la cabeza, desafiante...

—Bueno, como queráis. Estabais dando un paseíto... ¿Y los que han entrado en la zona?

—Ésos no estaban con nosotros.

—Pero los conocéis.

—Claro, son compañeros de clase.

Eso es todo.

En ese momento entra en la cabaña

un gendarme.

—¡Mi capitán, hay un hombre con ellos!

Los niños se miran suspirando. Se oyen disparos por el lado de la llanura.

—¿Qué hora es? —pregunta Beauras a un gendarme.

—Esto... las diez. No... las once menos diez. Menos cinco. Bueno, por ahí, más o menos.

—Gracias.

Beauras ha salido de la cabaña. No quiere oír el interrogatorio. En realidad... le importa un rábano. Allá lejos. Basile corre con su capa al viento. Le disparan. No le cogerán, de eso

Beauras está seguro. Se echa el quepis para atrás y se rasca la frente. ¿Qué va a ser de él ahora, con un punto negativo? ¡Bah, nadie se ha muerto por eso! Aunque podría retrasar su nombramiento de cabo-jefe. ¡Cerdos de críos!

¡CORRE, Prune, corre!

—Estoy haciendo todo lo que puedo... El camino está lleno de ramas. ¡Ay!, que me he caído.

Para esta ocasión se ha puesto a propósito unos vaqueros y botas un poco grandes... Resoplan como fuelles. Atrás, todavía lejos, ladran los perros.

—Di, Grisón, ¿crees que habrán cogido a Raclot y a los otros?

—Ni idea. Date prisa. De todas formas, no ha salido bien. No han podido despistarlos. Escucha.

—¡Silbatos!

—Sí, vienen por nosotros. Se acercan. ¡Aprisa! ¡Corre...!

—Tengo una punzada en el costado...

—¡No importa, corre!

Sin embargo, todo había empezado bien. Se habían reunido a las diez en punto en la cabaña.

Basile les había repetido, una vez más, las instrucciones más importantes.

Después se habían separado en dos grupos. El pastor, Prune y Grisón por un lado; todos los demás, por el otro. Mientras éstos últimos atraían la atención de los gendarmes, Basile se había colado por un sendero solamente conocido por él, encaminando a Prune y Grisón en dirección a la alambrada. Mientras el pastor volvía al comienzo del bosque, los dos niños se metían bosque adentro. La mala suerte les hizo toparse de narices con Gustave Parmans, el guarda rural que andaba buscando champiñones, y quiso además que precisamente ese día, hubiera una inspección de la Compañía, con

elementos suficientes y autorizados para operar más allá de los cien metros reglamentarios.

Pero Prune y Grisón se acercaban ya a la alambrada.

—¡Venga, aprisa! —insistía Grisón—. Aún faltan cien metros. Date prisa, que los perros se nos echan encima.

—No tendremos tiempo de abrir...

—No sé, pero hay que intentarlo. Aún tenemos posibilidades.

—¿Y qué va a ser de mí? —dijo Prune, inquieta.

—¿Qué dices?

—Pues eso, que cuando tú hayas pasado ya no tendrás peligro, pero a mí,

a mí me cogerán.

—No te preocupes, tengo un plan. Anda, acelera. Al volverse podía ver ya a los perseguidores que a duras penas lograban sujetar aquellos enormes perros. Pero, en seguida, justo delante, apareció la alambrada. A la derecha del camino había un enorme roble, varias veces centenario, y al pie del roble estaba la bolsa de tela. Grisón la cogió a la carrera. Con la otra mano tiraba de Prune, que tropezaba cada dos por tres.

—Rápido... El pañuelo rojo... ¿Lo ves?

—Ahí... Ahí está —exclamó Prune. Grisón dejó la bolsa al pie de la

alambrada. Los gendarmes estaban a menos de cien metros. Les gritaban que se detuvieran y disparaban al aire.

—Rápido, coge esa llave. ¿La tienes?

—Sí.

—Venga, que te aúpo. Sube.

La subió sobre sus hombros.

—Ya está metida la llave —dijo Prune.

—Vale, la mía también. Atención, voy a contar tres. Uno..., dos..., tres...

Giraron la llave al mismo tiempo y la puerta se abrió. Producía una curiosa sensación ver aquel agujero abierto delante de ellos y poder pasar sin más *al*

otro lado. Pero los primeros gendarmes estaban ya cerca del viejo roble.

—¡Anda, Prune, salta, salta!

Saltó a tierra. Entonces Grisón la agarró fuertemente por el brazo, cogió la bolsa de tela y cruzó la puerta. Tiraba de la niña, sin miramientos

—Pero, Grisón, ¿qué haces? ¡Estás loco...! Yo no puedo ir contigo, no era lo previsto... Además yo no tengo nada...

—¡Venga! No discutas.

Una vez que ella hubo pasado, volvió a cerrar la puerta de la alambrada y se tiró al suelo con Prune, detrás de un árbol.

—¡Ya está! —dijo—. Se acabó.
¡Hemos ganado!

Los gendarmes se detuvieron delante de la alambrada, que los perros olfateaban ladrando. No podían continuar. Y aunque hubieran podido continuar, seguramente no lo habrían hecho.

—Da gusto respirar un poco —jadeaba Prune—. Estamos a salvo. ¿Vas a esperar a que se hayan marchado para volverme a pasar?

—Imposible —dijo Grisón.

—¿Por qué imposible?

—Porque no vas a volver a Courquetaines.

—¿Qué? ¿Y qué va a ser de mí?

—Tú te vienes conmigo.

—Pero... ¡si no hemos avisado a

nadie! Me van a estar esperando los

Rousselot, y...

—Y Raclot, ¿verdad?

—No me refería a eso...

—Pues sí, hija, todo está arreglado

ya, no te preocupes. ¿No me crees?

Mira.

Abrió la bolsa de tela.

—¿Ves este mono?

—Sí, te servirá para andar por la

zona.

—Eso es. Pero aquí hay otro. ¿Te

extraña? Mira, es un poco más pequeño,

exactamente tu talla. Y, luego, este carné de identidad. ¿Ves? Es el mío, ¿ves la foto?

—Sí.

—Pues bien, ahora mira estos papeles.

—¡Pero si soy yo!

—¡Naturalmente que sí!

—Es verdad, Basile me sacó una foto el otro día.

—Como verás, todo estaba previsto desde hace tiempo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Grisón se levantó, hizo levantarse a Prune y, cogiéndole las dos manos, la miró fijamente a los ojos:

—La persona que voy a ver —dijo —, es mi madre. La han encontrado. Vive aquí. Ahora te lo puedo decir. Y si tú también vienes, es porque también tú vas a reunirte con tu madre.

—¿...?

—Sí... esto... en fin... nos ha ocurrido un poco lo mismo porque, ¿sabes...?, tu madre y mi madre son... la misma persona. Yo soy tu hermano y tú eres mi hermana. Eso es.

Nunca hubiera creído Grísón que fuese tan difícil dar una noticia semejante. En fin, ya lo había dicho.

Prune abrió todavía más sus enormes ojos grises. Se quedó mirando las manos

del chico, que agarraban fuertemente las suyas, y se dio cuenta de que estaba temblando. O puede que fuera él quien temblaba.

—Eres mi hermano... eres mi hermano... —repetía como si tuviese miedo de olvidarlo.

—¡Y pensar que hemos vivido así tantos años sin saberlo!, y tan cerca el uno del otro —murmuró Grisón.

Luego, la cogió por el cuello.

—¿Sabes? —añadió—. Yo tampoco lo he sabido hasta ayer tarde. Me ha costado mucho ocultártelo; tanto como decírtelo. Es curioso. Pero ven, no nos quedemos aquí...

—Los gendarmes se han ido —dijo Prune mirando hacia la alambrada.

—Es lo mejor que han podido hacer Pero nosotros, ahora que estamos en Metrópoli, tenemos que tener mucho cuidado. Anda, ven... Todavía nos queda un largo recorrido y yo no te puedo decir nada más. Escondámonos aquí para ponernos los monos blancos.

—¡Grisón!

—¡Chis! Habla bajito... ¿Qué pasa?

—¿Encontraremos más gendarmes?

—No sé. Date prisa.

—Mi cremallera está atascada.

—Espera, te voy a ayudar. Ya. ¿Está bien así?

—¿No hay zapatos?

—No. No hacen falta. Anda, ya verás.

—¡Formidable! —dijo Prune.

—Bueno, ahora sigamos este camino.

Los dos nuevos *metropolitanos* anduvieron durante cinco minutos y llegaron a una llanura.

16 Aquí siempre parece otoño



E RACOMO si hubieran llegado a las orillas del mar. La llanura se abría

sin límites ante sus ojos. Todo era gris. El cielo y la tierra se confundían en una especie de bruma en medio de la cual el sol parecía como un disco sin resplandor. A lo lejos, allá por donde debería estar el horizonte, se apiñaban centenares, millares de bloques de diversos tamaños que, sin duda, eran casas. Aquella inmensa ciudad ocupaba todo lo que la vista podía abarcar a derecha y a izquierda.

—¿Qué es eso? —preguntó Prune.

—Es Metrópoli —respondió Grisón.

—¡Es enorme!

—Sí, es enorme.

—¡Pero si viven sumergidos en la

niebla!

Se quedaron cinco minutos mirando perplejos, sin un gesto, sin una palabra. El camino que les había conducido fuera del bosque se había convertido en una carretera asfaltada que desaparecía algo más lejos en una ancha curva encajonada.

Unos bosquecillos adornaban la suave pendiente de la colina, en cuya cima se encontraban los dos niños. Unos cuervos pasaron en bandada. Se oía el canto del cuco.

—¡Ven! ¡No nos quedemos aquí! — dijo Grisón cogiendo a su hermana de la mano. Y echaron a andar por la

carretera.

Hacía calor, bastante más que por la mañana temprano. Además, eran casi las doce. Aquí la hierba no estaba húmeda y parecía menos verde que en Courquetaines. La carretera se iba ensanchando a medida que bajaba la colina. Los taludes de cada lado eran cada vez más altos y, menos en las curvas, ocultaban el horizonte.

Cuando habían caminado una buena hora, Grisón se paró.

—¡Mira! Un automóvil.

—Está parado —dijo Prune.

—Pasaremos como si tal cosa.

Después de todo, no tenemos nada que

temer.

—¡Oh! Hay alguien dentro...

—Disimula... Y hablemos lo menos posible. Sigamos.

Continuaron andando. El coche estaba estacionado al borde de la carretera, pegado al talud de la derecha, a unos cincuenta metros. Al aproximarse, se abrió una puerta.

—¡Cuidado! —murmuro Prune quedándose inmóvil.

—No te pongas nerviosa, vas a conseguir que se fijen en nosotros.

Siguieron andando. Una persona salió del automóvil, cerró la puerta y se dirigió hacia los niños, quienes se

detuvieron. Era una mujer vestida con un mono blanco idéntico al de ellos. Se acercaba cada vez más y ellos no sabían si echar a correr o qué.

Pero, a unos metros, también ella se paró y sonrió abiertamente. A Grisón el corazón le golpeaba fuertemente en el pecho. Unas golondrinas estaban posadas en un árbol seco, piando. Algo más lejos, un conejo dio tres brincos en la carretera, miró hacia donde estaban ellos, dio otros tres saltos y desapareció entre la maleza. Un ligero viento removía unos matorrales. De pronto, la mujer se quitó la capucha, dejando ver sus negros cabellos. Grisón,

instintivamente, había agarrado la mano izquierda de Prune y la apretaba fuertemente.

—Es *ella* —murmuró.

Prune se escondió un poco detrás de su hermano.

—¿Prune? ¿Grisón? —preguntó la mujer.

La actitud de los niños se suavizó un poco y, por fin, fueron a su encuentro. Ella les abrió los brazos y, cuando estuvieron cerca, puso una mano sobre cada cabeza.

—¿No me habíais reconocido?

—No —contestaron.

Ella se quedó un instante

contemplando las miradas, que se fijaban en ella.

—¡Buenos días! —dijo de repente Grisón.

—Buenos días, señora —dijo Prune. Ella los besó, empezando por Prune.

—Todo esto os parecerá muy extraño, ¿no? A mí también me lo parece —dijo la madre.

Los niños no sabían qué decir. Cada vez había más golondrinas en el árbol seco. También ellas estaban calladas.

—Os he reconocido enseguida porque tenía fotos vuestras... La última vez que nos vimos erais unos bebés. ¡Vaya si habéis cambiado desde

entonces! Sois guapos... muy guapos...

Otro conejo atravesó la carretera a toda velocidad. Los cuervos cruzaban el cielo a mucha altura.

—Os habrá extrañado verme aquí —
continuó la madre.

—Es que —dijo Grisón con una voz ronca— no sabíamos que... tú fueses a venir a esperarnos —dudó antes de decir «tú». Prosiguió—: No sabíamos que estuvieses al corriente de nuestra... visita

—Veo que Basile no os ha contado todo. Es normal. Porque si os hubieran cogido los gendarmes... Cuando no se sabe nada, no se puede decir nada. Pero

no vamos a quedarnos charlando así al borde de una carretera, a pleno sol. Me figuro que tendréis sed, ¿no?

—Pues... sí.

—Subamos al coche.

Subieron los tres. Era un coche mucho más grande que el de la gendarmería, más incluso que el que Grisón vio el día en que descubrió la alambrada. Saura (así se llamaba su madre) abrió una caja que había detrás de los asientos traseros y sacó tres vasos y una jarra. Bebieron. Los niños nunca habían bebido nada semejante. Tenía color naranja y un sabor que recordaba a la vez a la tisana y al limón.

Los asientos traseros del coche eran giratorios para que los pasajeros pudieran verse de frente si lo deseaban. Por ejemplo, si querían jugar a las cartas. Pero no era cuestión de eso ahora. Saura no hacía más que contemplar a sus hijos. No se habían visto desde que había dejado a Grisón en casa de Flammèche y a Prune con los Rousselot. Si Grisón la había reconocido había sido gracias a la foto que le había dado Basile.

Los niños no se movían, todavía bajo el impacto de la emoción. No hacían más que dar vueltas a sus vasos, sin soltarse a hablar. Saura tomó la

palabra:

—Creo que ya habéis tenido suficientes emociones hoy. Seguro que tenéis hambre, ¿verdad? Vamos a casa. ¿Os ha hablado Basile de ella?

—No, no nos ha dicho nada. Ni siquiera sabíamos que Metrópolis fuese una ciudad tan grande. Para nosotros, todo lo que estaba detrás de la alambrada era la *zona*.

—¿Metrópolis una gran ciudad? —dijo Saura casi riendo. Lo que vais a ver es mucho más que todo esto. Ciertamente han guardado bien el secreto.

—Pero —dijo Prune—, ¿por qué

tenéis que estar encerrados tras una alambrada?

—¿Encerrados nosotros? —y esta vez Saura se echó a reír—. ¡Encerrados nosotros! ¿Por qué creéis que estamos encerrados?

—Muy sencillo —dijo Grisón—, porque para llegar hasta aquí hemos tenido que burlar un cordón de gendarmes y atravesar la alambrada que os rodea... que cerca vuestra ciudad.

—¡Pero si sois *vosotros* los que estáis rodeados de alambrada...! Aunque, claro, eso no os lo podíais ni figurar... Os explicaré todo... Al fin y al cabo, tarde o temprano tenía que

decíroslo. Sencillamente, el País Elevado, donde habéis vivido, Courquetaines y todo eso... es, simplemente, una *reserva*.

—¿Qué? ¿Una reserva?

La memoria de Grisón se iluminó de golpe. Recordó las palabras de Basile y cómo no quiso decirle el *otro nombre* con que llamaban los metropolitanos al País Elevado. Ahora comprendía lo de *reserva*. Como en las películas que había visto: *reserva* de indios, *reserva* de animales. ¡Una reserva! ¡Toda su infancia en una reserva! ¡El campo, los pueblos, el bosque, las praderas... todo eso era una reserva!

—Si —dijo Saura—. Una reserva. Es grande, fijaos: trescientos kilómetros de largo por doscientos de ancho. Más que suficiente para poder vivir. Esa reserva es como un pequeño país protegido por una frontera, una alambrada infranqueable... o casi. Eso es todo. Allí es donde habéis vivido hasta ahora.

—Es increíble... Y yo que creía que todo el mundo era como Courquetaines... que la alambrada encerraba algún misterio.

—Mira por dónde tú eras el que estaba encerrado... Aunque, ¿sabes?, también nosotros estamos encerrados.

—¿Cómo?

—Cuando se levanta una alambrada no se construye *una*, sino *dos* prisiones. La prisión de los de dentro y, otra más amplia, la prisión de los de fuera.

Prune había escuchado atentamente la conversación sin decir ni pío. Sus ojos iban del uno a la otra. No daba crédito a sus oídos ni a sus ojos.

Luego, Saura dio la vuelta a su asiento para ponerse frente a los mandos del coche. Se produjo un ligero silbido, el coche pareció que se levantaba del suelo y, sin sacudidas, arrancó. Notaban que avanzaban sólo por el hecho de ver pasar el paisaje.

Por la amplia carretera, bien asfaltada, el coche bajaba la colina. La decoración no era muy variada: hierba, seca en algunos sitios, unos árboles escuchimizados, algunos de los cuales parecían muertos, y unas rocas enormes a las que debía de dar gusto trepar.

Al llegar al valle, la niebla desapareció completamente y pudieron apreciar los detalles de los grandes rascacielos que constituían la enorme ciudad.

Mientras Saura conducía, no habían hablado nada; pero estaban dispuestos a hacerle muchas preguntas en cuanto fuera posible.

De repente, su carretera desembocó, como un río, en una inmensa red en la que circulaban otros automóviles, que pasaban a veces muy cerca uno de otro. Aquella avalancha se hacía más espesa a medida que uno se acercaba a los altos edificios, que cada vez parecían más próximos y más grandes.

Grisón y Prune vieron entonces que las viviendas no tenían cinco o diez pisos como parecía de lejos, sino como un centenar. Al fin, cuando pensaban haber entrado ya en la ciudad, cuando creyeron que iban a pasar junto al primer rascacielos, un subterráneo les quitó todo de la vista y se encontraron

en unas calles situadas bajo unas placas luminosas, y en donde circulaba un número increíble de coches.

—Por la ciudad están prohibidos los coches —explicó Saura—. Vamos a dejarlo en un aparcamiento y a subir a nuestro rascacielos.

Se quedaron sorprendidos al descubrir que el aparcamiento, en realidad, no era más que una inmensa explanada sombría donde dormía una infinidad de automóviles, cuidadosamente colocados en filas, por barrios...

Estacionó su coche junto a otros muchos. Bajaron todos, y Saura

aconsejó a Grisón que dejara sobre el asiento su bolsa de tela gris de la que hasta ahora no se había separado.

—Vamos a almorzar en un restaurante —dijo la madre.

Para ellos, un restaurante era una sala con veinte o treinta plazas, como, por ejemplo, el de Robert, donde servían menús impresionantes, platos especiales que nunca comían en casa: pollo al vino, pavo, truchas con almendras...

Después de haberse metido en una espaciosa jaula metálica, que se cerró tras ellos y se puso a vibrar sin saber por qué, salieron al aire libre; se

preguntaban cómo habría podido cambiar la decoración tan bruscamente. Es que era la primera vez en su vida que utilizaban un ascensor.

Una vez fuera, pudieron contemplar a sus anchas aquellos inmensos rascacielos que ocultaban el sol. Por las calles, parecía que era de noche; incluso a mediodía estaban encendidas las farolas.

Siguiendo a Saura, a quien no debían perder de vista en aquel laberinto, entraron en una especie de vestíbulo iluminado, cogieron otro ascensor que les subió hasta el piso cuarenta — podían leer la sucesión de los pisos en

una pantalla— y, por fin llegaron al restaurante.

Desde luego, esto no se parecía en nada al café de la Clique. Además, los niños se dieron cuenta de que las mismas palabras no significaban las mismas cosas en el País Elevado o en Metrópoli. En Courquetaines, un *coche* era un carro tirado por uno o varios caballos. Aquí, era un automóvil. Lo mismo ocurría con el *restaurante*: aquí consistía en una inmensa sala con columnas por todas partes y con grandes ventanales que daban a unas terrazas repletas de jardincillos.

—Esto es maravilloso —dijo Grisón

en la cola de espera.

—Sí, todo está nuevo —añadió Prune.

A cada comensal le daban una bandeja en la que había cinco paquetitos envueltos en papel de aluminio. Parecían tabletas de chocolate desprovistas de su primera envoltura, pero más pequeñas y más gruesas. Además de eso, una especie de jarrita de agua con tres botones.

—Cuidado, es frágil —dijo Saura.

Se instalaron en una mesa verde en la que hubieran cabido holgadamente seis.

—Voy a enseñaros cómo se usa esto

—dijo la madre—. Es fácil. Le dais al botón rojo de la botella —así llamaba a la jarra, aunque no se parecía en nada a las botellas que había en los Ultramarinos Reunidos— y ¡cuidado!, que el agua empieza a calentarse.

Mientras esperaban, quitaron los envoltorios de aluminio y los tiraron en una papelería. Cuando el agua estuvo caliente. Saura echó el contenido del primer paquete en una de las cavidades de la fuente, que estaba llena de hondos y elevaciones. Ése era el primer plato. Grisón y Prune hacían lo mismo, procurando no parecer demasiado ignorantes.

—Lo que estáis comiendo es una *Tortilla Barnabé*.

Era inútil buscar los huevos en aquel plato. Lo mismo ocurría con el pollo en el plato siguiente, aunque se llamaba *Pollo al arroz*. En realidad, todo era como una pasta parecida a la papilla de los bebés. Lo único que variaba era el color y el sabor.

Acabaron la comida con un helado que, éste sí, justo es reconocerlo, se parecía a un helado. Saura pagó a la salida con una moneda idéntica a las del País Elevado. A continuación, anduvieron durante algún tiempo por aquel laberinto de calles que se

entrecruzaban a diferentes niveles, superpuestas unas a otras. En Metrópoli sabían vivir por todo lo alto...

Por fin, otro ascensor los condujo al piso donde Saura vivía. Por los largos corredores alumbrados con una suave luz verde, se encontraron a un hombre con traje verde pálido, que les saludo muy finamente y entabló conversación con Saura.

—... Así que ya tiene a sus hijos... Debe de estar usted muy contenta, ¿verdad...?

—Sí, acaban de llegar de casa de su nodriza. Durante cinco minutos estuvieron hablando de cosas que los

niños no entendían pero que debían de tener relación con costumbres de Metrópoli. Luego, el hombre abrió una puerta y entró en su casa. Ellos siguieron unos cuantos metros y Saura llamó a otra puerta. Les abrió un hombre vestido de azul marino.

—¡Señora! ¡Ya está de vuelta! ¡Qué agradable sorpresa! Les voy a preparar enseguida una comida... Y los chicos ya están aquí... ¡Qué altos están...!

—Por la comida, Bastien, no se preocupe. Hemos ido a un restaurante. Venid —dijo a los niños—. Os voy a enseñar el piso. Y en primer lugar, antes que nada, vuestra habitación.

La habitación era de color naranja, con muebles blancos. Grisón y Prune se sentaron en la cama, y Saura sobre una enorme «pera» gris que resultó ser un sillón.

—Por fin, tranquilos —dijo—. ¿No necesitáis nada? ¿A lo mejor queréis dormir?

—No.

—¿No estáis cansados?

—Me duele un poco la cabeza —dijo Grisón.

—A mí también —dijo Prune.

—Ya se os pasará —dijo su madre—. Lo que ocurre es que... en Metrópolis no respiráis el mismo aire que en

Courquetaines. ¿Qué os parece vuestra habitación? ¿Es bonita?

—Sí.

—¿Es bastante grande?

—Sí.

Me alegro que os guste. Pero no estáis cómodos en esa cama. Vamos al salón, allí estaremos mejor para charlar.

Era una amplia pieza con grandes ventanales desde donde se podían ver los rascacielos más próximos, con sus jardines arriba. Grisón y Prune se sentaron en unas «peras» azules. No había muebles en la habitación, solamente unos gruesos balones metálicos por aquí y por allá. Unas

magníficas plantas trepaban junto a los ventanales, con las hojas vueltas hacia la luz.

Estaban sentados frente a su madre y la observaban después de haber inspeccionado el decorado. «Verdaderamente, Prune se parece a ella», pensaba Grisón. «Verdaderamente, Grisón se parece a ella», pensaba Prune. ¿Viviría sola en esta casa? Y Bastien, ¿sería su criado?

—Bueno —dijo Saura—, ahora es necesario que os explique por qué os he hecho venir. ¡Tengo tantas cosas que contaros que no sé por dónde empezar! En primer lugar, ¿estabais a gusto en

Courquetaines?

(¿Por qué habría dicho *estabais*?
¿Se habría acabado para siempre?).

—Sí, yo estaba muy a gusto —dijo
Grisón—. Se está bien en el campo.

—A mí también me gusta —dijo
Prune.

—Y..., ¿no habéis echado de menos
tener una madre?

—Es verdad que no éramos como
los otros niños, pero Flammèche es muy
buena. Y Antoine también.

—Y Mamie Rousselot también.

—Entonces, estupendo —dijo Saura.

—Pero... ¿tú vives en Metrópoli
desde siempre? —preguntó Prune.

—Sí, desde siempre. Soy metropolitana. Y vosotros también sois metropolitanos. Habéis nacido aquí. Mirad.

Señalo un edificio no muy lejano sobre el que brillaba una luz roja.

—Ésa es la maternidad. Ahí habéis nacido. Después, vuestro padre desapareció en la Morlaye.

—A nosotros —dijo Grisón— nos habían dicho que habíais muerto los dos. ¿Fue entonces una verdad a medias? ¿Hubo realmente un terremoto?

—Sí —respondió Saura—, hubo un terremoto. Yo no me encontraba allí en aquel momento. Pero eso no tiene nada

que ver con el hecho de que os haya confiado a los dos a una nodriza. Estoy muy contenta de que hayáis sido felices.

—Pero —preguntó Prune—, ¿por qué no nos dejaste contigo en Metrópolis?

—Es un asunto de familia, y por eso es por lo que ahora estáis aquí. Os he hecho venir porque hay alguien que quiere veros. Está muy enfermo; puede, incluso, que ya no le quede mucho tiempo de vida.

—¿Nos conoce?

—No. No os ha visto nunca. Pero sabe que existís. Y sé que le encantará conoceros.

—¿Quién es? —preguntó Grisón.

—Es vuestro abuelo, mi padre. Está en su casa de reposo, que se halla muy cerca de aquí, y en seguida vamos a ir a hacerle una visita. No sabe que vais a ir. Prefiero darle la sorpresa.

—¿Crees que se pondrá contento?

—Estoy segura.

—¿Ése es el motivo por el que nos han hecho pasar la zona...?

—No es el único, hijos míos... Antes era imposible. Imposible del todo.

—¿Por qué?

—Porque él y yo... esto... estábamos... digamos que enfadados. Yo deseaba vivir en el País Elevado, pero

él no quiso nunca. Por eso me quedé. Pero cuando vinisteis al mundo, hice todo lo posible por llevaros allí. Y lo conseguí. Lo único malo es que yo estaba separada de vosotros. Eso es todo.

—¿Por qué no nos dejaste aquí contigo?

—¡Pobres! ¡Esta vida no era para vosotros!

—Nos has debido echar mucho de menos —dijo Grisón.

—Sí. Aunque, afortunadamente, estaba el bueno de Basile... Él me traía noticias vuestras de cuando en cuando. Y también algunas fotos. ¿Las queréis

ver?

—¡Oh sí!

Saura se levantó, movió una de las bolas metálicas que había en el salón, la abrió y sacó unas fotos.

—En esta teníais tres años.

—¡Pero si es la Chevanelle! — exclamó Grisón.

—Sí. Flammèche te hacía fotos a menudo. Ella se las pasaba a Basile, y Basile me las traía, exponiéndose a que le cogiesen los gendarmes.

—Es verdad, es muy peligroso — dijo Grisón—. De eso yo sé mucho.

Y contó las expediciones que había intentado con sus compañeros de

escuela, y su escapada victoriosa antes de ser arrestado por Beauras.

—Todo eso lo sé —dijo Saura—. Me lo ha contado Basile.

—Me gustaría saber una cosa —dijo Prune—. ¿También vosotros tenéis prohibido traspasar la alambrada?

—Naturalmente —respondió Saura—. Está prohibido para todo el mundo. Hay leyes muy serias. Ningún metropolitano tiene derecho a entrar en la reserva. Ningún habitante de la reserva tiene derecho a salir.

¿Aquí no hay campo?

No. Han puesto jardincillos un poco por todas partes, pero campo, lo que se

dice campo, no existe.

—Sí, pero esto es mucho más bonito que lo de allí. Nosotros no tenemos ni automóviles, ni restaurantes nuevos, ni ascen... ascen...

—Ascensores.

—Eso, ascensores.

—Cada gran país como nosotros tiene su reserva

—¿Tu padre no quería que te fueras a vivir a la reserva?

—No. Me hubiese hecho volver.

—¿Pueden hacer volver a los que ya están a salvo?

—Por supuesto. La reserva está bajo el control de Metrópoli. La policía de

allí la obedece.

—Pero a nosotros... a nosotros nunca nos han hecho nada...

—Claro —dijo Saura—, porque todo el mundo creía que vosotros erais huérfanos.

—Entonces, ahora —exclamó Grisón— ¿vamos a tener que vivir en Metrópolis?

—¿No os gustaría?

—Me gusta haberte conocido. Pero yo no quiero vivir en esta enorme ciudad.

—Yo tampoco —añadió Prune.

—Entonces, nos escaparemos —dijo Saura.

—¡Has dicho *nos*! —comentó Prune

—. ¿Es que quieres venir con nosotros?

—Sí —exclamó Saura—. ¡Ése es el motivo por el que os he hecho venir!

—¡Y pensar que nos habíamos equivocado por completo! —dijo Grisón.

—¿Por qué?

—Sencillamente porque... creíamos que erais vosotros los que estabais encerrados, y ahora resulta que es al revés, que somos nosotros los que estamos encerrados... Sin embargo, el campo es tan enorme allí... ¡No, no es posible, no me lo puedo creer...!

—Te aseguro —dijo Saura— que

también nosotros estamos encerrados; únicamente, que tenemos una prisión más grande, eso es todo. Vosotros tenéis poca superficie, pero cuatro auténticas estaciones, ¿no es así? Aquí siempre parece otoño. No hace ni frío ni calor, los árboles tienen pocas hojas y mueren rápidamente...

—Empiezo a tener sueño —dijo Prune bostezando— aunque todavía no es de noche.

—Venid —dijo Saura—. Vamos a jugar al mikado. Eso nos distraerá. ¿Conocéis ese juego?

Bastien dejó el mikado sobre una gran mesa.

—Prepáranos la merienda —le dijo Saura—. Jugaremos hasta la noche. Y tal vez sigamos mañana.

17 El mensajero

PRUNE cogió un sobre y escribió en él: «Para Raclot». Frente a ella, en la misma mesa de cristal, Grisón había escrito en su sobre: «Para Delphine». Ahora estaban escribiendo las cartas que meterían en sus sobres.

Algo más lejos, su madre estaba sentada en su escritorio, que consistía de dos esferas metálicas unidas por una superficie de cristal. Saura nadaba entre un montón de papeles multicolores, sin duda muy importantes.

—Escribid también a vuestras

nodrizas —dijo—. Es tan importante como escribir a los compañeros, ¿no?

Un rayo de sol, que se colaba entre dos edificios vecinos, alegraba la habitación, resaltaba la belleza de las plantas y hacía brillar las bolas metálicas. Sobre la moqueta de pelo largo, *Semáforo*, un gato gris, se estiró bostezando.

—Mira, *Semáforo* se está despertando —dijo Prune.

—Vamos a darle su comida —dijo Saura.

Grisón se levantó, no por el gato sino porque acababa de terminar su primera carta y tenía ganas de estirar las

piernas.

Sorteó cuidadosamente los papeles que se habían caído del escritorio de su madre y se dirigió a la ventana. Pulsando un discreto botón, corrió la enorme cristalera y pudo así salir al balcón.

Fuera hacía muy buen día, algo caluroso incluso. Echó un vistazo al enorme rascacielos que tenía justo enfrente, a lo largo del cual circulaban a distintos niveles unas aceras mecánicas en las que había multitud de gente que regresaban del trabajo para almorzar.

Hacía ya quince días que Prune y Grisón vivían en Metrópolis. Habían

tenido el tiempo suficiente para familiarizarse con la nueva forma de vida, aunque aún no conocían todos los detalles.

Prune fue al balcón con su hermano. Ayer, por primera vez, habían podido salir solos a la ciudad. Les habían dado permiso para asistir a un encuentro deportivo y consiguieron volver sin perderse, cosa que les pareció una proeza.

—Ya hace dos semanas que estamos aquí —dijo Grisón— y todavía no hemos visto al abuelo. ¿Te gusta esto?

—Sí. Es divertido. Pero no me quedaré aquí para siempre. Me gusta

más aquello. Creo que volveremos pronto.

Miles de personas, formando largas colas como las hormigas, pasaban veinte pisos más abajo. Llevaban monos de distintos colores. Los niños sabían ya que los colores oscuros eran los destinados a los sirvientes y criados de toda clase. Los tonos medios, a la clase media. Y los colores claros, a los cuadros superiores de la Administración. Los niños llevaban los colores de sus padres. Y, según sus méritos, los sustituían por un color más importante.

En cuanto al blanco, color supremo,

gozaba de todos los privilegios. Pero por qué iban ellos vestidos de blanco, los niños no lo sabían.

Cuando Saura le hubo dado la comida al gato, comida muy parecida, por lo demás, a las papillas de los metropolitanos humanos, se fue también al balcón.

—Daos prisa en escribir las cartas que os faltan, si queréis estar en la alambrada antes de que anochezca.

Dejaron el balcón y reanudaron su tarea. Mientras, Bastien colocaba la mesa del comedor y traía las papillas.

—Hace buen día —dijo Saura—. Sería una lástima desperdiciar un día

como éste —y cerró la ventana.

En el patio de la Chevanelle. *Merlín* comía tranquilamente su comida, en la que veía con agrado los restos del pollo que Flammèche había desplumado la antevíspera. Antoine pasó silbando, con una guadaña al hombro. Dirigió al perro unas palabras cariñosas, se acercó a él después de haber dejado la guadaña contra el muro de la cuadra, lo acarició, le dio unas palmaditas en el lomo y le rascó en la cabeza, gestos que al animal le gustaban mucho.

—¿No vas a pescar? —gritó Flammèche, que salía en ese momento con un cubo de ropa blanca—. Hace

buen tiempo, deberías aprovecharlo.

—Hace demasiado calor. No van a picar. Hay que esperar a las cinco de la tarde.

En ese momento, *Merlín*, que se había tumbado para dejarse acariciar, se levantó de un brinco y empezó a husmear el viento, en actitud de alerta.

—Anda..., échate —dijo cariñosamente Antoine—. Todavía no se ha abierto la caza. Eso será el domingo que viene. Hay que saber esperar.

Pero el perro no parecía querer esperar. Se puso a ladrar furiosamente y lanzó incluso un largo aullido que nadie le había oído hasta entonces.

—¿Qué le pasará? —se dijo Antoine.

Por el campo, otro perro lanzó un aullido semejante. *Merlín* quiso lanzarse fuera del patio de la granja, pero se olvidó de la correa, que se tensó y medio lo ahoga.

—Suéltalo —dijo Flammèche—. Puede que sea de allí...

—¿Crees que... puedan ser los chicos?

—Es posible. ¿Te acuerdas? Basile nos dijo que...

Antoine se agachó y desató la correa del perro. Dio éste un ladrido de satisfacción y salió disparado fuera de

la Chevanelle. Después de recorrer unos treinta metros, se detuvo, olfateó el aire y esperó. Ya nada atraía su atención. Incluso se puso a husmear unas huellas del suelo, como si buscara otro motivo a su paseo. Pero pronto volvió a lo primero, olfateó el aire, encontró la dirección de donde venía aquella señal que los humanos no podían oír. Echó a correr por el camino que iba de la Chevanelle a Courquetaines; se cruzó con el señor Raclot, que llevaba una carreta de estiércol tirada por su viejo caballo; pasó junto a las zarzamoras, cuyos frutos, gordos hasta reventar, estaban esperando a los niños, y llegó

hasta la entrada del pueblo.

Y se detuvo, aguardando una nueva llamada. Cuando ésta llegó, *Merlín* decidió rodear el pueblo y subir directamente al bosque de Epnoi a campo traviesa. En esta época era fácil. Todas las tierras estaban labradas, salvo los campos de maíz y remolacha, poco frecuentes en esta región donde se daba, sobre todo, el trigo y la cebada.

Enseguida llegó a la orilla del Criarde. Aquello resultó una diversión para él. Con gusto se hubiera quedado una hora en el agua. Pero volvió a oír el largo silbido y tuvo que abandonar aquel oasis de frescor. Bordeó la cantera de

Chenot, cogió por un instante el camino de las Dos Cruces, por el que el cartero pedaleaba a todo sudar, y llegó al comienzo de Epnoi. Se quedó inmóvil, a la espera de otra llamada.

—¡Cabo, cabo!

—¿Qué pasa? —preguntó Beauras refunfuñando, interrumpido en el momento preciso en que iba a encontrar una solución al crucigrama.

—Un perro, cabo.

—¡Y qué diablos quiere que yo le haga! No vamos a vigilar también a los perros, ¿no?

—Pero es que a éste lo conozco. Es el de la Chevanelle. Antes iba yo a cazar

a menudo con Antoine.

¿La Chevanelle...? Ya hacía quince días de aquella maldita inspección... el pequeño Grisón, eso el chico de la Chevanelle... Y su amiguita, la de los Rousselot...

—¡Cójame ese perro, demonios...! Además ¿qué hace aquí? Es un perro de caza, y la veda no se ha abierto todavía.

Los gendarmes se pusieron en acción. Pero *Merlín* había oído una nueva llamada y esta vez sí que era capaz de localizarla. Primero hizo correr a los gendarmes por el bosquecillo, luego se escondió en un matorral muy espeso y esperó.

—No lo hemos cogido, cabo, ha desaparecido. Beauras no contestó. Pero tenía la impresión de que pronto pasaría alguien por delante de sus narices, y de que, por tanto, él tenía la obligación de quedarse allí.

Merlín prosiguió su carrera por el bosque de Epnoi. Rodeó la charca y llegó en seguida a la alambrada. Empezó a ladrar de alegría.

Al otro lado, Prune, Grisón y Saura lo esperaban desde hacía una hora. Grisón tocaba su silbato ultrasónico. *Merlín* se puso a dos patas contra la alambrada.

—¡*Merlín*, mi perro, mi perro fiel!

—exclamó Grisón.

Y pasando con dificultad la mano por entre las mallas de la alambrada, consiguió acariciar la cabeza del animal. Prune también le hablaba, bajo la divertida mirada de Saura, que se había quedado detrás. Grisón sacó unos terrones de azúcar del bolsillo de su mono. *Merlín* los devoró en un instante.

—¡Prune, dame el sobre! —dijo el chico.

La niña sacó un sobre amarillo y se le dio a su hermano. Grisón dobló el sobre y lo pasó bajo la alambrada, a ras del suelo. El perro se acercó al objeto, lo olfateó.

—¡Cógelo, cógelo! —decía Grisón.

Al fin pareció decidirse a coger, atravesado en la boca, aquel papel duro e incómodo.

—¡Antoine —le dijo Grisón al perro —, Antoine, vamos, llévalo, llévalo, Antoine, Antoine...!

Merlín los miró, desconcertado. Grisón hacía gestos para indicarle que se fuera, ahora precisamente, cuando, por fin, había encontrado a su joven dueño. Pero no se resistió mucho tiempo, dio media vuelta y se adentró por el bosque. Cuando se perdió de vista, los niños se volvieron hacia Saura.

—No nos marcharemos enseguida, ¿verdad? —preguntó Grisón.

—No, todavía tenemos dos largas horas —dijo la madre—. ¿Queréis que merendemos en el césped?

—¡Oh sí, sí!

—No hay un sitio donde poderse sentar por aquí —señaló Prune.

—Espera —dijo Grisón—, yo conozco un sitio muy cerca, que no está del todo mal.

Y los condujo al mismo sitio en el que, unas semanas antes, había descubierto por primera vez la alambrada, antes de que le arrestara el cabo.

—Fue justo aquí —les explico a su madre y hermana—. Yo, naturalmente, estaba *al otro lado* Cuando descubrí esta alambrada, me quede muy sorprendido, imaginaos. En aquel momento creí que se trataba de una frontera.

—Bueno, en realidad es algo parecido —dijo Saura.

—Sí, pero yo pensaba que era otro país. De pronto oí ruido, gente que hablaba. Me acerqué para ver. Se encontraban en esta pradera donde estamos ahora. Me parece extraño hallarme en el mismo sitio... Eran cuatro: los padres y dos niños. Y aunque

te parezca raro, mamá, me dirigí a ellos, los saludé... Entonces, los padres llamaron a los niños y se marcharon rápidamente. ¡Como si yo les diese miedo!

—No te preocupes por eso —dijo Saura—. Comprende que, para los metropolitanos, los habitantes del País Elevado, de la reserva, como solemos decir, son... como si dijéramos... salvajes, eso es, salvajes. Desconfían de todo lo que está *al otro lado*. Además, se les inculca eso desde pequeños. Se les recomienda que no vengán a pasear cerca de la reserva. ¡Como si hubiera leones!

—¿Pero... no somos salvajes! —
dijo Prune.

—Desde luego que no. Pero ellos...
lo creen así, y para ellos es como si
fuera verdad. En parte un poco por ese
motivo... vuestro abuelo jamás ha
querido que yo me reuniera con
vosotros, ¿comprendéis?

—Sí.

—Yo no lo entiendo —dijo Prune—.
¿Por qué hay una alambrada? ¿Por qué a
un lado se vive en casitas y al otro lado
en enormes rascacielos?

—Sí, es verdad —prosiguió Grisón
—. Después de todo, es el mismo país.
¿Por qué está prohibido verse, ir los

unos a casa de los otros? ¿Por qué somos tan diferentes de los metropolitanos?

—No somos tan diferentes —dijo Saura.

—Ya, pero no comemos las mismas cosas, vestimos de otra manera, y así todo por el estilo... Y, además, nos toman por salvajes. Nosotros no los tomábamos por nada, ni siquiera sabíamos que existían.

—Es una vieja historia —dijo la madre.

—Cuéntenosla. La queremos saber.

—Paciencia... paciencia —dijo Saura—. Seguramente, vuestro abuelo

os lo explicará mucho mejor que yo. Domina el tema. ¡Vaya si lo domina! Él os lo contará...

—¿Cuándo iremos a verle?

—Cuando le permitan recibir visitas.

—¿No puede ver a nadie ahora?

—No. Está muy enfermo. Sólo le dejan recibir a sus consejeros y a los Directores de la Administración. A su familia no, eso le supondría demasiado esfuerzo. En fin... espero conseguir una pequeña entrevista en cuanto sea posible.

—Pero —dijo Prune—, ¿a qué se dedica nuestro abuelo?

Saura esbozó una pequeña sonrisa.

—Desde hace cuarenta años —dijo

— es el Gobernador de Metrópolis.

18 La búsqueda

DELPHINE entró directamente en la cocina y dejó su cartera junto a una hogaza de pan, sobre la mesa. Eran las cinco y diez. La señora Tissandier estaba en el lavadero, y el padre y los hermanos, en el campo.

En la gran habitación había poca luz. Un gatito dormía sobre un cojín. El tic-tac del reloj sonaba regularmente. Unas moscas zumbaban ante la ventana. La niña cogió una silla y se sentó. Abrió su cartera y sacó un cuaderno con la tapa manchada de grasa, un estuche, dos

libros recién forrados de papel marrón y, finalmente, un sobre.

Delphine suspiró, se levantó y cogió, de uno de los cajones del aparador, un cuchillo para abrir la carta. Antes de abrirla, leyó una vez más: «Para Delphine». Metió la punta del cuchillo por una esquina y abrió la carta.

Eran cuatro páginas con letra muy bonita y apretada, escritas sobre una clase de papel que no había en el País Elevado. Un papel muy blanco, con rayas beige bastante juntas.

El reloj empezó a sonar; primero el carillón, que anunciaba el cuarto, luego, un golpe seco: estaba descompuesto. Por

la ventana se podía ver cómo llegaban, una a una, las vacas que Cocó, su hermana pequeña, había ido a buscar al prado. El ruido de los cascos sobre el empedrado del patio y el tintineo de las esquilas llegaban sin prisa. Cocó les abrió la puerta del establo.

Después de haber echado una mirada hacia la ventana, Delphine se puso a leer.

«Querida Delphine:

»Esta mañana tenemos un rato libre y aprovecho para escribirte. Llegamos bien a la zona, más adelante te explicaré

cómo es. Es un poco como una ciudad. Hace buen tiempo. Espero que a Merlín no lo cojan cuando lleve esta carta. He encontrado a mi madre. Es muy simpática. También es la madre de Prune, por eso quiero decirte que Prune es mi hermana, cosa que no sabíamos. Espero que Raclot no se olvide de mi hermana. Se ha debido de preguntar que por qué entró también ella en la zona. No estaba previsto. ¡Se habrá enfadado más...! Pero Prune le manda unas palabras por este

mismo correo. Creo que le gustará. Pronto iremos a Courquetaines y nos veremos de nuevo. No olvido todo lo que me dijiste. Y espero que tú tampoco hayas olvidado todo lo que yo te dije. Porque, ¿sabes?, era verdad...».

En ese momento, Cocó entró en la cocina y se quitó las botas después de haber dejado el bastón junto a la puerta. Miró a Delphine.

—¿Qué lees?

—No te interesa.

—¿Te han escrito una carta?

—¡Déjame en paz!

—¿Me la enseñas?

—Vete a jugar.

—¿Es una carta de tu novio?

—¡Vete ya, estás loca, ocúpate de tus asuntos!

—¡Es de su novio! ¡Es de su novio!

¡Es de su novio...!

—Deja de gritar, que vas a ver lo que es bueno...

—Me importa un bledo. ¡Además, yo ya sé quién es!

—¿Quién es quién?

—Quién es tu novio.

—Mentira. En primer lugar, yo no tengo novio.

—¡Embustera...! ¿Quieres que te diga cómo se llama?

—Anda, dilo, a ver...

—¡Es Grisón! Para que te enteres.

—¡Pues sí! Sobre todo él... ¡Pero si yo ni le hablo! —dijo Delphine simulando desprecio.

Cocó era una linda chiquilla de nueve años, rubia como su hermana, con dos coletas adornadas cada una con una margarita azul de plástico, ojos verdes y delantal rojo. Brincaba alrededor de la mesa, chinchando a su hermana mayor.

—¡Ji, ji! ¿Qué no le hablas? ¡Claro, como está en la zona!

—¿Quién ha dicho eso?

—Todo el mundo lo dice.

—Idiota. Déjame leer. Es

importante.

Delphine reanudó su lectura:

«... Porque, ¿sabes?, era verdad...».

Se paró en esa frase y se puso a soñar. Mientras soñaba, Cócó se levantó, fue a buscar su cartera y luego se sentó, sin hacer ruido, a la otra punta de la mesa, de espaldas a la ventana. Delphine, para leer, había puesto la carta sobre el hule, y evitaba las miradas indiscretas de su hermana por

medio de un parapeto formado por la cartera y, encima de ella, el atlas de geografía. Como cada vez estaba más oscuro el cuarto —anochecía rápido a finales de septiembre—, se levantó para encender la luz. Luego, se volvió a sentar.

«... Porque, ¿sabes?, era verdad. Espero también que no te aburras demasiado en la escuela. Estás en el último curso y es tu último año. Yo tengo mucha suerte, todavía no he empezado el colegio, aún estoy de vacaciones. Aunque

después me será más difícil, cuando tenga que ponerme al día. Mamá no sabe todavía cuándo volveremos. Ella, por supuesto, también vendrá con nosotros. No le he dicho todavía nada de lo nuestro. De momento, no le digas nada a nadie. Me pregunto qué habrá sido de Basile. Espero que no le hayan cogido...».

—¿Ves cómo yo tenía razón? —dijo la voz de pito de Coco.

—¿Por qué?

—¡Porque es Grisón el que te

escribe!

—¿Qué...? ¿Cómo? ¡Fisgona!

Ocúpate de tus cosas. ¿Cómo lo sabes?

—Porque he visto la firma cuando fuiste a encender la luz...

—Bueno, pues sí, me ha escrito Grisón... pero eso no significa nada. Anda, ve a echar un vistazo a la chimenea de la sala. Mete más leña si hace falta. ¡Pobre de ti como se apague el fuego!

Cocó se levantó; no por obedecer a Delphine, sino porque siempre le había gustado el fuego y le agradaba trastear en la chimenea. La mayor prosiguió su interrumpida lectura.

Como estaba demasiado ocupada, atenta a lo que hacía su hermana en la habitación de al lado, no vio por la ventana, en la oscuridad del crepúsculo, a unos hombres que entraban en el patio y se apostaban, sin hacer ruido, junto a todas las salidas, escondiéndose lo mejor posible. Cuatro de ellos entraron en la cocina.

—¡Policía! ¡No se muevan! Traemos una orden de registro...

Delphine se levantó con su carta en la mano, y miró, con la boca abierta, a los cuatro hombres de uniforme plantados en medio de la sala.

—Mi madre no está aquí y mi padre

tampoco...

—No importa, pequeña, no los necesitamos. Dime, ¿por casualidad no conocerías a este hombre?

Uno de los gendarmes se acercó a ella y le enseñó una gran foto. Era el retrato de Basile. Delphine palideció.

—Venga, contesta.

—Esto... no, no creo.

—¿No crees? Escúchame bien: sí o no.

Estrujaba febrilmente entre sus manos la carta de Grisón. Coco, al oír el ruido y las voces, había vuelto de la sala y se había detenido en el umbral de la puerta.

—Esto... creo que le he visto. Es un pastor...

—¿Le conoces?

—No, señor.

—Escucha, pequeña, procura acordarte... Estamos buscando a este hombre porque ha hecho muchas cosas malas.

—¿Ah, sí? —dijo ella asustada.

—Sí. Es el culpable de que un niño y una niña hayan entrado en la zona... La zona, ya sabes, ¿verdad? Y luego ya no se les ha vuelto a ver. Y a él tampoco. Se ha escondido. ¿Quieres ayudarnos a encontrarle?

—Esto... sí —dijo para ganar

tiempo.

—Hemos buscado a ese hombre por toda la región. No hay quien lo encuentre. Es peligroso, ¿sabes? Puede que haga desaparecer a otros niños... Vamos a empezar por registrar tu casa. Estamos convencidos de que se esconde en Courquetaines.

Delphine no sabía qué hacer con su carta que era una prueba escrita de que Basile, efectivamente, había ayudado a los niños a pasar a la zona, grave delito a los ojos de la ley, como todo el mundo sabía. Aquel papel era peligroso y, como era tan blanco, podía llamar la atención de los gendarmes.

Empezaron éstos a registrar la cocina, creyendo, sin duda, que Basile estaría escondido en algún cajón o en el armario de las escobas. Luego se dispersaron por toda la casa, salvo el jefe, que se quedó en la cocina y parecía interesarse particularmente por la niña. Estaba precisamente mirando entonces el papel que Delphine escondía angustiosamente a su espalda. Iba ya a pedírselo, cuando Cocó, como si estuviese enfadada, arrancó la carta de las manos de su hermana, aparentando indignación, y gritó:

—¡Dámelo de una vez, no es tuyo!

Y se fue corriendo al otro cuarto,

dando un portazo. Naturalmente, primero leyó la carta: y sólo después la echó al fuego. Y removi6 precipitadamente las cenizas.

—Debe de ser muy interesante lo que pone en esa carta —dijo el cabo.

—¡Imagínese! —respondió Delphine—. Es de su novio..., ya verá usted...

El cabo soltó una carcajada que hizo temblar toda la casa.

—¡No hay nada en esta casa, cabo!

—Bueno. Continuemos buscando por otro sitio. Perdón señorita. Señoritas, adiós y gracias.

Y desaparecieron en la noche, que se había adueñado del patio.

19 El multimillonario

AL DÍA siguiente, poco antes del mediodía.

—Anda, mirad quién está ahí —dijo el gordo Robert—. Ahí viene el *multimillonario*.

Se acercó a la puerta y miró a través del sucio cristal. Una calesa se acababa de parar en la plaza del ayuntamiento. Rafistole bajó de ella y, antes de entrar en el café de la Clique, sacó del bolsillo de su traje gris claro un puro enorme. Le dio dos caladas, tiró la cerilla despectivamente y se dirigió con

indiferencia hacia la taberna.

Robert se alejó corriendo de la puerta, antes de que entrase su cliente, para no parecer que estaba espiando la calle.

El *multimillonario* entró. Sus costumbres no habían cambiado nada. Simplemente, había subido de nivel. Traje nuevo en lugar de los pantalones raídos, una copita de licor en vez del vaso de vino blanco. Desde luego, la calesa no era suya. La alquilaba cuando le daba la gana.

En el pueblo de Courquetaines, la gente empezaba ya a acostumbrarse a la metamorfosis de su peón caminero.

Nadie sabía de dónde le había llovido aquella repentina fortuna; pero como hasta ahora no había noticia alguna de atraco ni malversación de fondos en los alrededores, las lenguas más venenosas estaban perplejas, y la gente empezó a decir que Rafistole había descubierto un tesoro en su agujero.

Cosa verosímil, por lo demás, dado que una noche, la anterior a la marcha de Grisón y Prune, el misterioso agujero había desaparecido. Las personas que habían pasado por el callejón aquella mañana, habían andado, sin notar nada, por un suelo completamente normal y fue sólo después cuando se dieron cuenta:

—¡Anda! Pero si aquí antes había un agujero...

Nadie en Courquetaines había pensado en relacionar aquellos dos sucesos: el paso de los chiquillos a la zona y el rellenado del agujero. Los mismos gendarmes, que habían registrado el pueblo de arriba abajo, no se fijaron en ese detalle.

Unos días después se relacionó el agujero tapado y la fortuna de Rafistole, al que llamaron el *multimillonario*.

—¡Ha descubierto un tesoro!

—¿Ah, sí? ¿Está usted seguro?

—Desde luego. Todo el mundo lo dice.

Rafistole, alias el *multimillonario*, entró, pues, en el café de la Clique poco antes del mediodía. Encontró al gordo Robert ocupado hipócritamente en enjuagar unos vasos, mientras Anaís, su mujer, llevaba los entremeses y los colocaba en las mesas del fondo. En la barra, ante un aperitivo, el alcalde Chenot y Gustave Parmans por un lado y, algo más lejos, dos gendarmes, hablaban en voz baja.

—¡Buenos días a todos! —dijo Rafistole.

—Buenos días —gruñó Robert—. ¿Cómo está nuestro *multimillonario*?

Rafistole no contestó. Evidentemente

no le gustaba nada el mote que le habían puesto. Pero como no era amigo de complicarse la vida, se contentaba con hacerse el desentendido.

—Tomaré lo de siempre —dijo.

Se hizo el silencio. Los gendarmes pagaron y salieron. Desaparecieron en sus bicis.

—Por fin, tranquilos —murmuro Chenot.

—¿Y eso? ¿Ya han acabado? —pregunto Rafistole.

—Sí. Ésos eran los últimos. Ya nos los hemos quitado de encima.

—Es verdad —dijo Gustave—. Llevaban quince días poniendo patas

arriba todas las cosas, entrando como si tal cosa a cualquier hora: «¡Policía!», y ¡hala!, ya podías estar en la cocina o en cualquier otro sitio, que ellos vaciaban todo, revolvían todo...

—¿Y no han encontrado nada?

—Nada. Y están más furiosos...

—¿A quién buscan? —preguntó Rafistole.

—¿Cómo? Pues serás tú el único que no lo sepa. Están buscando al pastor ése que pasó a los dos chavales... Tú le conoces, es Basile, todo el mundo le conoce.

—Sí, ya sé —dijo Rafistole—. Pero yo creía que andarían buscando a los

niños...

—¡No. hombre! Al pastor, que ahora es un «fuera de la ley». Todo el mundo sabe que no hay nada peor que mezclarse en ese asunto de la zona... ¡Secreto de Estado!

—¡Bah! —dijo Rafistole—. Poco bien escondido que estará ese bribón.

—Eso sí —afirmó Gustave—, es muy listo.

—Sí señor, muy listo —dijo Rafistole—. Creo que no le vamos a ver durante algún tiempo.

—Seguro que no.

—Resultaría divertido verle aparecer, así, por las buenas, de pronto,

nada más marcharse los gendarmes.

—Con esas cosas no se bromea — dijo Gustave, que era guarda jurado y responsable del orden.

—Además —añadió Robert—, habría un montón de gente que al cuarto de hora ya lo habrían denunciado.

—Bueno, tampoco es que hayan puesto precio a su cabeza —dijo Rafistole.

—No. Pero lo denunciarían de todos modos. Estoy seguro.

—Bueno, yo me voy —dijo Rafistole, vaciando su vaso—. Hala, adiós... ¡Hombre, mira quién está ahí! —miraba hacia la plaza.

—Es Flammèche —dijo Chenot.

—¡Pobrecilla! Aún no se habrá repuesto de la marcha del chico —dijo Gustave.

—Parece que ella estaba al corriente —susurro Robert.

—¿Ella al corriente? Me extraña... —dijo Anaís metiéndose en la conversación.

—Debe de subir a la Chevanelle —dijo Rafistole—. Viene de la compra.

Salió a la calle:

—¡Eh, Flammèche!

—¡Hombre, Rafistole! ¿Qué te cuentas de bueno?

—¿Subes a la Chevanelle? ¿Cómo

está Antoine?

—Bien, muy bien. Sí, allá subo, como ves.

—Si quieres, te llevo en la calesa.

—Si tienes que pasar por allí, no te diré que no.

—No es que tenga que pasar especialmente por allí. Simplemente que tengo ganas de charlar. Sube. Dame esas bolsas.

Subió ayudada por el peón caminero. Al oír su nombre, el caballo echó a andar, al trote, por la calle Fer-à-chaud.

—¿Tienes noticias de los chicos? — preguntó Rafistole.

—Ayer tuve.

—¿Y qué?

—Están contentos. Pero creo que preferirían volver. Bueno, y tú ¿qué tal vas?

—¿Yo?, pues bien; sería difícil no ir bien, ¿no?

—Es verdad. Rafistole, ahora eres rico.

—Lo cual no agrada a algunos.

—¡Bah, qué quieres! —respondió Flammèche—. Hay que comprenderlos. La mayoría son unos pobres desgraciados que trabajan todo el año para no ganar nada...

—¿También el dueño del café?

—No, ése no es lo mismo...

—Sin embargo es el que más se ensaña...

—¿Cómo está Basile? —preguntó de pronto Flammèche.

—Bien —contestó Rafistole—, pero un poco cansado. Espera que esto acabe pronto. Supongo que no tardará mucho...

—Sí, yo creo lo mismo. En la carta de los chicos había unas palabras de Saura.

—Debes de notar un vacío en la casa —dijo Rafistole.

—Es verdad. ¡Era tan alegre el chico! Pasa algo así como cuando se te casan los hijos, ya sé yo lo que es eso.

Peor habrá sido para Marguerite Rousselot, la que tenía a la niña.

La calesa rodaba lentamente. El camino estaba en malas condiciones debido a las fuertes lluvias que habían caído unos días antes. Por fin llegaron al patio de la enorme granja.

—Ya hemos llegado. Adiós y gracias una vez más, Rafistole.

—Adiós, y hasta la próxima.

El caballo se puso a relinchar mientras el coche daba media vuelta, al son del martilleo de los cascos sobre el empedrado del patio.

Algo más lejos, a la sombra de un tilo, cerca de su caseta, *Merlín*

devoraba un hueso de pato.

20 La visita



B UENOS DÍAS, padre —dijo Saura.

El anciano se incorporó un poco en su cama, apoyándose en los codos. Hacía buen tiempo y habían

sacado al gobernador al jardín, un maravilloso lugar lleno de árboles de toda clase y repleto de flores.

—¡Saura! —murmuró—. Has venido...

—¿Cómo te encuentras?

Contestó con un gesto contrariado. Los niños no estaban allí. Su madre los había dejado en la sala de espera, viendo unos libros ilustrados, y después de haberles pedido que aguardasen un poco. En seguida iría a buscarlos.

—Has hecho bien en venir —dijo el gobernador. Esto es un paraíso, pero es aburrido como todos los paraísos.

El gobernador sólo tenía setenta

años, pero en aquella cama enorme, rodeado de múltiples mecanismos, parecía tener más de noventa. Delgado, pálido, sin afeitar aún —era muy temprano— y casi calvo.

—He venido por un asunto importante —dijo Saura.

—Me lo figuro. Sólo vienes por asuntos importantes. Pero antes dime: ¿cómo estás...? Háblame un poco de ti...

—Para eso estoy aquí.

—Te escucho —dijo el viejo, suspirando.

—Deseo volver a la reserva.

El hombre apartó la mirada, se

recostó en la cama y cerró un instante los ojos. Cada vez que hablaban de la reserva, hacía lo mismo. Saura lo sabía. Esperó.

—¿Qué quieres hacer allí? —
murmuró.

—Quiero vivir.

—¿Es que aquí no vives?

—No, padre, parece que vivo. Sólo parece.

—¿Y crees que estarás mejor entre esos...

Iba a decir «salvajes». No lo dijo, pero el efecto fue peor que si lo hubiera gritado.

—Allí es donde me hallo a gusto; ya

lo sabes.

—Pero. Saura, te he dado una educación, has tenido todo lo que has necesitado... ¿Vas a encerrarte allí, para vivir... como viven ellos?

—¡Viven muy bien, padre!

—Pero no han recibido ninguna educación... No. La hija de un gobernador no se va a dedicar a trabajar la tierra de la mañana a la noche. Además, es imposible, ya lo sabes. Las leyes son estrictas. ¡La reserva es la reserva! Ningún metropolitano puede poner los pies allí.

—¡Las leyes! ¡Las leyes! —dijo Saura—. ¡Vuestras leyes! Se podrá

hacer una excepción de cuando en cuando, ¿no?

Le hubiera gustado añadir: «Bastantes excepciones haces en otros terrenos».

—¡No! —dijo el gobernador—. Ya sabes lo que es la reserva: un experimento científico, y nadie tiene derecho a alterarlo.

—¡Vaya! Ahora sales en su defensa...

—Saura, tú eres una metropolitana: quédate pues aquí.

—Soy la hija de gobernador y ni siquiera puedo vivir mi propia vida... Tienes que admitir que hay quienes

tienen más suerte que yo... Además, también... deseo recobrar a los niños y vivir con ellos. Necesitan de su madre.

El gobernador no contestó enseguida. Miraba al cielo donde se desperezaban unas largas nubes. Ni un sólo pájaro: casi no existían en Metrópolis.

—Los niños... ni siquiera los he visto una vez —murmuró.

—Porque nunca has querido.

—Nunca lo he dicho, pero lo deseaba... Te has cuidado mucho de tenerlos bien escondidos. En la reserva, despreciando las leyes y mis prohibiciones... Si no hubiera sido

porque se trataba de unos niños, hace mucho que los hubiera sacado de allí.

—Eso no hubiera sido legal, padre. Yo soy metropolitana, pero el padre de los niños, no lo olvides, nació en la reserva.

—¿Y eso te da todos los derechos?

Todos los derechos no, pero sí, por lo menos, el de vivir allí. Además, soy viuda de un habitante del País Elevado, y ése es motivo suficiente para poder volver.

—Ese matrimonio con uno de la reserva —dijo el anciano— fue un absurdo. Una locura. Cuando te quedaste sola con los niños, pensé que vendrías

aquí, yo os hubiera recibido. Hubierais tenido todo lo necesario para ser feliz. Y. en vez de eso..., todo lo contrario...: escondes a los niños, te vuelves sola... Estoy seguro que no eres feliz... Tienes que echarlos mucho de menos.

—Sí, los echo de menos. Quiero vivir con ellos, pero allí.

—¿Y por qué no aquí?

—Porque yo soy de *allí*.

—¡No tienes vergüenza!

—Nunca aprobaste mi matrimonio.

—Nunca, pero ya que todo acabó...

—Sí, todo acabó, pero yo deseo volver al País Elevado.

—Entonces, si legalmente nadie te lo

impide, no sé por qué no te has ido ya.

—Necesito varias cosas: en primer lugar, una autorización escrita para pasar la alambrada sin ser molestada por la policía del otro lado. Y luego, un decreto de amnistía.

—¿Un decreto de amnistía? ¿Por qué? ¿Y para quién?

—Pues... para los niños.

—¿Para los niños?

—Sí. Se han escapado de la reserva, han venido, están aquí.

—¿Aquí?

—Sí. Los he traído. Pensé que te gustaría verlos.

—Los niños están aquí... —

murmuró el anciano—. Desde luego, tráemelos, quiero verlos...

Saura se marchó por detrás de un bosquecillo, siguiendo el camino que iba hacia el edificio principal. Al momento estaba de vuelta con Prune y Grisón.

Los niños miraron al gobernador sin despegar los labios. Estaban un poco asustados. El hombre también los miraba fijamente. Los contemplaba, los admiraba.

—Os dejo —dijo Saura.

Se marchó a pasear por el jardín.

—Así es que... venís del País Elevado —dijo el anciano.

—Sí, señor.

—¡Oh!, no me llaméis señor...

Llamadme abuelo. ¿Se está bien en el País Elevado?

—¡Oh sí, abuelo!

—¿Os gustaría volver?

—Sí.

—Decidme cómo se vive allí.

Contadme cosas.

—Todo es muy diferente a esto — dijo Grisón—. Allí no se come papillas, se come carne de verdad. Y fruta. Melocotones, cerezas...

—¿Cerezas?

—Sí, cerezas, manzanas, peras. Y hasta las cogemos de los árboles.

—¿De los árboles?

—También vamos a la escuela.

—Y cuidamos las vacas —añadió

Prune—. A veces, si tenemos sed, tomamos la leche directamente, es deliciosa.

—Cuando hace calor, nos bañamos en el Criarde.

—¿Os bañáis...?

—Y vamos a la siega.

—Y a la recogida del lúpulo.

—A veces, también a la vendimia.

—¿Qué hacéis en invierno? — preguntó el anciano.

—En invierno jugamos en la granja. Hacemos guerras con la nieve, pero eso

no dura mucho tiempo.

—¿Y sois felices?

—¡Sí!

—¿Y aquí? ¿No os gustaría vivir aquí?

—Aquí todo está muy nuevo —dijo Grisón—. También se está muy bien. Hay ascensores, aceras mecánicas. Es entretenido. Pero uno se aburre porque allí tenemos compañeros... y todo eso.

—Así es que queréis volver.

—Sí, abuelo.

Se hizo el silencio. Un vientecillo agitó la copa de los árboles.

—Dadme un beso —dijo el abuelo.

ABUELO..., nos gustaría saber una cosa.

—¿De qué se trata?

—Al llegar aquí nos enteramos de que el lugar donde habíamos vivido era una *reserva*. Nos preguntamos por qué. Mamá nos ha dicho que te lo preguntemos.

El anciano se incorporó un poco más. Ahora estaba casi sentado.

—No puedo contaros eso —dijo—. Tendríamos para horas. Además, va contra... las normas. En principio, nadie debe saberlo. Si os cuento algo ¿sabréis guardar el secreto?

—¡Sí, abuelo!

—¿Me lo prometéis?

—¡Sí!

—Si es así... De *aquello* hace cuarenta años. Desde luego en aquella época las cosas no eran como aquí ahora. Tampoco como en el País Elevado hoy día. Existían pequeñas ciudades por todas partes, y fábricas, muchas fábricas. Todo mezclado en confusión. Las ciudades eran feas, nadie quería vivir en ellas. Los campos estaban sucios, nadie quería ir allí. Había muchas luchas, peleas, ya os lo podéis figurar. Al final, los amigos de la naturaleza se reservaron una parte del territorio y echaron fuera a los demás. Allí crearon el País Elevado.

Convirtieron aquello, según parece, en un auténtico campo. Y se encerraron tras una enorme alambrada.

—¿Y los otros?

—Los otros éramos nosotros.

Hicimos una verdadera ciudad. Mirad...

—hizo un gesto señalando los inmensos rascacielos que se amontonaban hasta el horizonte—, ¡esto es el auténtico progreso! ¿Os dais cuenta?

—Es lo que dijimos antes — interrumpió Grisón—. Todo está muy nuevo. Pero en una ciudad así no se puede jugar.

—¡Pero es que uno no se pasa la vida jugando!

—¿Y por qué no podemos pasar la alambrada?

—Es una decisión que las dos partes tomaron de común acuerdo al levantar esa separación. Incluso, *se acordó no hablar nunca del pasado*. Por eso no sabíais nada de todo esto.

Saura volvía de su corto paseo.

A una llamada del gobernador, un hombre vestido de azul celeste apareció.

—También será necesario que la amnistía se aplique a Basile —dijo Saura.

—¿Quién es Basile?

—Un pastor que me ha ayudado a traer a los niños. Es un hombre muy fiel,

y su situación es ahora muy delicada por haberme hecho este favor.

El hombre vestido de azul redactó un papel al pie del cual el gobernador estampó su firma.

—Me alegra mucho que hayáis venido —dijo.

Y se despidieron.

21 El oro del Criarde

TODO Courquetaines está asomado a los balcones.

En primer lugar, porque hace un tiempo espléndido. Un hermoso día de otoño. Pero eso no es lo único: ¡Rafistole acaba de pasar, pero no con su traje nuevo y fumando un puro como estos últimos días, sino vestido con sus viejas ropas de peón caminero! Además, lleva al hombro la pala y el pico que le han hecho tan rico.

Para decirlo ya de una vez, se dirige, de esa forma, hacia el callejón. Sí, el

callejón. A unos cincuenta metros detrás de él, todo el pueblo se amontona y le sigue. La procesión se para cerca del ayuntamiento, y los más curiosos echan un vistazo desde la esquina del edificio, pasando después las noticias:

—¡Se ha parado!

—¡Se ha quitado la chaqueta!

—¡Cuidado, va a mirar para acá, nos va a ver!

Pero no, hombre, no, no tengáis cuidado. No se volverá. No os mirará. No hace falta que lo haga. Sabe perfectamente lo que pasa. Demasiado bien os conoce a todos.

¡Emoción! Después de tirar la

chaqueta al suelo, se remanga la camisa. Se escupe saliva en las manos. ¡Atención, acaba de coger el pico! Da un primer golpe, un segundo... Es curioso, justo en el sitio donde había excavado su famosísimo agujero. ¿Se habrá arrepentido de haberlo rellenado?

Ahora deja de cavar. Ahora usa la pala. Se para, suda, tiene calor. ¡Rápido. Robert, un cuartillo de vino! Robert llega con el cuartillo. Rafistole echa un trago.

¡Oh...! Acaba de desenterrar algo. Una tabla de madera. ¿Eh? La tabla tapaba un agujero. Rafistole se asoma y habla por el agujero. ¿Pero con quién,

demonios?

No está solo. ¡Atención, alguien sale del agujero! Es un tipo bastante alto, con capa, con botas. Una vez fuera, titubea un poco. La luz le molesta, sin duda. Lleva un enorme sombrero. Pero... ¡Pero si es Basile!

Un murmullo de admiración recorre la concurrencia. Pero como los dos hombres parece que vienen para acá, toda la muchedumbre sale pitando para replegarse; primero detrás del café de la Clique, luego en los portales de las casas que flanquean la calle Fer-à-chaud

Los dos hombres atraviesan la plaza

del ayuntamiento. Rafistole ayuda a andar a Basile. No se paran en el café. Van hacia la plaza del Lavadero. La banda de curiosos se dispersa poco a poco.

—Bueno —dijo Rafistole—. ¿No ha sido demasiado duro vivir bajo tierra casi tres semanas?

—¡Vaya si ha sido duro! Aparte del rato del paseíto por las noches, te faltaba el aire, la luz... Menos mal que habías apañado ese cable que cogía la corriente eléctrica del ayuntamiento. Por lo menos pude leer para matar el tiempo. Y luego, la comida que me bajabas a la chita callando era excelente. ¿Quién era

la cocinera?

—Anaís.

—Cuando la vea, me descubriré ante ella.

—Bueno —dijo Rafistole—, la veras esta noche.

—¿Y eso?

—Pues que hay un banquete. He invitado a todos los interesados. Será en el restaurante de Robert. O en la plaza.

—Es una buena idea.

—Flammèche se alegrará mucho. Y Marguerite también.

—Por fin —dijo Basile— han vencido al «viejo», ¿no?

—Así debe de haber sido —dijo

Rafistole—. La orden de amnistía ha llegado esta mañana al ayuntamiento.

—Eso ha sido gracias a los chicos. Seguro. Lo que los adultos no han podido hacer, los chicos lo han conseguido. Mejor así. Después de todo es normal. Saura tenía razón. Ella se lo figuraba.

Los dos hombres han llegado al lavadero. Son las cinco. Los niños salen de la escuela, se les oye reír y gritar. Basile baja a la orilla del río, junto al puente. Se moja la cara, se lava rápidamente. Después se dirigen lentamente hacia el bosque de Epnoi.

—¡Menuda lata les he dado! —dijo

Basile pensando en los gendarmes.

—¡Vaya que sí! Registraron todas las casas. No podían explicárselo. Como tampoco se ha podido explicar nadie que yo me enriqueciese tan rápidamente. Si te digo la verdad, tampoco yo me lo explico.

—¿Por qué? —dijo Basile.

—¡Hombre!, porque aún no llevo a creerme que me hayas podido comprar ese agujero por una suma tan grande.

—Bueno, mirándolo bien no es tanto dinero si se tiene en cuenta el favor que me has prestado. Ya sabes, cuando se trata del propio pellejo, uno está dispuesto a pagar lo que sea...

—Sí, pero... a condición de ser rico.

—¡Ah, ya...! Y tú te preguntas que cómo es posible que yo...

—¡Pues claro...! ¿Quién iba a figurarse que un simple pastor como tú pudiese tener tanta pasta?

—En realidad, nunca he sido pastor. Las ovejas no eran más que una coartada. A lo que yo me dedicaba era a hacer de «pasador» entre *esto* y la *zona*.

—¿Pasabas a la gente?

—No. Fotos, información...

—¡Una mezcla de espionaje y contrabando, vaya!

—Si quieres llamarlo así... pero,

desde luego, no tenía nada que ver con los asuntos del Estado... Además, mi dinero no procede de ahí.

—¡Anda! ¿De dónde, entonces?

—Bueno..., no me vas a creer.

—Habla, tiene que haber alguna explicación.

—El oro de Criarde.

—¿Cómo?

—El oro de Criarde.

—¿Esa leyenda que se cuenta a los chicos...?

—Sí. Ha existido. Fue verdad.

—Infinidad de personas han estado buscando y no han encontrado nada.

—Porque no buscaron en el sitio

debido. Mis padres fueron los que descubrieron todo. Hace cuarenta años.

—¿Y eso? —preguntó Rafistole.

—Cuando construyeron la alambrada revolvieron toda la tierra por aquella parte. Pero ni se fijaron en ello. ¡Había oro! Desde luego, nosotros no fuimos los únicos en beneficiarnos. Así y todo, tengo con qué vivir el resto de mis días.

—Y yo también —dijo Rafistole.

Los dos hombres caminaban despacio. Parecía un paseo de éstos del domingo por la tarde, después de comer. O cuando uno va a una cita con tiempo de sobra.

—Desde luego —dijo Basile, con lo que me queda tengo para el resto de mis días. Me voy a hacer una casita detrás de la Chevanelle. Flammèche nos cede un pedazo de terreno.

—¿Nos cede?

—Sí. A Saura y a mí.

—¡Ah, bueno...! ¿Es que *Saura* y *tú*...?

Rafistole soltó una enorme carcajada, como la de aquél al que le han engañado, pero que luego se da cuenta y, a pesar de ello, está contentísimo.

—Eso lo explica todo —dijo—. ¿Los chicos no saben nada todavía?

—No, aún tienen mucho tiempo.

—Se pondrán muy contentos —
aseguró Rafistole—. En cierto modo ése
será su premio por haberse «atrevido».

—Me halagas —dijo Basile.

Cuando los dos hombres llegaron al
comienzo del bosque, el cabo Beauras
acababa justo de recibir dos misivas
traídas especialmente por el coche de la
gendarmería. La primera misiva era la
orden de amnistía.

La segunda, para anunciarle que
acababa de ser nombrado cabo-jefe.
Otro cabo vendría para ocupar su
puesto.

Beauras estaba tan contento que hizo

un gesto amistoso a Basile y Rafistole cuando entraban en la zona.

—¡Todo el mundo puede entrar y salir de ahí, que ahora me importa un rábano!

TODOS estaban en la plaza del ayuntamiento. Robert y el señor Raclot acababan de colocar las mesas para el banquete. Uno a uno, llegaban los invitados y tomaban el aperitivo. Habían puesto música. Hacía buen tiempo, incluso calor. Los chicos no hacían más que dar vueltas alrededor de las instalaciones. Raclot y Delphine

esperaban en un rincón sin decir ni pío. Flammèche charlaba con Marguerite Rousselot. Gustave Parmans se entretenía dándole azúcar a *Merlín*. Jocrisse ayudaba a su padre a llevar docenas de hogazas de pan. El más pequeño de los Chenot leía un tebeo, sentado en el suelo. El Marsopa llegó algo más tarde, pues volvía del colegio, que estaba lejos. La pelirroja *Caussette* no paraba de hablar con otras niñas.

Anaís gritaba y gesticulaba en medio de la muchedumbre, diciendo que, si todo el mundo escurría el bulto de esa forma, nada estaría listo. El nerviosismo crecía progresivamente, sin que nadie se

diera cuenta.

De pronto, alguien gritó:

—¡¡Ya están aquí!!

En efecto, aparecieron *ellos*.

Escoltados por Basile y Rafistole, parecía como si recorrieran los últimos metros de una larga carrera. En la tribuna los aguardaban para entregarles flores, como se hace con los vencedores.

Saura llevaba un vestido muy sencillo, unos zapatos elegantes que ya se habían estropeado al andar por el bosque de Epnoi; en cuanto a Prune y Grisón, llevaban el mismo traje que el día de su marcha.

Delphine se levantó. Se subió a un banco para verles llegar mejor. Raclot prefirió colarse hasta la primera fila. La plaza estaba repleta de gente.

Hubo aplausos, vítores, abrazos. Chenot, el alcalde, se subió a una mesa y empezó un discurso. Nadie le escuchaba.

Grisón y Prune se sentaron. Cuando acabó el discurso, todos se abalanzaron sobre otra nueva tanda de aperitivos, y enseguida empezó el banquete. Rafistole, ayudado por Basile, colocaba a la gente en las mesas.

Delphine estaba al lado de Grisón.

—¿No dices nada? —preguntó la

chica.

—Pues que ya estamos aquí...
Estamos donde antes.

—¿Qué tal por allí?

—Bien, pero no merece la pena
cambiar.

—Recibí tu carta. Me gustó mucho.
¿Volveremos a jugar como este verano?
Si quieres, puedes venir a la siega el
próximo año. Mis padres han dicho que
encantados.

—Entonces, iré —dijo Grisón.

Un tremendo griterío les
interrumpió. En la otra punta de la mesa
larga del banquete, Robert se había
levantado y se había subido a la mesa,

con una servilleta en mano.

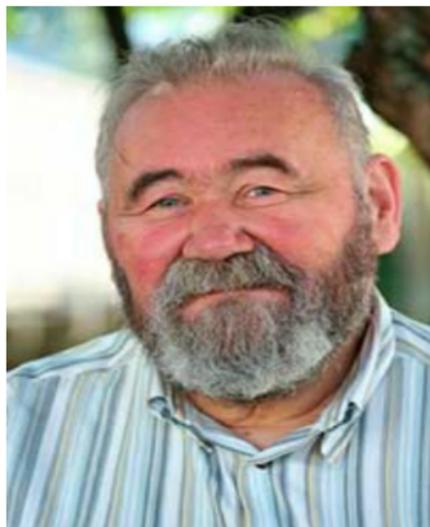
—¡Baja, que vas a romperlo todo!

—suplicaba Anaís.

—¿Dónde está? ¡Quiero saber dónde está!

Todo el mundo se calló. Robert se quedó inmóvil, con los ojos inyectados en sangre y el brazo preparado para asestar el servilletazo.

Y entonces, una gorda mosca levantó el vuelo desde alguna parte de la mesa, dio tres vueltas alrededor de aquel hombre gordo y luego desapareció en el cielo...



François Sautereau nació el 20 de julio de 1943 en París en una familia de tradición musical.

Tras cursar estudios de letras en el liceo Henri IV de París ingreso en correos donde trabajo diez años. Después, y durante tres decadas, se dedico a la

juventud como animador teatral y director de varios centros recreativos.

Empezo a escribir a finales de la década de 1970 y publico su primera novela en 1977, Un agujero en la alambrada, en la colección «Biblioteca Internacional» de la editorial Nathan.

François Sautereau ha publicado hasta la fecha una treintena de libros, en su mayoría novelas y cuentos de ciencia ficción para jóvenes. También ha fundado diversas asociaciones dedicadas a la escritura y el teatro.

En 1979 recibió el Premio de la Villa de París por el conjunto de su obra.

Notas

[1] *Beaujolais*: vino de Beaujolais, localidad francesa en las cercanías de Lyon (N. T.). <<

[2] Fiesta nacional francesa (N. T.). <<

[3] *Causette*: en francés, charla, palique, cotorreo (N. T.). <<

[4] Alusión a la guerra europea, o Primera Guerra Mundial, 1914-1918 (N. T.). <<